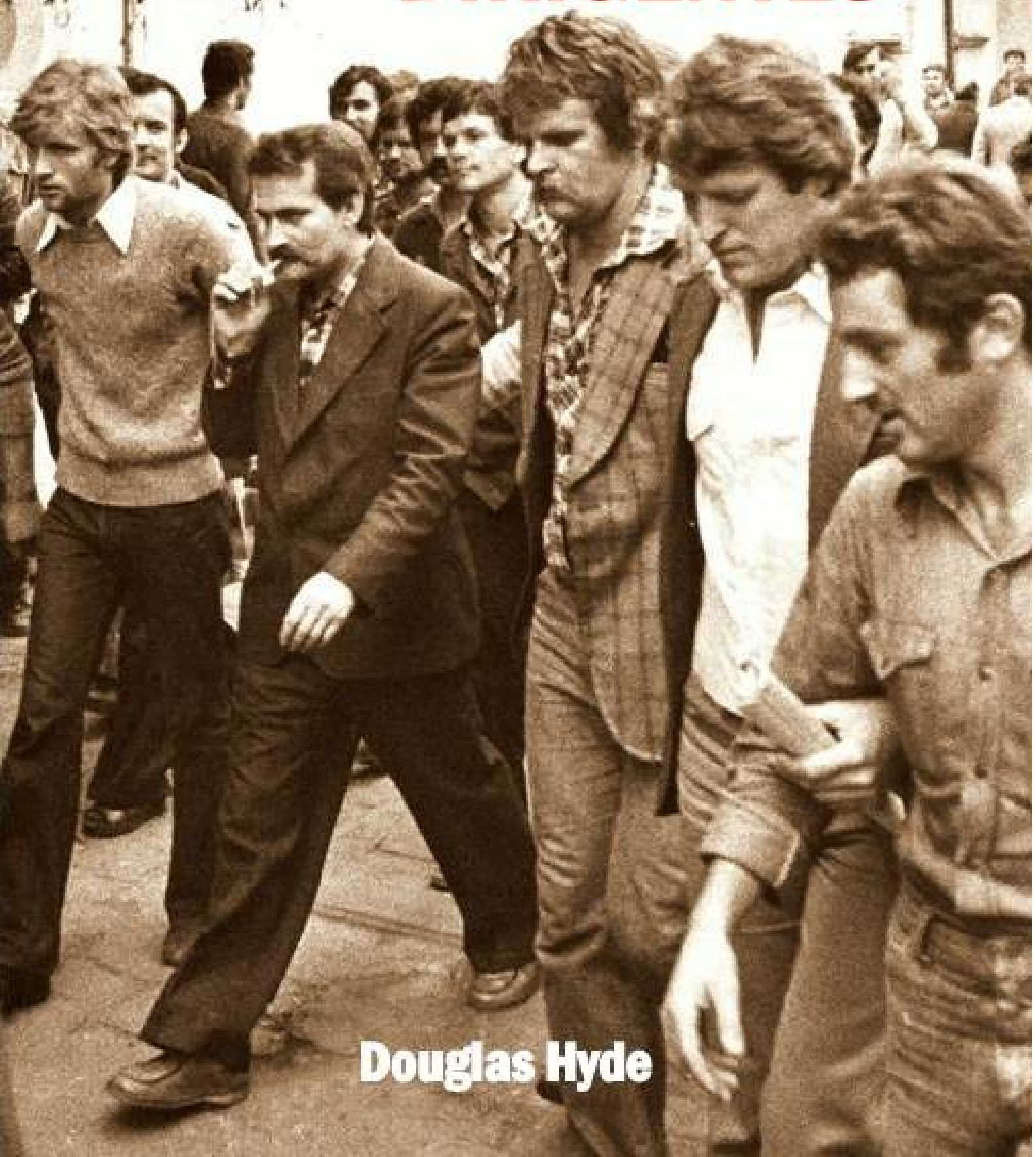


COMO FORMAR DIRIGENTES



Douglas Hyde

Douglas Hyde

Como formar dirigentes

1968

(Contraportada)

El libro de Douglas Hyde, no es uno de estos títulos tan socorridos hoy en día de «cómo ganar un concurso de pesca en diez días». Ciertamente el Cursillo de Cristiandad despierta una auténtica inquietud por los demás. Se le he dicho a quien ordinariamente ha hecho el hallazgo gozoso de un Dios amigo que sus hermanos le esperan. Desea ser dirigente. Desea darse.

Falla muchas veces el cómo darse y sobre todo, cómo enseñar a que los demás se den. Misión primordial de las Escuelas de Dirigentes que están afincadas ya en todas las partes del mundo.

Este libro quiere ser un buen empujón a quienes se están cansando «con el cansancio de los buenos». A quienes hicieron mucho, quizá trabajaron como diez, pero nunca se les ocurrió que podrían hacer trabajar a diez.

Por eso, en la hora diaria del examen de conciencia, el buen dirigente se pregunta: « ¿Que he hecho hoy que habría podido hacer realizar a otro? » Douglas Hyde, hace como un viejo y querido sacerdote hacia en mi parroquia. El muy cuco nos explicaba historietas a toda la chiquillería antes del Rosario. La gente era mucho más puntual al templo y sobre todo, al socaire de los peques, recibían el sermón los mayores.

«Corno formar dirigentes» es un libro que a primera vista pueda parecer escrito como manual de comunismo. No hay tal. Es el sermón del cura.

Para que nosotros aprendamos. Para que en muchos aspectos de nuestra religión sepamos llevar a la práctica una palabra muy apostólica: EFICACIA.

JOSÉ PIÑOL

Título en inglés:

DEDICATION & LEADERSHIP
1966



Douglas Hyde

PRESENTACIÓN

Centenares de libros han sido escritos sobre lo que hay de erróneo en el comunismo. Este libro da todo esto por sabido y pretende exponer todo lo que los comunistas pueden enseñarnos. A pesar de todos los errores del comunismo como doctrina, el movimiento comunista ha destacado con éxito en el modo como ha sabido encender a sus seguidores para que se lanzasen «a cambiar el mundo».

«COMO FORMAR DIRIGENTES», es un estudio detallado de los métodos que los comunistas usan para despertar en sus seguidores este excepcional grado de entrega. Examina las técnicas para promover y mantener esta dedicación durante años, y describe paso a paso el proceso mediante el cual cualquier insospechada potencialidad para dirigentes es desarrollada y usada con efectividad.

El Editor

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
I. EL PUNTO DE PARTIDA.....	8
VOLUNTAD DEL SACRIFICIO.....	14
II. EL PRIMER IMPULSO.....	23
III. SIGUIENDO EL CAMINO.....	35
IV. COMO TRABAJAN LOS GRUPOS DE ESTUDIO.....	38
UN ACERCAMIENTO INSPIRADO.....	42
La lucha global.....	43
Instrucción para la acción.....	46
La lucha contra el mal.....	47
V. LA HISTORIA DE JIM.....	51
VI. EL PROCESO DE FORMACIÓN.....	59
VII. “DEBES SER EL MEJOR”.....	77
VIII. “CAMPAÑAS, CRÍTICA Y PERSONAS”.....	85
IX. EL VALOR DE LAS TÉCNICAS.....	102
Propaganda Impresa.....	104
Cine y Discos.....	110
La palabra hablada.....	114
Organización.....	115
X. ¿PARA QUÉ QUEREMOS DIRIGENTES?.....	118

Prólogo

Para comprender la intención de este libro es preciso conocer su origen y evolución. Empezó como un intento para responder desde mi propia experiencia a la pregunta que suele formularse tan a menudo. « ¿Por qué los comunistas son tan entregados y tienen tanto éxito como dirigentes mientras que en los demás movimientos frecuentemente no es así? ».

Fui llamado para contestar a esta pregunta en una serie de conferencias pronunciadas a modo de seminarios de instrucción de dirigentes, en la convención anual del Secretariado de Misiones en Washington. Estaban presentes centenares de religiosos y dirigentes en potencia provenientes de casi todas las partes del mundo, especialmente de Asia, África y Latinoamérica.

Los organizadores me instaron a que hablase de un modo tan libre como lo deseara, ya que el propósito era examinar porqué los católicos eran débiles y por contraste los comunistas fuertes. Les tomé la palabra y no quise eludir ningún golpe. Esto explica porqué en este libro —escrito en forma vivencial más que como libro de texto— intento acentuar el éxito comunista y la debilidad católica.

El seminario original fue oportuno adaptarlo a las necesidades de otras organizaciones, Católicas y no-Católicas. Espero que en su forma actual «Formación de dirigentes» pueda ofrecer algo nuevo al hombre interesado en la psicología comunista y en particular a todo el que crea que hay una urgente necesidad de formación de dirigentes en el mundo no-comunista. Por encima de todo este libro pretende ser un desafío a quien diga lo contrario.

DOUGLAS HYDE

I. El punto de partida

Es necesario considerar dos puntos de entrada para aclarar el propósito de este estudio. — 1.º La materia a debatir es el estudio de la formación de dirigentes, no práctica del anticomunismo. — 2.º Discutiremos principalmente los métodos comunistas de entrenamiento de líderes que son susceptibles de imitación o adaptación por cristianos u otros, y recíprocamente algunas consideraciones sobre la eficacia y utilidad de nuestros propios métodos.

Si en este proceso llegamos a un mejor entendimiento de la motivación y la formación de los cuadros comunistas, mucho mejor. En realidad espero que esto sea una consecuencia secundaria de esta discusión. Pero mi propósito principal es ver lo que podemos aprender de las actividades comunistas, de sus métodos y de sus técnicas.

Debemos fijarnos en los comunistas, no para atacarles ni para demostrar que están equivocados sino para ver lo que tienen que enseñarnos. De este modo cuando describa los métodos comunistas no seleccionaré aquellos que no encierran ninguna utilidad para nosotros. Es obvio que no recomiendo aquellos que nosotros debemos rehusar por razones éticas o morales, aunque reconoceremos cierto mérito en algunos de ellos si intentamos aproximarnos con criterio sereno a la característica mentalidad unilateral comunista. Esto es, intentaremos ver al comunismo y a los comunistas con una mirada altamente selectiva.

En los ejemplos yo citaré lo mejor que he visto durante años de vida entre comunistas y de observación en casi todas las partes del mundo.

Conocí los males del comunismo al dejarlo después de militar veinte años en el Partido, Pero creo que tienen razón en algunos puntos importantes. Por ejemplo, cuando dicen que hay una gran batalla en el mundo, que analizándola en su finalidad no es otra

cosa que una lucha entre los corazones, las mentes y las almas de los hombres. Esto podemos aceptarlo aunque no aceptamos que todos los buenos están a un lado y los malos al otro. Es evidente que el pensamiento de millones de personas está en un estado cambiante, por todas partes se rompen antiguas fidelidades, creencias y modos de vida, y aún es demasiado pronto para prever a donde nos llevará este proceso.

Creo que ellos también llevan razón cuando dicen que aunque no podamos ver el final de esta batalla su resultado probablemente se decida en este período en que vivimos. En pocas palabras, hay una época de crisis decisiva en la historia del hombre; es precisamente este terrible y tremendo tiempo en que vivimos.

Por supuesto que esto ya se ha dicho en otras generaciones. En el pasado estando los hombres hablaban del destino «de todo el mundo» y de «toda la humanidad», se referían a una mínima parte de la superficie del globo, precisamente aquella en la que habitaba la raza humana. Cuando nosotros hablamos ahora de una batalla a escala mundial significamos una batalla, en la cual se ven envueltos todos los países sin posible escapatoria.

Por lo tanto, cuando los comunistas hablan de lanzar al mundo por el camino del comunismo en el período en que vivimos, no quieren significar todo el mundo con excepción de U.S.A., el Reino Unido o tal vez su propio país en el que usted se puede sentir a salvo del asalto comunista.

Su propósito es clarísimo: Quieren un mundo comunista. Es algo que nunca lo han ocultado y que tiene una profunda significación para ellos. En el medio siglo pasado han realizado un tercio de su propósito. Cada vez que se hace un recuento hay un significativo avance del comunismo, posiblemente sin precedentes. Aún así el mundo en que vivimos es predominante no-comunista. Vive doble número de gente en la esfera no-comunista que en la comunista. No hay pues base para el derrotismo.

Aún así es probablemente cierto lo que se dice de los comunistas, refiriéndose a que nunca un grupo tan pequeño en la historia de la humanidad ha promovido una empresa tan grande en tan poco tiempo. Han conseguido que sus métodos convenzan a un gran número de personas, como hasta ahora no se había hecho

en tan corto espacio de tiempo. Más aún, ellos siempre han trabajado a través de una minoría. Esto es cierto no sólo en los territorios en los que detentan el poder, sino también en los que no lo han alcanzado.

Sin embargo esto no debe asombrarnos. De hecho la mayoría de las organizaciones trabajan a través de minorías. Aún en aquellas organizaciones que se rigen por una mayoría se depende de unos pocos fieles que son los que hacen todo el trabajo, los que se sacrifican y aportan su energía cuando hace falta, para que el movimiento marche.

Los comunistas han aprendido por la experiencia de los demás, han ido perfilando sus ideas y aprovechando los fracasos y éxitos de los otros movimientos; de este modo es como han conseguido un mayor impacto sobre los demás. Muchos de los métodos que ellos aplican han surgido fuera de su seno. Juzgo esto como lo más importante que nosotros debemos examinar.

El Partido Comunista tiene en todo el mundo 36 millones de afiliados. De estos una gran proporción viven en países de gobierno comunista.

Deliberadamente prefieren que el partido sea un núcleo reducido para que no pierda su carácter de élite. Sólo unos pocos millones viven y trabajan en países no-comunistas. Sin embargo el impacto que logran es tal que consiguen requerir nuestra atención constantemente. Consiguen influir de modo profundo en el pensamiento de la mayoría. La política de los otros partidos sería muy diferente de no existir los partidos comunistas.

Entre los que luchan para captar la atención y el pensamiento de los hombres, los comunistas constituyen una pequeña minoría. La mayoría de los 400 millones de musulmanes y 500 millones de católicos viven fuera de los países de la órbita comunista. Hay otros grandes movimientos que pueden disponer de un contingente humano superior al que pudieran movilizar los partidos comunistas reunidos. Sin embargo, ninguno de todos estos movimientos citados puede decir que desde la aparición de los comunistas ha logrado un éxito parecido al suyo. Por supuesto que no hablo de la estrategia de las armas, sino de su habilidad para enardecer la imaginación de las gentes, crear un sentido de dedicación y lograr

que sus seguidores emprendan una acción eficaz plena de sentido.

Resulta casi imposible escuchar la radio o ver la T.V. sin aprender algo de lo que están haciendo los comunistas en cualquier sitio. No dejan que los olvidemos nunca; esto no es meramente circunstancial, hay razones para ello que vale la pena examinarlas.

No creo que la fuerza del comunismo estribe en la fuerza de las ideas. Yo creo, como cualquier cristiano, que el cristianismo tiene algo infinitamente mejor que el comunismo.

Diciéndolo con otras palabras; nosotros tenemos algo mucho mejor que vender. Son ellos los que han logrado influenciar en nuestra generación mucho más profundamente que nosotros.

Su pensamiento es importante, para ellos, pero la política se desarrolla fuera de él. Quizás sea difícil leer a Marx, Lenin, ahora bien, es necesario si se quiere lograr entender a los comunistas y al comunismo. Pero no es esto lo que atrae a las gentes a la causa comunista. Para mí, la fuerza de los comunistas estriba en su gente, y en el modo como ellos la usan. Es en este nivel donde tienen mucho que enseñarnos. Saben utilizar el material humano adecuadamente a su disposición. La mayoría de los no-comunistas no.

Quizás debo aclarar que cuando hablo de los comunistas en estos términos lo hago respaldado por mi propia experiencia de años de estar asociado con los partidos de casi todas las partes del mundo, no sólo con los británicos o los países comunistas occidentales pertenecientes a sociedades que podríamos llamar opulentas. Un punto que debemos referir en cualquier discusión sobre el mundo comunista, es que los comunistas son, o conseguirán ser el tipo preponderante en el mundo. Tienen algo en común entre ellos que los distingue en cualquier parte.

Durante 20 años he sido miembro del partido comunista británico. Me alisté a los 17 años. Pasé mi última adolescencia y mi primera madurez en el Partido. Cuando lo dejé casi todos los amigos que tenía eran comunistas, comunista ha sido toda mi vida, así pues, puedo decir que conozco muy bien a los comunistas o, por lo menos a los británicos. Normalmente cuando uno abandona el Partido Comunista y más si lo hace públicamente es tachado de

renegado, y completamente escindido de sus camaradas y del movimiento al que ha estado asociado.

Desde que dejé el partido una amplia corriente de comunistas ha estado en contacto conmigo. A excepción de los primeros meses de mi baja en el partido y en el diario en el cual era editor de noticias, no ha habido período en el que no tuviera contacto al menos con algunos miembros del partido. No fui a buscarlos precisamente. Ellos oyeron lo que dije en conferencias, o leyeron lo que escribí de ellos en libros, y en artículos; reconocieron que yo estaba intentando dar una versión fidedigna de tal como ellos eran; entonces cuando se les albergaba alguna duda sobre el comunismo o se encontraban en dificultades, se dirigían a mí; yo podía comprenderlos. El resultado de esto ha sido un diálogo vivo que ha continuado con los años.

Como corresponsal de problemas mundiales, he viajado por casi todo el mundo. Donde quiera que he ido he procurado mantener este contacto con el comunismo.

Desde 1957 cada año he pasado varios meses en prisión, viviendo en celdas con líderes comunistas asiáticos, que pagaban condena después de haber dirigido insurrecciones o guerras en las junglas, o que habían sido detenidos en países donde el Partido Comunista era una organización ilegal y clandestina. Lo que debo decir de los comunistas, se refiere pues a los de muchas razas y diferentes partes del mundo.

Debo decir de nuevo que el material humano sobre el cual ellos trabajan, no se diferencia en nada del que está en disposición de los demás. La mayoría de los comunistas son una primera generación. Esto significa que frecuentemente los cristianos y los misioneros cristianos los han tenido en sus manos antes de su paso al comunismo. Uno debe pretender especificar aún más, la mayoría de esta gente son los mismos que son aptos de ser instruidos al cristianismo; es más, una proporción abrumadora de ellos, antes católicos, forman el núcleo y el armazón del Partido Comunista.

En otros sitios el Partido comunista utiliza satisfactoriamente gente con la que los católicos han fallado. No estoy teorizando, un análisis de los líderes del Partido Comunista en U.S.A., Australia, o

por ejemplo, Kerala (India Sur) nos demuestra con evidencia la habilidad de los comunistas para atraer a sus filas a católicos colapsados o desmembrados.

Hago esta consideración, que puede parecer brutal, por dos razones: 1.º No hay razón para considerar que los comunistas dispongan de un material humano especial para trabajar. La gente con la que tiene grandes éxitos frecuentemente es aquella con la que nosotros hemos fracasado. 2.º Debemos aceptar humildemente que muchos de los cristianos y particularmente católicos que se pasaron al comunismo, lo hicieron porque encontraron lo que estaban esperando, sin éxito entre los cristianos. Estas consideraciones deben movernos en un afán por resolver este problema.

Si reconocemos que los comunistas disponen de los mismos recursos humanos, debemos centrar la atención en sus métodos y ver cómo ellos desarrollan en sus miembros potencialidades de liderazgo y consagración.

Los cristianos que se encargan de la formación de los líderes, pueden objetar que los cristianos se relacionan a un nivel sobrenatural y que deben operar a este nivel, mientras que los comunistas se mueven a un nivel meramente natural. Debo decir que esto no creo que sea una razón para ignorar lo natural. Teológicamente se acepta que lo sobrenatural se construye con lo natural. Cuando consideremos los métodos comunistas trataremos a un nivel natural, que es precisamente en el que los cristianos tienden a mostrarse más débiles. Es aquí donde tenemos más que aprender.

VOLUNTAD DEL SACRIFICIO

Si me preguntara cuál es la cualidad y la característica más notoria, que los comunistas tienen en común, yo no diría como mucha gente pudiera esperar, «su habilidad para odiar», ésta no es común ni mucho menos a todos ellos. Yo diría sin duda alguna que es su idealismo, su celo, su consagración, su devoción para su causa y su capacidad de sacrificio. Esto caracteriza a los comunistas allá donde aún no han conseguido el poder, y es también obviamente cierto allá donde ellos mandan. La mayoría de los comunistas con los que me he encontrado responden a estas características.

Esto no es casual. Los comunistas han desarrollado unos métodos capaces de promover esta consagración y la utilizan muy eficazmente. Para entender como lo hacen hay que seguir el proceso paso a paso.

La mayoría de los que se unen al Movimiento Comunista son jóvenes. El porcentaje acostumbra a estar entre los 17 y 25 años. Hoy es entre los 15 y los 25. En estos últimos años se han preocupado especialmente en reclutar gente entre los 15 y los 17. El partido comunista Británico organizó hace poco, una campaña de reclutamiento que consiguió unos cuantos miles de nuevos miembros. Cuando el Comisario General presentó el informe al comité Ejecutivo notificó que la mayoría de los afiliados en este período de campaña tenían edades comprendidas entre los 15 y los 19 años.

La mayoría de los comunistas asiáticos con los que he estado en prisión se unieron al movimiento en edad escolar. En Caracas (Venezuela) se verá que los mayores éxitos de los comunistas se encuentran entre los muchachos universitarios y entre los estudiantes de bachillerato. Muchos de los jefes de las guerrillas que operan en las montañas son jóvenes que abandonaron su casa y sus estudios para convertirse en la fuerza armada del comunismo.

El primer síntoma de comunismo que los misioneros en África

han advertido es que se producen huelgas en las mismas escuelas misionales. En resumen este éxito con los jóvenes que hemos descrito no es exclusivamente un fenómeno británico; sucede en todas partes.

La juventud es un periodo de idealismo. Los comunistas atraen a los jóvenes apelando a este idealismo. Demasiado frecuentemente otros fallan en esta llamada, y consecuentemente pierden. No tenemos motivos para quejarnos si habiéndole negado este idealismo a la juventud vemos que llegan otros, y los utilizan para su causa en contra de la nuestra.

Está de moda hoy en día en muchos círculos, desdeñar este idealismo de verlo todo de color de rosa. De todos los modos de ayudar a los comunistas éste es el más eficaz. Este cinismo ha llevado a muchos jóvenes ardientes pundonorosos, inteligentes y potencialmente buenos a creer que el Oeste no tenía que ofrecer al joven idealista otra cosa que cinismo, y que esto es un signo de la decadencia de nuestro modo de vivir. Se les ha guiado a creer que si se está interesado en mejorar la humanidad, si se desea que cambie el mundo (y el muchacho que no le suceda esto en cierto grado durante la adolescencia será más tarde un viejo cínico y materialista), se debe unir con los comunistas y no con los cristianos.

En todos los sitios en los que he viajado he visto que los jóvenes eran idealistas. Esto es connatural a cualquier joven sano. Sólo puedo concluir que es como Dios quiere que sean. Ofendemos a la Caridad, a la Justicia y al sentido común, cuando despreciamos su idealismo. Cuando procedemos así revertimos contra nosotros mismos.

Los jóvenes siempre han soñado con mundos mejores, y nosotros debemos esperar que sea como desean. El día que perdamos nuestros sueños cesará el progreso. Los jóvenes idealistas desean cambiar el mundo y persiguen la consecuencia de sus ideales de todos modos. Si su idealismo no puede abrirse y canalizarse en los círculos donde ellos han crecido buscarán en cualquier parte.

Los comunistas han demostrado que el idealismo de la juventud es algo que puede ser guiado y utilizado con tremendos

efectos. Es algo dinámico. A pesar de todas las vueltas y giros del sistema comunista continúa con los años probando así el dinamismo del movimiento comunista.

Los cristianos más viejos, creyendo que no pueden construir mundos perfectos y sociedades perfectas con hombres caídos, se acercan con cierto aire tolerante a los jóvenes, en el mejor de los casos. Los comunistas los toman y los utilizan.

La llamada comunista al idealismo es directa y audaz. Ellos dicen, que cuando se trata con la gente, a pequeñas llamadas corresponden pequeñas respuestas, y a grandes llamadas corresponden respuestas heroicas. Esto ellos lo prueban continuamente en la práctica; trabajan diciendo que sí se llama a la gente para grandes sacrificios, la gente responderá a estos, y aún más, los pequeños sacrificios se harán espontáneamente.

La primera vez que fui a trabajar en el diario de Partido Comunista Británico estaba orgulloso de que me hubiesen elegido para este trabajo, orgulloso de hacer cualquier sacrificio que se pidiese; no era consciente de que voluntariamente había aceptado por ello un ridículo sueldo. Admitiré que me sentí orgulloso de ello. Me encontré con otros miembros de la plantilla. La mayoría de ellos eran más vicios que yo por este tiempo; han llegado lejos en sus carreras (algunos de ellos muy lejos) y han tenido que hacer mucho más grandes sacrificios que yo. Algunos de ellos ganaban una décima parte de lo que hubieran ganado trabajando en la prensa capitalista. Hubo época en que a pesar de lo pequeño que eran nuestros salarios no nos los podían pagar enteros.

Aun cuando el periódico prosperó ligeramente y habíamos logrado una plantilla coordinada técnicamente, los sacrificios aún continuaron. Cuando se nos entregaba el sobre de la paga, inmediatamente lo abríamos y dábamos una parte de su contenido al partido y al periódico —antes de que se quemara en nuestros dedos—. Todo el mundo hacía esto, se había convertido en algo habitual, y al cabo de un tiempo no nos molestaba el hacerlo al recoger el efectivo, sabiendo que iba directamente a la causa. Aún de esta manera continúa hoy en día.

Entre los hombres del partido hay muchos capacitados, algunos de los cuales podrían ganar altos salarios si trabajasen en

la industria o en el comercio. En vez de esto ellos aceptan la paga correspondiente a artesano especialista, moderadamente pagado.

Esto no es una peculiaridad del Partido comunista Británico, lo mismo es cierto para otros. El partido comunista francés, por ejemplo, se encontró con una crisis financiera cuando el general de Gaulle alcanzó el poder. De la noche a la mañana el partido perdió casi todo el amplio grupo parlamentario. Ellos, como los miembros comunistas del Parlamento británico —cuando eran algunos— y como sucede en otras partes, apercebían su sueldo del Estado que entregaban inmediatamente al Partido, que a cambio les entregaba la paga correspondiente a un artesano. La pérdida repentina de tantos diputados y de su salario, condujo al cierre de muchas casas comunistas locales.

En la otra parte del mundo, en Kuching, Sarawak, Borneo, recientemente un jefe de seguridad me contó casi horrorizado el caso de un joven que fue a unirse con la organización comunista clandestina. Procedía de una buena familia china. Su padre no tenía ni la menor idea de que estuviese asociado con los comunistas hasta que un buen día desapareció. El padre supo luego que su hijo se había ido a trabajar de zapatero por unos centavos al día en una zona mixta. Esto es un sitio donde vivían en proximidad los chinos pobres de origen rural y los Dyaks; salvo raras excepciones nunca se han mezclado. Por encima de todo, la organización comunista de Sarawak, que es exclusivamente china, desea ganar seguidores entre los indígenas. Sus líderes pidieron voluntariamente para ir a vivir entre los Dyaks en sus cabañas. Los chinos encuentran incomedible la comida de los Dyaks, la falta de higiene personal espanta a los chinos. La mayoría de los voluntarios enfermaron en seguida, hubo otros que aguantaron en su sitio, y este muchacho fue uno de ellos.

Tales sacrificios, a nivel de los líderes o de los simples componentes del partido, son impresionantes y hacen mella en los que se afilian al partido. Una cosa que particularmente impresiona es que el sacrificio se da en todos los niveles de la organización. Los más jóvenes de todos los continentes responden a este ejemplo de idealismo y lo expresan ellos mismos en forma de sacrificio. Esto es cierto en el área de nueva expansión. También en el «decadente» Oeste. En realidad, cuanto más materialista es una

sociedad, más entregados se vuelven los hombres por contraste. El hombre que se consagra, se apela así mismo en virtud del hecho que realmente se está dedicando.

El gusto atrae el gusto. Aquellos que se ven atraídos por la dedicación, ven que dentro del movimiento están poseídos de un idealismo latente en ellos, de una capacidad de darse. Esta capacidad de darse se perpetúa a sí misma. Esto da el tono y la pauta del movimiento como un todo. De este modo el movimiento puede hacer grandes demandas a sus seguidores, a sabiendas que responderán. Si la mayoría de los miembros de una organización están medio apagados, no es de sorprender que los que se unan pronto se conformen al ejemplo general. Si la organización hace relativamente pocas demandas a sus miembros, ellos como es obvio no se sienten en la obligación de dar mucho, entonces se puede perdonar a los que se unen porque ya se supone que ésta es la norma y lo que le vincula a un miembro.

Si por otra parte, la mayoría de los líderes están caracterizados por su dedicación total a la causa y su pensamiento unidireccional hacia ella, si queda claro, que la mayoría se dan hasta perjudicarse dedicando su tiempo, su dinero, su pensamiento y la vida si es necesario, entonces los que se unen pueden suponer que esto es lo que se exigirá de ellos. Si a pesar de ello se unen muy pronto, se condicionarán al sacrificio a pesar de que les dañe incluso.

Es ridículo pensar que cristianos medio descorazonados puedan dirigir un diálogo con comunistas dedicados de lleno. Quizás sea esto, en el fondo, por lo que algunos cristianos sienten miedo de este diálogo. Los marxistas serán los ganadores, los cristianos los perdedores. Yo sugiero que si esto sucede se deberá principalmente más que a las dobleces y engaños de los comunistas, a su dedicación. Los cristianos bien instruidos, conocedores de su cometido, totalmente dedicados tienen poco que temer. Pero a la dedicación se le ha de enfrentar dedicación. En esto debe estar respaldado por un conocimiento genuino — auténtico— de las propias creencias y las de los otros hombres también. Esto debe ser el punto de partida para el diálogo con los comunistas.

Entre los ex comunistas he encontrado algunos que

habiéndose entregado totalmente al comunismo, con el tiempo se desilusionaron o vieron fallos en su pensamiento. En ocasiones he podido ayudar en este proceso. Sin embargo hay otros que perdiendo su comunismo no han encontrado nada con que reemplazarlo. Resultan unas figuras un poco patéticas. Son como un limón exprimido del que se ha sacado todo el jugo y en el que sólo quedan unas pocas gotas viejas de ácido. Lo dejaron quedándose solo con una desilusión que fácilmente revierte en cinismo. O simplemente viven su vida como tantos, sin creencias profundas de ninguna clase, limitándose a pensar de tiempo en tiempo pensativa y nostálgicamente en su pasado, cuando tenían algo en que creer y por lo que luchar.

Estuve hablando con uno de éstos en una ocasión. Nuestra conversación se centró vivamente a la época en la que los dos estábamos de lleno dedicados a la causa del partido. Frecuentemente cuando dos excomunistas se encuentran, hablan «de los viejos tiempos del partido» y lo hacen nostálgicamente, como dos viejos soldados que recuerdan sus antiguas campañas. Nosotros lo hicimos así. Hablamos de viejos camaradas que ahora veíamos como enemigos nuestros y de las campañas en las que habíamos luchado y nos habíamos enardecido juntos.

Entonces muy nostálgicamente me dijo: ¿recuerdas realmente lo que era nuestra vida en el partido?, te levantabas y te ponías a afeitarte pensando en las cosas que podrías hacer por el comunismo aquel día. Ibas a desayunar y leías el *Daily Worker* para entonarte y asimilar el espíritu de la lucha en la que estabas envuelto. Leías cada artículo del diario que te enardecía, y pensabas cómo podrías ser tú útil a la causa.

Nunca estuve interesado en los deportes, pero leía las páginas de deporte para ser capaz de discutir más tarde y decirles a los demás: « ¿Has leído eso en el *Daily Worker*? » Entonces les daba el periódico, esperando que además de las hojas de deportes le echaran un vistazo también a los comentarios de política.

«En el autobús o en el tranvía, cuando iba a mi trabajo, leía el *Daily Worker* tan ostentosamente como podía, sosteniéndolo en lo alto, esperando que los que me rodeaban pudieran leer los titulares y pudieran ser influidos por ellos. Siempre llevaba dos ejemplares conmigo, dejaba uno sobre el asiento en espera que más tarde

alguien lo cogiera y lo leyera.

Cuando llegaba a mi trabajo hacía circular mi *Daily Worker*, un trabajador tras otro lo cogía, se lo llevaba unos minutos y lo devolvía. A la hora del almuerzo en la cantina o el restaurante, intentaba entablar conversación con los compañeros de mesa. Puse en práctica el sentarme con varios grupos diferentes para que mi influencia fuese todo lo extensa que yo pudiera. No intentaba embutirles comunismo por todas partes, pero guiaba la conversación de manera que se hablase de política, y si era posible de las campañas que había puesto en marcha el partido.

Antes de dejar mi trabajo por la noche teníamos una rápida reunión con el grupo de la fábrica o de la célula. Discutíamos los procesos y éxitos del día; y discutíamos también lo que seríamos capaces de hacer el día siguiente.

«Iba corriendo a casa, cenaba rápidamente y entonces me iba a dar unas clases, a hacer de moderador en alguna discusión, quizás a unirme a alguna campaña comunista, yendo de puerta en puerta e intentando convencer a la gente, o estando a un lado de la calle vendiendo diarios comunistas. Haciendo algo para el comunismo. Cuando iba a acostarme por la noche soñaba en lo que haría para el comunismo al día siguiente.

Luego algo triste añadió: «La vida tenía un fin y un sentido en aquellos días. La vida era buena en el partido comunista».

Tenía razón. Es una equivocación pensar que los santos son los únicos que no están tristes. Los pecadores también pueden tener grandes dosis de alegría. Y aquellos que se consagran a algo son inmensamente más felices que los que no lo hacen. Esto que he explicado ha sido mi vida y la de mis viejos camaradas. Es el día de un hombre dedicado, un día normal en la vida de un miembro entregado del partido. No es de sorprender que mire al pasado en el momento actual falto de todo propósito, con una profunda nostalgia.

Quizás deba añadir de pasada que este tipo que he descrito, no era una persona inadecuada, que no pensaba que simplemente vivía de las emociones y de la acción. Era muy inteligente, graduado de la universidad de Oxford, era una persona que tocaba de pies en el suelo, producto de una buena familia con alta tra-

dición política. Quiero puntualizar bien todo esto, para que quede bien claro que es erróneo suponer que los que se sienten llamados al comunismo son sólo de un tipo clave o de una raza particular. Dentro del partido comunista encontramos gentes de todos los tipos y clases. Y dentro del mundo comunista encontramos gentes de todas las razas. Discuta su historia con ellos, pregúnteles qué es lo que les atrajo en un principio del comunismo, invariablemente encontrará que no fueron su teoría, su política o sus campañas tan importantes, sino su contacto con los comunistas dedicados, que les predispusieron y les condicionaron a asociarse al movimiento y aceptar su doctrina que de otro modo probablemente les hubiese resultado inaceptable.

Permítanme que acabe este punto con la experiencia que tuve en las mazmorras asiáticas. Durante cierto tiempo, estuve en prisión con seis líderes comunistas de razas diferentes. Uno procedía de familia aristocrática y había sido durante un tiempo conferenciante de los medios universitarios. El otro era profesor. El tercero había estado de capataz de una plantación con cien trabajadores a sus órdenes. El cuarto que procedía de una familia muy humilde, había estado al servicio del gobierno; los dos últimos eran dos jóvenes científicos procedentes de familias de negociantes. Seis líderes comunistas asiáticos de tres razas diferentes y de casi todos los estratos de su país. Como gente eran de caracteres diferentes. No se les podía clasificar ingenuamente dentro de una sola categoría, excepto por supuesto, en que eran comunistas. Cada uno de ellos había respondido a la llamada comunista y en cada caso su asociación con los comunistas como gente, no fue fruto de un estudio teórico previo del mismo. Cada uno de ellos también había sido preparado para arriesgar su carrera y su libertad por la causa. El riesgo era real. Me los encontré a todos ellos en la cárcel.

Es indiscutible que los comunistas ejercen una influencia mayor que la que su número nos hace suponer, si nos percatamos de que cada miembro del partido es una persona dedicada, que se preocupa desde la mañana a la noche, durante los 365 días del año, no nos extrañará que el comunismo sea la fuerza dominante. Ellos son ayudados extraordinariamente por las deficientes condiciones sociales o políticas, por la injusticia social o racial, por

las imperfecciones de nuestra moderna sociedad. Saben jugar también con las situaciones políticas. Nosotros, si somos honrados con nosotros mismos, veremos que damos motivos para que ellos se opongan a nosotros.

Lo que distingue el movimiento comunista de los otros es la mayoría y lo que hace posible que una pequeña minoría cause tan gran impacto en nuestro tiempo, es la entrega individual del afiliado, y la inmensa fuerza dinámica que esto representa, cuando individualmente y colectivamente todos éstos contribuyen a la causa; sin que ellos estuvieran preparados para aceptar la organización, la disciplina, la sin fin «educación marxista», las incesantes llamadas para una acción, todo esto, contribuye al impacto comunista, pero el punto de partida es la entrega.

Ellos mismos aprecian mucho esto. Cualquier dirigente de cursillos de líderes comunistas insistirá y remarcará que lo más fundamental y el punto de partida debe ser la dedicación.

Esto es algo que deben tener muy en cuenta los que se dedican a la formación de líderes. Por supuesto que es posible formar líderes de su misma clase enseñándoles ciertas técnicas. Ésta no es la clase de líderes que precisamente les interesa a los comunistas, pero yo creo que es la clase de líderes que hoy interesa a los cristianos. Usted puede aprender ciertas técnicas y entonces convertirse en un líder que guía para su propia causa, esto si por líder sólo entiende aquel que lleva una organización, un negocio, una profesión o un sistema político. Pero el primer requerimiento si usted quiere formar un líder para una causa, es que debe estar consagrado a ella.

II. El primer impulso

Los comunistas exigen mayor entrega entre sus gentes que los cristianos en general se atreven a exigir de la suya. Como ya he hecho notar, están convencidos de que cuanto mayor sea su exigencia más grande será la respuesta. Éste es un sistema que siguen siempre. Ellos no hacen ninguna pequeña demanda si no pueden hacerla grande, contrariamente a lo que creen los que no han sido comunistas; ellos no lo consiguen poniéndote el lazo al cuello, por supuesto, al menos en los países no comunistas. Esto no serviría para el propósito. La dedicación y la voluntad de sacrificio deben desarrollarse dentro de la persona, y entonces nacen espontáneamente sin forzar. Los comunistas han encontrado métodos para conseguir esto. En este proceso, han descubierto que es buena técnica psicológica pedir mucho. Es erróneo psicológicamente y políticamente el pedir demasiado poco.

Ésta es una de las múltiples paradojas con las que debe enfrentarse el que quiere profundizar en este aspecto del comunismo. El comunismo, ya se ha dicho, es el gran enemigo de la individualidad. En la práctica el comunismo elimina la personalidad individual. Filosóficamente esto se puede asegurar que es así.

El comunismo se ve forzado en la actualidad a trabajar a través de minorías y a sacar el máximo partido de cada uno de sus miembros, y se ha mostrado como un excepcional modo de desarrollar las potencialidades y aptitudes del individuo que entra dentro de la organización. El despliegue y crecimiento de la personalidad en los reclutados por el comunismo es frecuentemente espectacular. Esto se puede decir de los más diversos caracteres.

Recuerdo ahora la conversación que tuve con un juez del Sudeste asiático delante del cual habían comparecido centenares de misioneros, capturados y detenidos por las guerrillas. Me dijo que distinguía rápidamente quienes eran miembros del partido y quienes meros simpatizantes. De los muchos intelectuales que se unieron al comunismo en el año 30, debo decir que de esta

asociación surgió un florecimiento de sus talentos. La mejor época para muchos artistas, escritores y poetas que se unieron al comunismo fue el período en que estuvieron asociados con él, a pesar de que luego lo dejaran. Ello se debe en parte porque su trabajo en esta época adquirió para ellos más significación, y porque tenían una causa por la que vivir y que encaminaba sus talentos. Pero era también porque el comunismo les pedía todo, les pedía todo su ser y se lo entregaban.

La paradoja, repito, es que los comunistas demuestran una confianza en su gente que los cristianos, que se supone que son los grandes defensores de la persona humana, no están preparados a mostrar. Ellos piden mucho y obtienen la respuesta que esperan.

Al mismo tiempo ellos se dan cuenta que no es suficiente tener una organización de entusiastas. El sacrificio, la dedicación y el celo no son suficientes por sí mismos. Son importantes, pero sólo son el punto de partida. Hay cosas que ayudan a hacer que un hombre persista como miembro activo y que permitan asegurar que cuando sea un líder, él continúe siendo un líder para la causa y no para sí mismo. Para lograr esto se debe crear una voluntad de sacrificio inicial, pero seguir también dando una preparación, una práctica y una instrucción.

Así los comunistas ponen en práctica un entrenamiento que les permite utilizar todo lo efectivamente que se puede el material humano a su disposición. «Cada comunista un líder, cada fábrica una fortaleza» es uno de sus slogan. Pero es algo más que un slogan, es un deber. Algo que ellos están completamente determinados a lograr. El significado que encierra el slogan es el siguiente: cada miembro del partido debe ser entrenado de tal forma que pueda resolver satisfactoriamente y tomar el mando de cualquier situación en la que pudiera encontrarse; cuando se hayan logrado unos cuantos individuos de esta clase, dentro de una misma fábrica o en una organización, desde luego se puede decir que aquello es una fortaleza para el comunismo. Es decir que se convierta en una posición casi inasaltable.

Esto no es sólo un slogan, es algo que conocen perfectamente quienes regentan fábricas. Conozco muchas en Inglaterra en las que los comunistas, desplegando un auténtico

liderazgo a nivel de los trabajadores, han ganado el control de comités superiores y al cabo de poco tiempo el control mismo de la fábrica. Sucede muy a menudo que cuando pierden el control, no es debido a que se ejerza un liderazgo superior al de ellos sobre los trabajadores, sino porque la dirección aprovecha una determinada situación para zafarse de ellos.

Desde el punto de vista de la dirección de la fábrica no les queda otro recurso que despedirlos. Ha habido huelgas que han afectado a miles de obreros no comunistas por haber sido despedidos sus representantes comunistas.

Es fácil en esta circunstancia para los periodistas explicar la situación diciendo que los obreros han sido intimidados por los líderes comunistas. Los que conocen la industria generalmente suelen ser más agudos. Saben que si un hombre desea ser líder de un taller, para mantener esta posición debe tener probadas cualidades para el liderazgo, habilidad para obtener resultados satisfactorios y voluntad para arriesgar a ser despedido. En pocas palabras, estar tan entregado como para estar dispuesto a probar sus medios de vida, estar en la lista negra de todos los que emplean y ver cómo todo lo que habían conseguido en la vida se les viene abajo.

Este es el punto de vista comunista sobre el liderazgo. Se debe creer en el material humano que está a nuestra disposición. No se debe temer hacer grandes demandas, y hay que pedir con destreza y con inteligencia, sacrificios, unos tras otros.

Al celo y al entusiasmo hay que añadir un conocimiento de las cosas. En otras palabras, los comunistas reconocen que si hay que preparar a una persona para líder, ésta debe conocer a fondo todo lo que cree. Debe utilizar lo que aprende. Todas estas cosas no vienen por sí mismas. Por término medio al adulto —como más o menos a todas las personas— no se le entusiasma con facilidad, ni se consigue que se sumerja en una causa sin imbuírsele. No es fácil que sacrifique sus intereses a uno mayor. No le entusiasma tener que volver a la escuela. Para obtener todo esto de él hay que inspirársele. Toda esta inspiración, dicen los comunistas, ha de venir de fuera. La obligación de ellos es inculcárselo.

Por esto el elemento inspirador en el comunista es muy fuerte

siempre. Lo ha sido desde el comienzo. Frederick Engels, amigo y colaborador de Karl Marx, hacía acabar su libro «Ludvig Imerbach» con las siguientes palabras: «Los filósofos hemos tratado únicamente de explicar el mundo, sin embargo la tarea a hacer es cambiarlo. El slogan «cambiamos el mundo» ha sido uno de los más dinámicos en estos 120 años. Muchos años después que nutrieron y fueron sepultados, Federico Engels, los partidos comunistas del mundo realizaron su slogan. Algunos de los hombres más sencillos y sensatos de su generación se asociaron al partido comunista, dentro de los frentes populares en los días de la gran depresión de los años 30, con la creencia de que haciéndolo así estaban ayudando a «cambiar el mundo», un mundo que en aquel momento aparentaba incapacidad para ofrecer otra cosa que desempleo, pobreza, fascismo y guerra.

A los individuos pertenecientes al Partido Comunista se les ha hecho creer que ellos y otros como ellos pueden cambiar el mundo, durante su vida. Están convencidos de que no se trata de un sueño, sino que para ello hay técnicas, y que la ciencia marxista puede darles medios para hacerlo. Cuando se haya tenido éxito en hacer creer a los hombres que este cambio es necesario y posible, y que son ellos los que pueden conseguir que así sea, cuando logre convencerlos que ellos y que la pequeña minoría que forman puedan cambiar al mundo durante su tiempo de vida, ciertamente se habrá logrado algo muy importante. Usted habrá puesto en su vida una fuerza dinámica tan poderosa que podrá hacer posible cosas de otro modo inaccesibles. Al lerdo y al torpe se les abrirá un horizonte lleno de sentido. La vida se mostrará llena de propósitos e inmensamente más digna de vivir.

Marx concluye su manifiesto comunista con las siguientes palabras «Tenemos un mundo a ganar» tremendo deseo. Matemáticamente no se puede desear más. La idea de que el mundo está ahí, para ir, y ganarlo está firmemente implantado en la mente de los cuadros comunistas. Está con ellos siempre. Es un objeto muy claro para ellos. Ellos saben para qué trabajan. Es algo que ellos creen que es posible lograrlo. Más aún, no sólo se recuerda un centenar de veces al día que este cambio es posible, sino que hay necesidad urgente de efectuarlo.

Antes de que haya acabado de leer su periódico matinal, no

importa si capitalista o comunista, ha analizado la crónica de las guerras o los posibles rumores de éstas, los artículos de actualidad, y ha caído en la cuenta de lo lejos que ha ido esta sociedad en manos de hombres incapaces, y la urgente necesidad de cambio que existe.

Para el cristiano resulta trágico considerar, que esta gente dedique toda su potencialidad, celo y consagración a su causa, mientras que aquellos que creen que son depositarios de la causa verdadera dan tan poco de sí. Y sus líderes tienen miedo de pedir algo que salga del mínimo.

Los cristianos podrán decir que el comunismo es la peor creencia de las existentes sobre la tierra. Pero deben darse cuenta que los comunistas gritan lo suyo en voz alta y a los cuatro vientos, mientras que los cristianos cuando hablan lo hacen en voz baja y como temerosos.

En un período relativamente corto de la historia de la humanidad, los comunistas han causado un gran impacto. Nuestro modo de pensar en lo social, las condiciones de trabajo, nuestros programas políticos y militares son diferentes de lo que serían si esta minoría no existiera. Casi un tercio de la humanidad vive ya bajo el comunismo. El resto vivimos diferentes, porque los comunistas viven «ahí». En este sentido ellos ya han cambiado el mundo. Pero aún están lejos de alcanzar su objetivo, y éste es el pensamiento dinámico que los conduce en su acción.

Podríamos argüir nosotros que si alguien debe cambiar el mundo para el bien, han de ser los cristianos y no los comunistas. Yo creo que si nosotros aplicáramos nuestro cristianismo a la sociedad en que vivimos, entonces realmente cambiaríamos el mundo. Los cristianos también tenemos un mundo que cambiar y un mundo que ganar. Si los primeros cristianos hubieran precisado de slogan, éstos hubieran sido los suyos. Éstos pueden ser los nuestros. No hay razón para que los monopolicen los comunistas.

Prácticamente desde que me uní al Partido Comunista hasta que 20 años después lo dejé, era consciente de que nuestros miembros creían firmemente que tenían un mundo que ganar y que iban a hacerlo; pocos lo veían esto como algo que sólo fuera una posibilidad. Entré en la Iglesia Católica preparado para enfrentarme

con lo que me encontré —sería hipócrita si dijera que yo esperaba que todo fuera bueno—. Una cosa que por supuesto no me hizo dudar fue lo que me dijo mucha gente, de que la Iglesia Británica sufría algo así como un complejo de minorías. No esperaba esto, ya que ya procedía de una organización que contaba entonces con 45.000 miembros y entraba en una que era 100 veces más fuerte numéricamente ya que representaba el 10 % de la población británica.

En los días en que los comunistas sólo se podían jactar de tener 19.000 miembros, nosotros creíamos que cuando vinieran las circunstancias apropiadas, nosotros podríamos hacer de Inglaterra un país comunista, y que lo sería con el soporte popular. Habremos sufrido de cualquier cosa menos de complejo de inferioridad.

Yendo de un sitio a otro, viajando por todo el globo, me asombraba de que hubiera gente que teniendo tal número a su disposición y la verdad por su parte, estuviera lastrada por el pensamiento de que eran sólo unos pocos, una minoría sitiada, envuelta en algo así como una lucha imposible con una mayoría.

Este mismo concepto es falso. Psicológicamente era calamitoso. Y además yo no veo que hubiera nada para suponerlo.

No entré en el catolicismo esperándome encontrar con un calibre humano alto. Nosotros los comunistas creíamos que la comunidad católica era la porción de la población más ignorante, supersticiosa, reaccionaria y obscurantista. En la práctica me encontré que los recursos humanos eran similares y en ocasiones idénticos con los que me encontré dentro del movimiento comunista; es decir que venía a ser un término medio de lo que eran los ingleses. Siendo así y recordando el uso que nosotros hacíamos de nuestra gente, resultaba increíble que un grupo con 5 millones de miembros y que ocupaba prácticamente toda la comunidad, teniendo representación en todos los estratos y en todas las condiciones, pudiera pensar en términos de complejo de inferioridad.

Ciertamente la mayoría de los comunistas no pensaban en estos términos. Ni necesitaban hacerlo mientras continuaran en su propósito de hacer de cada miembro un líder. En lo más hondo de la Gran Depresión, cuando Hitler manifestaba sus claros propósitos

de ir a la guerra e imponer su nuevo orden en el mundo, cuando las nubes de la guerra envolvían el globo, nosotros no estábamos deprimidos pensando que sólo éramos 15.000. En realidad estábamos contentísimos de ver que los mismos males del tiempo operaban en nuestro favor, que esta situación ventajosa para nosotros maduraría probablemente, y que nosotros teníamos a nuestra disposición 15.000 líderes que operaban en casi todos los niveles de la vida inglesa. Nosotros sabíamos que estábamos logrando que nuestras ideas tuvieran una gran difusión. En verdad, el curso de los acontecimientos, en el frente mundial, no se mostraban tan favorables como esperábamos. De momento había una gran evidencia que las ondas que nosotros levantábamos cada vez que arrojábamos una piedrecita al estanque llegaban muy lejos en la vida nacional inglesa,

Estoy lo suficientemente lejos de mis días comunistas y conozco suficientemente los problemas de la comunidad católica para reconocer que el comparar y medir los potenciales comunistas y católicos no es pura Aritmética. Pero aún no creo como otros, que la comunidad católica o los cristianos en general causen todo el impacto sobre el pensamiento y la época de que son capaces.

Si como se ha dicho frecuentemente, la batalla de nuestro tiempo es en el fondo una lucha por los corazones y la mente de los hombres, entonces esto es de suma importancia. Quizás de decisiva importancia. Debemos reconocer con humildad, que a este nivel han sido mayores los logros comunistas que los cristianos desde que se fundó el Partido Comunista. De nada sirve a los cristianos argüir que todo lo que han conseguido los comunistas lo han hecho por medio de marrullerías. La mayoría de los éxitos comunistas han venido como fruto de una actividad de aproximación a la gente, que con mayor justificación debiera ser utilizada por los cristianos.

Para entender los logros comunistas se debe entender la mecánica por la cual, gente ordinaria de una potencialidad común, puede ser llevada a un estado mental en el que está ansiosa de servir a la causa convirtiéndola en líderes. A esta gente se la logra convertir en líderes efectivamente capacitados. A medida que yo voy describiendo los procedimientos que utilizan los comunistas, los cristianos y otros pueden pensar como relacionarlos con su

trabajo.

La mayoría de los que se unen al Partido Comunista saben muy poco del comunismo. Esto que digo sirve para los intelectuales y los obreros. El recluta en potencia ve al partido actuar. Frecuentemente alguien que conoce está asociado a él, o quizás alguien que trabaja con él le llama su atención por desarrollar alguna actividad especial. Ésta puede ser la recogida de firmas para una petición de paz, o quizás una campaña comunista para mejorar las condiciones de trabajo o la retribución, o para evitar el desahucio de una viuda que vive en un barrio pobre. Lo importante es que vea el partido en acción y que admire lo que hacen. De esto se sigue que estén atentos a otras nuevas campañas y que vaya en aumento el convencimiento de que responden a necesidades reales. Entonces se aperciben que todo lo que se está haciendo por otros parece ser insuficiente para las necesidades y enfermedades de nuestro tiempo.

En otras palabras, el Partido en acción, como un todo que se mueve a la vez, y la gente que compone el partido que proporciona la primera chispa a los que se aproximan al comunismo. Es decir, la gente que reclutan los comunistas ha sido atraída por la dedicación que demuestran ellos, cara a una acción que es atractiva en sí misma por responder a necesidades reales. El partido opera a un nivel que encierra un gran significado para el recluta en potencia. El partido ha venido a él, no ha tenido que salir a buscarlo.

El Papa Pablo VI, cuando aún era arzobispo de Milán, dijo en una ocasión que en la antigüedad sólo era necesario que la Iglesia tocara sus campanas para que la gente acudiera. Hoy en día, sin embargo, hay que llevarle la campana al pueblo para que la toque. Esto es algo que los comunistas hace tiempo que aprendieron. Es irónico pensar que son ellos los que parecen ajustarse a la letra de aquella canción, «con el martillo de la justicia, la campana de la libertad y una canción de amor a mis hermanos y hermanas caminaré por esta tierra».

La dedicación de su compañero comunista, es el impacto más fuerte que recibe el recluta. La primera impresión cuando entra en el partido es la actividad, y la aparente pertinencia de esta actividad en nuestros tiempos. De este modo quien decida ser comunista lo

hace sabiendo que ha de demostrar toda la dedicación de que es capaz. Esto es lo que implica el ser comunista. Entra pues en el Partido, preparado para hacer una amplia entrega de sí mismo.

Si en esto se une al comunismo, sabe que será algo que hará cambiar su vida, No tiene parecido con lo que representa el mirar a otra organización con la que está familiarizado. Su conciencia de esto, sobre todo si tiene un pasado cristiano, aumenta, pues es casi inevitable que haga comparaciones entre los comunistas y los cristianos. La comparación será desfavorable a los cristianos. Esta comparación le incita aún más a lanzarse de lleno al comunismo y a entregarse en cuerpo y alma a él.

Si ha crecido en un círculo cristiano, apercibirá entonces que el cristianismo como el comunismo requieren una entrega total, que los cristianos intentan y esperan cambiar el mundo. También ellos debieran ser activos; que ser miembros de una iglesia no es lo mismo que serlo de un club. Que los cristianos debieran proyectar su cristianismo en su vida y en la del mundo que les rodea. En la práctica se encontrará que aunque los cristianos le han enseñado que la dedicación y la entrega es algo digno de admirar y a lo que se debe aspirar, probablemente la primera persona consagrada con la que se encuentre en su vida sea un comunista. O, si esto suena demasiado duro, que el comunista será la primera persona dedicada que no se ha ensimismado en su propia sustracción, sino que se está entregando él mismo para cambiar a la sociedad y al mundo.

No trato de discutir ahora si esta impresión es justificable en el sentido de la felicidad o de la infelicidad que los comunistas han tenido en el mundo. Me refiero al impacto que causa el comunista en particular y el Partido sobre el que considera si debe unirse o no. Porque esto es clave para entender cómo es posible que los comunistas puedan hacer con éxito demandas tan grandes. El hecho es que cuando el recluta toma su decisión, al mismo tiempo se prepara psicológicamente y se predispone a grandes exigencias y a grandes entregas. Si no estuviera preparado para esto no se uniría al partido.

El proceso es similar en tantos casos, que los ex-comunistas describen con casi idénticas palabras, como yo lo hago, el proceso de cómo ellos se unieron al comunismo. Viene a ser algo así

«Durante años contemplaba desde el graderío la lucha, viendo a los miembros del partido y lo que hacían sin inmiscuirme en la lucha. Entonces sobrevino una crisis nacional o internacional que me hizo pensar que no tenía derecho a ser un mero espectador cuando había quienes estaban dando tanto. Me sentí lanzado a unirme en la lucha —hubiera sido traicionarme a mí mismo el no hacerlo.

Esta imagen de la gente colectivamente entregando todo lo que tiene a su causa, que ha creado el partido, es algo que de por sí hace que el acto de «unirse al partido» sea una decisión como si dijéramos de tipo místico. Uno recuerda la casi reverencia que tenían los intelectuales simpatizantes pertenecientes al Frente Popular por los que erais entonces miembros del partido con el carnet en el bolsillo.

Puedo recordar a docenas de personas que leían las publicaciones del *Left Book Club* (escritos izquierdistas. N. T.) y que participaban en mítines políticos que en algún momento de su vida han venido a decirme lo siguiente: «Tenía que haberme unido hace tiempo al partido. No tengo otra excusa que mi deseo de una vida tranquila, mi egoísmo y mi pereza. He descubierto ahora que es mi deber hacerlo. En la situación presente no podría vivir si no me uniera. Estoy preparado para hacer cualquier sacrificio que se me pida».

Esta no es la imagen que tiene un no-cristiano de lo que representa hoy en día asociarse con el cristianismo. Hasta que haya cristianos que sean entregados, y al mismo tiempo desarrollen una actividad plena de significación, y que los haya en suficiente número para una imagen similar de la cristiandad, los comunistas se sentirán ligados a pensar que les es más fácil a ellos que a los cristianos dar la gran respuesta.

Para concretar más, un hombre que decida hacerse católico no se le ocurrirá nunca que esta decisión pueda alterar el tipo de vida, que cada día desde que despierte será para él diferente, debido al cuerpo de creencias que él ha aceptado. Es posible para un futuro converso que estuviera yendo una larga temporada con un sacerdote para instruirse que no tuviera por ningún momento la sensación de que va a formar parte de una organización de gente completamente dedicada. En realidad, aunque esto sucediese, sólo

serviría para desilusionarlo más tarde.

Es igualmente posible que recibiese la instrucción completa para el bautismo sin oír una palabra de las enseñanzas sociales de la Iglesia o de la responsabilidad que tiene en ayudar a transformar la sociedad utilizando sus valores cristianos —posiblemente una nueva escala de valores para él— desde su puesto de trabajo, en su sindicato u organización profesional, en su actuación política, y en sus relaciones con los demás. Ciertamente acabará su instrucción sabiendo que tiene que ir a misa los domingos, abstenerse de carne en viernes, y que debe rezar de vez en cuando. Su instrucción en la mayoría de los casos finalizará, sin que se le llegue a ocurrir, ya que nadie se lo ha dado a conocer y también porque a nadie ha visto ponerla en práctica, que él es uno de los que llevan sobre sus espaldas la responsabilidad de cambiar el mundo.

En tales circunstancias, el número de personas que no se entregan por completo y no son por tanto miembros activos sigue creciendo. Su cristianismo niminizado, su falta de dedicación y de actividad se convierte en la norma. He aquí el círculo vicioso.

La norma en el partido comunista es totalmente diferente. La consecuencia es que los reclutas saben desde un principio que se les va a pedir mucho. Esto es de tremenda importancia. Significa que el recluta empieza con pie derecho. El partido entonces se encarga sólo de supervisar y mantener el concepto que prácticamente obra ya en la conciencia del miembro.

El nuevo miembro probablemente encuentre que este concepto del partido es justificado. En Indonesia, que tiene el partido más numeroso de los países no comunistas, se ve a los jefes del partido que viven de un modo sencillo, libre de ostentación y lujo. En los Estados Unidos encontramos líderes que con un respaldo público de odio y desdén, se pasan su tiempo entrando y saliendo de la cárcel, sin la menor posibilidad de un próximo cambio de la situación, sin la menor perspectiva de recibir alguna compensación en forma de fuerza o privilegios.

He oído a antiguos comunistas decirme lo siguiente: «A pesar de que ahora veo el mal en el comunismo, aún creo que cuando me uní al partido comunista tomé la decisión más grande y mejor

de toda mi vida. Es el acto menos egoísta que he realizado.

Entiendo lo que quieren significar al decir esto. Nadie que se una al partido comunista puede suponer que su vida será como hasta entonces. Los reclutas han visto a los comunistas en acción. Ellos han ido hacia el partido al conocerles y sentirse atraídos al ver que ellos eran comunistas todo el día —siendo personas de 100 % en un mundo de 50 %. Esta imagen del partido puede frenar al recluta en potencia durante algún tiempo. Pero si toma la decisión sabe que será algo que hará cambiar su vida. El cree que es mejor hombre por entrar que por quedarse fuera.

La ausencia de una imagen cristiana análoga —fuera de las órdenes religiosas— crea claros problemas a aquel que desea ver a los cristianos igualmente dedicados. La respuesta está en los cristianos.

III. Siguiendo el camino

Así, el recluta comunista entra en el partido esperando tener que sacrificarse y esperando zambullirse en la acción. Así pues, ya sabe a lo que se atiene desde un principio. Ahora valdrá la pena que sigamos paso a paso el proceso que se sigue con el recién inscrito, no sólo para saber cómo trabajan los comunistas, sino para ver lo que podemos aprender. Son impresionantes los resultados que obtienen los comunistas con su organización y sus técnicas de entrenamiento cuando éstas trabajan al máximo. Cualquier comunista que se encargue de entrenar o instruir a otros, sabe por experiencia que ninguno de los pasos de la operación puede ser omitido, y que éstos siguen un cierto orden, si se quiere una cierta secuencia lógica.

La instrucción de un nuevo miembro del partido no suele comenzar inmediatamente después de su unión. Deliberadamente, y por una buena razón, el partido envía a su nuevo miembro, siempre que sea posible, a algún tipo de actividad pública, antes que su instrucción comience. Más específicamente, se le encarga de la publicidad para captar nuevos miembros.

Frecuentemente esto consiste en salir y quedarse por la calle vendiendo periódicos comunistas, revistas o panfletos. Esto parece ser a primera vista una actividad muy simple de un rango muy bajo, que debe hacerse a la idea de que ahora es ya comunista —y que sabe que para amplios sectores públicos es una palabra sucia— esto es algo muy significativo. El da así testimonio público de la causa que ahora le pertenece. Y además incidentalmente se obliga a sí mismo, de varias formas diferentes.

Cuando era comunista vendía por las aceras los papeles que imprimía el partido. Lo odiaba. Sólo quien lo haya hecho entenderá lo que digo. Tomas tus bártulos y te plantificas en un sitio público con una pila de periódicos. Con todo el mundo mirándote deshaces el montón, sintiéndote muy consciente de lo que estás haciendo. Tú estás convencido que todo el mundo está esperando a ver qué saldrá de allí. Entonces coges un ejemplar, lo levantas e intentas

vocear su nombre; apenas reconoces tu voz al hacerlo. La significación de esta tarea, tan humilde como puede parecer, es que mucha gente debe hacer un acopio de coraje para llevarla a cabo.

Cuando el recién inscrito se embarca en esto, que es su primer trabajo para el partido, se puede sentir tan idiota que casi estará resentido de que le hayan recomendado este trabajo. Pero al cabo de poco tiempo comprende el alcance de todo esto. Durante un rato la gente pasa por su lado ignorándole a él y al periódico que intenta vender. O, a veces observa cómo le mira la gente con suspicacia e incluso odio. Entonces quizás alguien de entre la multitud le insulta. Es un típico insulto bajo. Que no tiene casi nada de racional. Este hombre pudiera ser un fanático fascista, un maniático o un fanático, posiblemente uno de aquellos que creen que todos los males del mundo pueden atribuirse a los comunistas, a los judíos o a los masones. El recién incorporado, consciente de su situación y viéndose blanco de las miradas con su pila de papeles bajo el brazo, se siente desconcertado.

Pero la multitud que empieza a reunirse en torno a él presenta ya más variedad. Se encuentra ahora que tiene que vérselas con objeciones más racionales a su comunismo. Esto le obliga a desplegar a fondo todos sus pequeños recursos y lo que sabe de los acontecimientos diarios, del pasado presente y futuro del comunismo, de las tácticas del partido, de la filosofía, de las actividades, de sus líderes. El quisiera girar sus talones y salir pitando de allí. Requiere una dosis de coraje moral quedarse allí, en aquella lucha, para la que ve que no está preparado. Este valor moral no es un mal punto de partida.

Las preguntas continúan. ¿Por qué te uniste al partido comunista? No pareces mal muchacho, dinos pues, ¿cómo puedes unirte a un partido así sabiendo lo que hizo Rusia en Hungría? ¿Por qué José Stalin firmó un pacto con Hitler? Si eres comunista debes ser ateo. Como puede hoy en día haber gente tan necia como para ser atea. Y así las demás.

El da las respuestas que puede. Cuando se ha acabado lanza un suspiro de alivio, rehace su paquete y se marcha con su manojito de diarios sin vender. Pero se marcha probablemente sabiendo que no sabe responder todas las preguntas que se le pueden hacer a

un comunista. Ahora es consciente de que sabe menos de lo que se pensaba. Muy probablemente está insatisfecho consigo mismo. El hubiese querido desarrollar una tremenda lucha, deshacer los argumentos de sus adversarios y convertir a todos los presentes. No ha conseguido nada de todo esto. Pero se ha apercebido de su propia ignorancia, esto quizás sea el comienzo de la sabiduría.

Los que le enviaron a esta actividad no esperaban que supiese responder todas las preguntas. Sin que esto haya sido un estorbo para él ni para el partido. En este proceso ha aprendido mucho. La próxima vez que tenga que montar su tenderete irá con la determinación de hacerlo mejor.

Probablemente lea ahora los periódicos comunistas de un modo muy diferente, buscando las soluciones a las preguntas que se le han hecho. Aprendiendo nuevos tiros y nuevas defensas para su próxima lucha. Está buscando la manera de ser más adecuado y útil al partido, más digno y más capaz de servir la causa. Y su nueva sed de conocimientos acerca del comunismo, la urgencia que siente de leer y entender los libros y escritos comunistas ha partido de la acción. La teoría y la acción —aparentemente opuestas— han encontrado una unidad en su mente y en su experiencia.

IV. Como trabajan los grupos de estudio

Durante un cierto tiempo se le ocupa al recién inscrito en estas formas simples de actividad. Se hace esto para confiarle una posición. Para que se sienta de este modo ligado a la causa. Para que se sienta ligado a una lucha. El ha dado testimonio de sus nuevas creencias y porque así lo ha hecho las cree ahora más profundamente, está preparado para defenderlas más agresivamente.

Entonces sucede que un día aparece alguien que dice llamarse el secretario encargado de educación del partido y se dirige a él diciéndole: « ¿No cree que debe aprender algo más sobre el comunismo que usted ha aceptado? ¿No le gustaría recibir unas cuantas clases? Estamos organizando algo especial para los principiantes. No se le harán a usted grandes demandas. Será algo muy sencillo que encaje con el grado que usted ha alcanzado. Nos gustaría que usted asistiese. Creemos que las encontrará muy útiles. Si cumplen estas clases el cometido que nosotros esperamos, servirán para llenarle unos cuantos vacíos y le ayudarán a ver qué es lo que pretendemos nosotros.»

Lanza un suspiro de alivio y agradece esta oportunidad que se le brinda para encontrar respuesta a todas las preguntas que le preocupaban. He aquí la oportunidad para conseguir buenos tiros y buenas respuestas para la batalla en la que se ha visto envuelto, y cuya, necesidad de hallarlos ya había sentido.

Es importante que entendamos esto si pretendemos comprender el éxito de las clases de educación marxista por término medio. Ya que ésta resulta ser efectiva en dos sentidos.

Primeramente al contrario a como suele ocurrir en otras organizaciones, la asistencia de los inscritos suele ser constante durante todo el curso. La experiencia muestra más frecuentemente el caso del curso en el que la asistencia disminuye constantemente —un curso empieza con unos 20, el número baja a diez cuando se

está en la mitad y luego acaban unos siete que han completado el curso del principio al final. Segundo, los directores de estos seminarios de comunismo ganan la aceptación de los inscritos en las ideas que se exponen, a pesar de que éstas suelen ser inaceptables para la mayoría de la gente. Yo creo que el éxito de estas clases se puede aducir a un hecho indiscutible: estas clases consiguen un cambio de vida.

El punto de partida como hemos visto es que los que van a las clases lo hacen sintiendo verdadera necesidad de lo que se les va a ofrecer.

Esto significa que los nuevos inscritos van a las clases con una disposición mental receptiva. No les mueve a ello un mero interés académico o una vaga necesidad de educarse, ¡no van tampoco con el afán de inquirir, sólo van a aprender!

El profesor tiene algo que ofrecerles por lo que los reclutados sienten necesidad. Es algo que están ansiosos de obtener. Por tanto van a prestar la máxima atención a lo que se les va a dar. Están dispuestos a estudiar lo que sea necesario y a llevar a la práctica todas estas enseñanzas.

Todas estas tareas sencillas que se les encomendaron en un principio, tales como vender periódicos en las calles o panfletos de puerta en puerta, que le costaron tanto en un principio, han sido una preparación psicológica para lo que ha venido después. Se ha comprobado que enviar a los nuevos miembros para hacer un testimonio público de su causa juega un papel importantísimo en el subsiguiente éxito de las clases que más tarde van a recibir. Este proceso es importante en la preparación de los comunistas como futuros líderes, y un modo de asegurarse que serán miembros activos y no pasivos, y que sabrán llevar su causa.

Muy frecuentemente el fallo de no confiarles a los jóvenes nuestra propia causa motiva su decepción. Nosotros tememos hacerles grandes demandas por no arriesgarnos demasiado, y como consecuencia lo perdemos todo.

Recuerdo que en una ocasión viajaba por el África Central. Atravesábamos la selva en un coche que guiaba un jesuita irlandés. Llegamos a las afueras de una ciudad. Vi que había unos cuantos africanos espaciados unos de otros unos cincuenta metros

a cada lado de la carretera que vendían unos papeles. Al acercarme a ellos vi que el nombre de la publicación era Watch Tower (Torre de vigilancia). Resultaron ser de la secta de los Testigos de Jehová, secta que se está extendiendo más rápidamente por África que el catolicismo.

Ya que muchas veces la religión de la infancia no suele ser la de los Testigos de Jehová, le pregunté a mi compañero qué tipo de creencias practicaban ellos antes de pertenecer a esta secta, me respondió del siguiente modo «una gran parte de ellos eran antes nuestros». O sea que, antes habían sido católicos bautizados y ahora eran Testigos de Jehová.

« ¿Cuando eran nuestros les dijimos que hiciesen algo? —le pregunté— ¿Les enviamos a vender revistas por los caminos? »

«Temo que no lo hicimos» —contestó—, «he aquí quizás el porqué de su situación actual».

La gente de la que hablamos quizás no vendiese muchos ejemplares del Watch Tower. Dudo que alguien esperase que así fuera. Lo importante es que ellos estaban dando testimonio público de su nueva fe. Ellos estaban haciendo algo que les haría sentirse unidos a la causa. Si antes nadie los hubiese enviado allí no se habrían sentido con esta ligazón.

No quiero sugerir con esto que se deba enviar a cada converso a vender publicaciones religiosas, aunque desde luego se podrían hacer cosas peores sobre todo si tenemos en cuenta que estos escritos pueden resultar de interés y afectan a problemas de la gente a quienes se intenta venderlos. Pero lo que creo es que los comunistas han demostrado, al igual que otros lo han hecho, que el enviar a la gente a dar un testimonio público en la época de su primer entusiasmo, hacerles hacer algo que requiera valor moral, que les introduzca más en su causa, el someterlos a un posible ataque, es algo que tiene una significación muy profunda.

Esta es pues la disposición mental de los que asisten a las clases para principiantes que organiza el partido comunista. En ellas se aprende el marxismo-leninismo elemental. Se empieza por el principio, presuponiendo que no se tiene ningún conocimiento de las materias a tratar. Se abre ante él un mundo excitante y desconocido del pensamiento y se siente movido a aprender más

sobre este conjunto de creencias que cambian y que desafían a las demás, que dan nuevas interpretaciones, arrojan nueva luz, dan explicaciones que nadie hasta entonces ha dado, y que promueven una acción que puede cambiar el mundo.

Se le hará sentir desde un principio que la instrucción no es un fin en sí mismo; que de adquirir conocimientos podrá ser interesante, pero que es algo que se hace con una cierta finalidad. Se le hará entender que los conocimientos que adquiriera serán munición para la lucha, algo que debe utilizarse pero no absorberse. El podrá ver que lo que se le enseña no son meras palabras sino que hay quien vive el comunismo que se le está enseñando.

El modo como se presenta la materia en estas clases es radicalmente distinto a como suele hacerse en las clases convencionales para adultos. Cualquiera que haya asistido a estas clases se habrá dado cuenta que una gran proporción de los que asisten están desprovistos de interés y otros aprenden por aprender simplemente. Suelen ser gente que habla mucho y que hace poco. Filósofos de sillón y sabelotodos de tertulia. Sería falso el que dijera que en las clases comunistas no hay gente que le guste oírse a sí mismo; pero el recluta apercibirá que éstos son precisamente a quienes el instructor presta menos atención y que siempre que se dirija a ellos lo hará instándolos a que unan las palabras con la acción.

También es importante el hecho de que el instructor no se limita a pedirles a los alumnos que se mezclen en la batalla sino que él mismo por supuesto también está sumergido en ella. Los ejemplos que pone, las anécdotas que cuenta no están tomadas de los libros. Proviene de su experiencia, de su contacto directo con la gente y de su trabajo de cada día. La demanda de un cometido total en las palabras del instructor resulta aceptable, ya que los alumnos ven que el instructor es el primero en estar completamente dedicado. Al estar completamente consagrado tiene perfecto derecho a presentar un mundo que necesita de una dedicación total.

UN ACERCAMIENTO INSPIRADO

Cuando se instruye al profesorado de estos cursillos se les enseña que la forma de presentar las materias es muy importante. El método sigue casi siempre un mismo esquema.

Los comunistas prueban en la práctica, que por dura y espesa que sea una materia, siempre hay un modo agradable y asimilable de presentarla. Es tarea del instructor descubrir el modo de hacerlo. Ello requiere sabiduría e inventiva, pero sobre todo intuición.

En este trabajo el instructor será ayudado por el Departamento de Educación del Partido, que prepara los resúmenes que debe utilizar. Considérese por ejemplo el que recibe el recluta cuando asiste a sus primeras clases. Se llama «Curso para nuevos miembros». Consta de cuatro lecciones de socialismo científico elemental y una mezcla de marxismo económico y filosófico. A mucha gente la economía y la filosofía les suena a aburrido. El recluta comunista medio tiene muy pocos conocimientos de ambas cosas pero por lo que sabe le predispone a suponer que debe tratarse de cosas muy obtusas. Lo que el instructor tiene que enseñar no es simple, aunque él intente hacerlo todo lo sencillo que puede. ¿Cómo, pues, captar la atención de una gente que hace un mes hubieran echado pestes si se les hubiera dicho que deberían de aprender eso?

Los títulos de las cuatro lecciones nos darán la clave de la respuesta. Son los siguientes:

- (1) El mundo en que vivimos
- (2) Cómo podemos cambiar este mundo
- (3) La fuerza que puede cambiarlo
- (4) El Partido Comunista, partido de la clase obrera.

Esto es, economía y filosofía dadas con un sentido práctico. «Los filósofos han tratado de explicar el mundo, nuestra tarea es cambiarlo...» Las palabras de Engels han sido tomadas en su sentido textual. La filosofía y la economía, en estas clases para principiantes, se utilizan con el grande, heroico y desafiante propósito de cambiar el mundo.

Nuevamente vemos que no se trata simplemente de que el instructor explique una serie de cosas. La materia objeto del curso se explica de modo que relate la vida y experiencias de aquellos que antes tomaron sobre sí la tarea de cambiar al mundo. Muy rápidamente el nuevo recluta siente que verdaderamente el Partido Comunista va a lograrlo. Esta es la razón de ser del Partido. Siendo miembro de él se ha convertido en uno de aquellos que debe operar este cambio. Ahora, recibiendo estas clases, está aprendiendo como esto puede hacerse del modo más efectivo y rápido. Él está cualificándose para ser uno de aquellos que estén en la primera fila de esta operación.

La lucha global

En la etapa siguiente la materia se presenta de un modo global. Se presenta el pasado de este mundo en conflicto. El recluta siente que se ha desencadenado una gran batalla en todo el mundo. Esta incluye también a su país, a su ciudad, a sus alrededores, al bloque de casas donde vive, a la oficina en que trabaja.

Es movido a pensar que el período histórico en que vive es decisivo, y que él debe jugar su papel en esta decisión. Él forma parte de un movimiento mundial, que desafía en todas partes a un enemigo implacable, y que se halla envuelto en la batalla que ha de cambiar por generaciones el curso de la historia.

Las palabras que el instructor utiliza, y las que lee el recluta en sus pequeños resúmenes no son puramente «formativas». Son semejantes a la propaganda de guerra por el impacto que producen en la conciencia del que las lee. Están enseñadas de modo que muevan —en sentido metafórico— a pedir un fusil y munición y a lanzarse al fragor de la batalla. Ciertamente, esto también tiene un sentido real. Los comunistas ven el marxismo como a un arma más, y enseñan a sus seguidores a utilizarlo como tal.

La batalla que se les muestra es una batalla global. Por un lado la humanidad que sufre, que se afana y que suda. Todos los desgraciados y desamparados de este mundo. Los que sufren

pobreza, los que viven bajo el colonialismo. Los que mueren por enfermedades sociales que se pueden prevenir, y aquellos que mueren en las guerras que son el producto inevitable y previsible del perverso sistema capitalista.

El recluta vagamente ha sentido ser con anterioridad de los que sufren. Se ha contado a él mismo entre los reformadores, entre los que desean un cambio. Esto es un cambio; con la diferencia que es un cambio total que afecta a las cosas radicales y a las circunstancias. El modo como se presentan estas cosas en las clases hace que se sienta ser uno de aquellos por los que el partido clama.

He aquí otra clave más para entender el dinamismo del mundo comunista mundial.

Supongo que es cierto decir que todos los conversos tienen cierta sensación como si hubieran perdido algo. Esto lo he discutido frecuentemente con clérigos anglicanos que se han convertido al catolicismo. Tienen una profunda significación y un sentido de pérdida muy grande las palabras que uno de ellos me dijo en cierta ocasión: «Durante años cuando estaba en el altar creía que tenía a Dios entre mis manos. Un día ya no lo creí. Dejé de ser sacerdote, ahora soy maestro de escuela. No tenía alternativa, si quería pagar el debido tributo a mi integridad debía hacerme católico. No obstante tengo un gran sentido de pérdida a pesar de que sé cuánto he ganado.»

Recuerdo el testimonio de otro que me habló del extraordinario sentido de ministerio que sentía cuando era clérigo protestante y como éste inevitablemente se perdió al hacerse católico laico.

Mi sentido de carencia cuando pasé del comunismo al catolicismo fue diferente. Y lo que perdí fue el sentido de unión que tenía cuando estaba en el partido comunista. Los católicos me hablaron de que éramos miembros del Cuerpo Místico de Cristo; pero no me dijeron nada acerca de la unión con los demás que debía sentir y que era tan patente en el partido. El sentido de unión comunista no es un término contradictorio, se trata de una unión selectiva. Hay unos a quienes se debe amar y a otros a los que se debe odiar. Toda la humanidad constituye sus aliados potenciales,

son con los que se siente identificado. Los otros son unos pocos, la minoría de explotadores; empleados de rasgos duros, patronos rapaces, imperialistas en potencia. No es preciso que se les odie individualmente, pero se enseña a odiarlos colectivamente. Este odio se hace más profundo porque se apercibe que son unos pocos los que bloquean el camino del progreso, los que no quieren poner término a las injusticias, y que con sus acciones y política perpetúan un sistema que sólo trae sufrimientos a la humanidad y que impide el desarrollo de otros sistemas mediante los cuales el hombre podría poseerse más genuinamente a sí mismo.

Prescindo de juzgar el sentido real de lo que ellos llaman «unidad» y que enseñan a los principiantes, pero quiero indicar que de hecho es sentida; y el extraordinario papel que esto juega en su vida.

Hoy en día resulta sumamente atractivo este sentido de unión mundial. Ninguna generación anterior había dispuesto de los medios para que el mundo disfrutase de esta unión activa y verdadera. Sólo ahora se hace posible esta unión, ya que se dispone de unos medios de transporte con la velocidad suficiente que se hacen asequibles a un número creciente de gente, por otra parte las naciones pueden comunicarse unas con otras por medio de la radio y la televisión. Este deseo de unión vino expresado en la práctica también por la formación de la Sociedad de Naciones. Cuando fracasó la Sociedad de Naciones en la II guerra mundial no desapareció este deseo de unidad, al contraria, la II guerra mundial trajo el nacimiento de las Naciones Unidas. Pero la idea de unidad que los comunistas ofrecen parece ser más profunda, ya que está basada en un movimiento mundial preexistente, en una filosofía de acción conjunta y en unos fines que se aceptan en común.

La profunda división que se ha operado en el mundo comunista inevitablemente nos debilita esta imagen, ésta es una de las razones por la que los comunistas sienten la necesidad urgente de enmendar esta escisión. Aun así resulta cierto que una de las fuerzas más poderosas en la vida de un comunista es el sentido de unión, de identificación, primero con la gente marginada y explotada de todas partes y segundo con los que persiguen su mismo propósito y están enrolados en su misma organización, constituyendo la elite que en el debido curso de las cosas pondrá

fin a las marginaciones y a la explotación. Este sentimiento crece y se alimenta con la constante insistencia de los líderes comunistas y teóricos que afirman que se trata de un movimiento global en una lucha global.

Instrucción para la acción.

La instrucción que recibe el recluta está ligada desde un principio con la acción. Se hace que tenga sentido para él todo lo que se le da. Es cometido del instructor en todos los casos conectar las enseñanzas con la vida real. Hay que hacer sentir a todos a quienes se instruye que, por muy teórica que pueda parecer una materia, tiene una honda significación en su vida y en la del mundo en que vive. El instructor ve que su trabajo no consiste en limitarse a bombear información y conocimientos en sus mentes, sino más bien en darles una instrucción que los encamine inmediatamente a la acción.

Cualquier instructor comunista que se precie acabará la clase con estas palabras: « ¿Camaradas, qué van a hacer hoy de todo lo que se les ha enseñado? ¿Qué va a hacer en el hospital en que trabaja? ¿Qué hará en la escuela donde enseña? ¿Y qué hará usted en la fábrica donde está empleado? Y usted ¿como ama de casa qué va a hacer con sus vecinas? »

El primer punto con el que se encontrará en la próxima clase será: «Camaradas, ¿cómo aplicaron lo que se les enseñó la pasada semana? » No importa que la materia sea historia de los Sindicatos, socialismo científico o materialismo dialéctico, el profesor y los alumnos deben intentar relacionarlo con la vida y con la acción.

De pasada indicaré que éste no es el modo como se enseña a los cristianos. A la persona que se le instruye para que se haga católico se le puede —o no— enseñar cierta doctrina básica. Si el cura que lo instruye es particularmente bueno acabará conociendo muy bien los fundamentos de su fe. Pero, por lo general, a los conversos no se les exige que unan lo que se les ha enseñado con la acción, excepto en exigir que cumplan unos requerimientos mínimos. Decir que en esto consiste el relacionar la religión con la

vida sería descabellado.

Es muy improbable que los puntos de doctrina que se le han enseñado al converso los relacione él al instante con un modo de actuar y que vaya viendo poco a poco que su forma de pensar no debe traducirse sólo en un determinado modo de comportarse los domingos, los viernes, o durante la Cuaresma, sino que le deben informar a todas horas y hacer de él una persona completamente diferente a como era. Que lo que se le ha enseñado debe influir profundamente en el comportamiento en su organización de empleados, en su Sindicato, en la fábrica donde trabaje y en cualquier circunstancia en que le pueda situar la vida. Con este estado de cosas, ya que a los cristianos sus líderes les piden tan poco y a los comunistas los suyos tanto, tienen pocos motivos para quejarse de que causan tan poco impacto en la comunidad en que viven, mientras que un puñado de comunistas consiguen que a toda hora se advierta su presencia.

La lucha contra el mal.

Las enseñanzas comunistas se presentan de modo que el asistente a las «Clases de educación del partido» sienta que se halla envuelto en una lucha contra el mal y en provecho del bien. Usted puede decir que esto es exactamente invertir los términos, pero no espere que le crean los comunistas.

El comunismo siente profundamente que la sociedad capitalista en la que vive y el feudalismo remanente que aún persiste son intrínsecamente malos. No es raro pues que crea que todos los que intentan perpetuar esta situación son también malos. Malos en su forma de pensar, malos en sus acciones.

Para él nuestra sociedad es inherentemente injusta e inhumana. Hubo un tiempo en el que a pesar de esto fue «promotora del progreso». Condujo a una promoción del hombre. Liberó grandes fuerzas productivas, abrió un camino a la industria e inventiva del hombre, haciendo posible de este modo un nivel de vida como no se había conocido hasta entonces. Pero a esto se juntaron los sistemas sociales. Estos fueron promotores del progreso en sus primeros días, alcanzaron un punto en el que

realmente contribuyeron a la evolución humana y luego declinaron. Y una sociedad decadente sólo puede traer sufrimientos en escala creciente a los que en ella viven. Dos espantosas guerras mundiales en las que la vida y el sufrimiento humano no tuvieron ningún sentido fueron un producto más del capitalismo en su fase final imperialista.

Desde el punto de vista comunista el mal radica en que el capitalismo es una sociedad adquisitiva basada en la regla del provecho propio, y que los capitalistas y quienes los sostienen ciertamente se aprovechan de la carnicería de la guerra y del sufrimiento de la gente, de las áreas pobres y subdesarrolladas. El pensar que esta gente tiene un señalado interés en el sufrimiento humano es un tremendo incentivo para la acción en la vida de un comunista.

Todo esto le hace sentir que forma parte de una gran cruzada contra algo que es inexplicablemente malo. Cuando trabaja en cualquier cosa para la causa comunista, por pequeña que sea, siente un profundo desprecio contra el sistema que está trabajando, un profundo odio contra los que intentan perpetuarlo.

Esto es parte de la sicología de la guerra. Si usted lucha para ganar una guerra, debe hacer creer a su gente que se está luchando contra cosas monstruosamente malas. Que el enemigo se merece que se luche individual y colectivamente contra él, y que en todo caso hay que luchar para destruirlo. Debe hacer creer a su gente que la verdad está de su lado. La voluntad de victoria para la causa propia puede inducirse, sobre todo en las primeras etapas, si se hace creer que se trabaja en provecho de alguien, de un grupo, de una nación que se haya desamparado en manos de un poderoso enemigo.

Los comunistas logran este sentido de cruzada no sólo con una propaganda de «guerra» entre sus propios miembros — aunque no duden utilizarla también entre el público en general—; lo consiguen también a un nivel más profundo mediante la «educación marxista», y mediante el método mediante el cual la enseñan. El niño que muere de inanición por las aceras de Calcuta puede ser un incentivo tan grande para un comunista que éste sacrifique su tiempo, su dinero y si es necesario su vida, como lo era para el «tommie» —soldado británico— en 1914 «la pequeña y

valiente Bélgica» cuando respondió a la llamada que pedía voluntarios.

Aparte de este aspecto de «propaganda de guerra», el punto a considerar ahora es que la instrucción comunista logra convencer al miembro del partido que él está al lado del bien y que lucha contra el mal. Esto constituye una apelación profunda en su naturaleza, a algo bueno que hay en él. En su corazón muchos hombres, quizás todos, gustan el saber que se hallan del lado bueno. Al comunista se le hace creer precisamente esto. Esto que era cuando se unió al partido un vago sentimiento, ahora se ha convertido en una profunda convicción intelectual de que lucha al lado del bien.

Casi todo nace de esto. Una razón que explica por qué los comunistas están preparados para hacer extraordinarios sacrificios es que ellos creen que forman parte de una cruzada de la verdad y del bien. Su dedicación total no resulta más misteriosa que el hecho de que millones de hombres, casi todos conscientes de su destino, marcharan entre 1914 y 1918 a los campos de batalla sabiendo de antemano que les iban a hacer picadillo. Dejaron seres queridos, proyectos y carreras, casi todos ansiosos de entregar sus vidas. Entregas de este tipo es lo normal en época de guerra. Creando una psicología similar en tiempo de paz los comunistas consiguen la respuesta que ello trae.

Al cristiano puede parecerle extraordinario que un instructor ateo pueda convencer a otros que instruye en un credo ateo, que ellos forman parte de una gran cruzada que lucha por el bien. Esto de hecho es una sencilla prueba de la profunda necesidad que tiene el hombre de tener una causa. Es una evidencia del hambre espiritual del hombre moderno.

Los propagandistas comunistas saben que el comunismo constituye un llamamiento económico y ético. Para algunos el llamamiento económico será más profundo. Será el que viva en la pobreza, el mal pagado o el desempleado. Para otros la llamada ética será mayor. Quizá ésta sea la más duradera y profunda de las dos. En la práctica los comunistas combinan ambas aun cuando se dirijan al que vive en el límite de la pobreza.

Cualquiera que haya conducido una huelga del tipo de

reclamar «pan y mantequilla» sabe perfectamente que si ésta va mal y la moral de los huelguistas amenaza con derrumbarse y entonces se quiere darle un empujón, no se debe hablar ya de que la huelga es para conseguir tantos peniques más a la hora, sino que se debe insistir en que son tremendos principios los que están en juego. De este modo se mantiene la moral y la voluntad de luchar hasta el final.

Los comunistas utilizan esto. Básicamente apelan a algo que es bueno.

Apelan a la capacidad de indignación moral de la gente. La indignación moral puede a veces no parecer tal. Puede ser hipócrita. Los comunistas han ayudado a que así sea ya que tienen una indignación moral selectiva. Sin embargo, la apelación a la indignación moral no es algo que sea intrínsecamente insano. He observado que los católicos tienen cierta tendencia a sospechar de ella. Uno teme que los que escriben y piensan en estos términos sean tan cínicos que sean incapaces de sentir indignación moral, lo que sugiere que son idealistas fracasados. Y si es así son mucho más infelices que otros muchos hombres.

Ciertamente los comunistas utilizan la indignación moral para sus propios propósitos y lo hacen de un modo muy efectivo. Cuando el recluta ha pasado sus dos primeras lecciones, a saber «El mundo en que vivimos» y «Cómo cambiarlo», siente la fuerza de esta indignación moral —y así se pretende que sea. Un vistazo al resumen que se le distribuyó en un principio le hizo temer que las próximas clases le pudieran resultar pesadas. Ahora en cambio las encuentra estimulantes, interesantes y muy a propósito para todo lo que constituye un significado en su nueva vida. Esto en resumen, se logra presentando la materia en términos globales, heroicos, adecuados y encadenados a la acción mediante la habilidad del instructor para hacerle creer que se haya envuelto a favor de la verdad en la vieja lucha entre el bien y el mal, y que el movimiento tiene los medios para asegurar la última victoria. El cambio que se opera en su forma de pensar y de actuar es profundo.

V. La historia de Jim

Al principio de la pasada guerra dirigía un cursillo para líderes en un arrabal de Londres. Acabé mi última clase de esta serie diciéndoles que el Partido Comunista estaba preparado para convertir en líder a todo el que lo quisiera. Bajé del estrado y allí estaba esperándome Jim.

Era un miembro del Partido relativamente nuevo. Estaba patéticamente ansioso de convertirse en líder. Me tomó pues las palabras que dije al final de la clase. Mirándole pensé que no había visto nunca quien tuviese menos aspecto de líder. Era el hombre menos a propósito que podía encontrarse.

No quiero burlarme de él —sino que tiene una gran relación con lo que pretendo explicar— al decir que se dirigió a mí y me dijo literalmente: «C-c-c-camarada, De-de-deseo que haga de mí un li-li-líder de h-hhombres». Lo miré y me quedé pensando cómo podía hacerlo. Pensé para mí mismo: «Les has dicho que nosotros podemos coger a cualquiera y hacer de él un líder, ahí está Jim patéticamente ansioso de serlo. Esto es un reto.» De este modo me puse a trabajar en ello.

Había observado que sólo tenía una ventaja de mi parte. Quien quiera ser líder debe desear ser instruido para ello. Esto ya presupone cierta actitud mental que Jim ya tenía. De momento veía que era la única cosa sobre la que podía construir.

La experiencia de los comunistas enseña que si se quiere convertir a alguien en líder, lo primero que se le debe dar es confianza en sí mismo. Jim, como tantos otros no la tenía y parecía que no había base real para que la tuviera.

Lo segundo es que se le debe dar algo en que confiar. Este mundo está lleno de gente que confía en sí mismo pero en realidad no hay nada que respalde esta confianza. A pesar de lo que pudiera creerse éstos no son líderes. Darle un vistazo a Jim bastaba para darse cuenta que no tenía nada en lo que confiar. Así

pues había que darle una base para esta auto-confianza.

Le dije: «Si asistes a las clases que el Partido organiza y aprendes las cosas que se te puedan enseñar allá, hallarás las respuestas de las grandes preguntas que hace a su conciencia el hombre moderno. Te explicaremos el Universo, verás que como son dialécticas las leyes del mismo éstas operan en el sentido de dar la última victoria al Comunismo. Lo que te enseñemos te servirá para ver el mundo con nuevos ojos y te hará reconocer las fuerzas que pueden cambiarlo.»

«Te daremos una nueva visión de la Historia, explicándote lo que le ha sucedido al hombre, de tal modo que puedas ver lo que la gente ha sufrido y lo que han sido capaces de lograr durante todas las épocas. Te enseñaremos que hay un modelo en la Historia y es que toda la Historia se construye en dirección a la revolución y victoria del comunismo. Esta es la esencia del materialismo dialéctico e histórico que te enseñaremos.»

«Cuando aprendas esto descubrirás que todo el progreso viene de una situación de conflicto. Esto significa que cuando el partido te comprometa en huelgas, movimientos de arrendatarios, cuando participes con esta gente que batalla, te identificas con las leyes que hacen posible este cambio. No sólo trabajarás por el cambio, entenderás la naturaleza misma del cambio, y verás la capacidad del hombre para identificarse con estas leyes del Universo físico y de la Historia que son las que provocan este cambio.»

«Esto significa que no actúas a ciegas. Te haces así el instrumento consciente y voluntario de un proceso histórico. Verás que hay otros como tú, millones de los nuestros esparcidos por todo el mundo que hacen lo mismo.»

«Cuando a Inglaterra le llegue el momento oportuno serás de esta minoría, uno de los pocos que gracias a que entienden todas estas cosas serán capaces de cambiar esta sociedad vieja y podrida en la que vivimos, guiar al pueblo en la revolución y proseguir la construcción de una Inglaterra que pertenece al pueblo y que es parte de un nuevo y gran mundo.»

A consecuencia de esta primera conversación, le puse en camino de lograr una nueva confianza consigo mismo. Le di algo

en lo que creer, que le ayudase a creer en sí mismo. Indudablemente cuando se dirigió a mí, tenía complejo de inferioridad. Yo creo que en poco tiempo le cambiamos éste por un complejo mesiánico.

Lo que le dije era reforzar lo que ya se le había explicado en clase. Ahora creía en algo, él tenía un fin y veía que tenía una función a desempeñar en este logro. Al cabo de poco tiempo como verán, su personalidad se desarrolló.

Después que hubieron pasado unos meses tuve otra conversación con él, «de hombre a hombre». Le dije que ahora ya estaba preparado para ser instructor y que debía prepararse para esta nueva forma de trabajo. Se quedó aterrorizado, exclamó: «¿Qui-qui-quién yy-y-yo? » Le repliqué recordándole que cuando ingresó en el partido comunista, él como tantos otros que lo hicieron no conocían prácticamente nada del comunismo como tal. El se había introducido mediante una de sus campañas. Le pregunté si había aprendido mucho durante los escasos últimos meses. Me respondió que así era.

«Pero la gente que entra en el partido como reclutas saben tan pocas cosas como tú cuando entrantes», le dije. «Esto significa que, en el supuesto de que has aprendido, debes saber muchas más cosas que ellos. Todo el arte de enseñar consiste en saber un poquito más que a quien se enseña. Más aún, si te preguntan cosas que no sabes responder, debes admitirlo así, diles que les darás las respuestas la próxima vez que les veas, entonces consulta los libros de texto y se lo solucionas. De este modo aprenderás.»

De este modo le hice creer que podía hacerlo. Le persuadí que un obrero ordinario muy nuevo en el partido comunista y con sólo su porción de dificultades físicas y psicológicas, tenía algo que los otros no habían conseguido, y por tanto tenía el deber de intentarlo y superarlo.

Lanzarlo a este trabajo de instructor fue parte esencial en su entrenamiento como líder. Por fin empezaba a pensar en nuevos términos. Durante meses se habían estado bombeando ideas en su cabeza. Ahora debía poner orden en sus pensamientos. Debía aprender a formular estas ideas, trasvasarlas a otra gente con un

lenguaje simple que ellos pudiesen aprender; primero yo esperaba que fuese a un grupo pequeño y luego a mayores.

Era electricista y trabajaba en un edificio en construcción, junto a otros muchos obreros. No lo mandaba a enseñar materialismo dialéctico a físicos nucleares; sino algo que tenía mucha más significación; le enviaba a un curso de principiantes, y la gente que tenía que enseñar eran obreros de la construcción, ordinarios como él, y que trabajaban en el mismo solar. Durante el día era un obrero de la construcción que participaba del trabajo, del barro y de las inconveniencias que resultan de trabajar en una gran construcción; pero por la noche se convertía en profesor de sus compañeros de trabajo que se sentaban a sus pies. Entonces toda la relación cambiaba. Él tenía algo que ellos no tenían. Él era algo que necesitaban. Y era a él, persona que parecía que hubiese de tener mucho menos que ellos, a quien ellos tenían que volverse. Esto, por supuesto, aumentó inmensamente la confianza consigo mismo y el respeto a su persona. Su personalidad creció aún más.

Si iba a tener éxito con ellos, él tenía que entender suficientemente bien lo que había aprendido para ser capaz de expresarlo en su lenguaje. Debía sacar ideas de su cabeza y ponérselas en las de ellos. Tenía que vocalizar. Estoy seguro que cuando empezó, estaba aterrado. Pero al cabo de poco tiempo, hablando a un pequeño grupo de gente, que sabía menos que él, de las materias de las que se hablaba, se vio a sí mismo que lo hacía cuidadosamente y empezó a articular en este proceso.

Vale la pena notar que antes que nosotros le asignáramos este trabajo de instructor, le dimos un método, de manera que él aprendió las materias objeto del curso y la tarea de instructor. Así se le envió a la lucha estando preparado de antemano. Y algo que tiene una gran importancia psicológica; lo animamos a enfrentarse con ello sabiendo él que nosotros tomábamos a nuestro cargo el trabajo de equiparlo para este asunto.

Lo dejamos por un tiempo en esta tarea de instructor. Los informes que llegaron hasta mí indicaban que después de un comienzo en el que se mostró muy nervioso hacía buenos progresos, y que aquellos que pasaban por sus manos aprendían verdaderamente lo que a nosotros nos interesaba que aprendieran. De este modo, entrenábamos a un instructor, enseñábamos a los

principiantes y desarrollábamos un líder.

Un día, de nuevo me dirigí a él y le sugerí que debiera hacer una jira en vistas a colaborar con el movimiento de agitación y propaganda del Partido. Otra vez se quedó aterrado. No obstante sabía por su experiencia como instructor, que tenía potencialidades insospechadas. De modo que fue. No hicimos de él un gran orador, tampoco le curamos del todo su tartamudez, aunque a medida que ganaba confianza en sí mismo recuperaba la fluidez en el hablar. Se daba con frecuencia el caso que cuando iba a los sitios de mercado para dirigir mítines públicos, conseguía la simpatía de la multitud, más fácilmente que otros que no tenían este defecto. La gente que iba a escucharle, pensaba que esta persona que tenía tantas excusas para no subirse a una plataforma y enfrentarse a una multitud hostil y que no obstante estaba preparado para ello, merecía que se le escuchase. Una vez que se hubo afirmado como un agitador y propagandista efectivo, hábil para ejercer su influencia sobre la multitud, lo sometí al siguiente paso de su entrenamiento. Le dije que no debía de olvidar nunca su trabajo de instructor y propagandista callejero, pero que su campo verdadero estaba en otro sitio. Hasta entonces su entrenamiento había sido el del líder en general; ahora ya le correspondía su formación de líder destinado a una esfera particular de actividad; y no había duda de que ésta debía desenvolverse en su propio trabajo y en el Sindicato. Particularmente en el Sindicato.

Es una norma en el Partido comunista que cada miembro del partido debe ser miembro de su correspondiente sindicato. Jim, estaba pues afiliado al Sindicato, pero hasta entonces había sido un miembro inactivo. Le dije que ahora debiera serlo activo. Debía desarrollar las cualidades para el liderazgo que habían salido a relucir en su trabajo en la rama local del sindicato. Pero que del mismo modo que nosotros le habíamos preparado para su trabajo de instructor y luego para el de propagandista, ahora le prepararíamos para su nueva forma de actividad. No le echábamos a los lobos, sino que como se había hecho hasta entonces se le prepararía de antemano.

Durante meses recibió clases para prepararse: historia de los sindicatos, cómo trabajan las asociaciones obreras, la historia de la clase obrera y del movimiento de la gente del trabajo.

Un grupo de sindicalistas perspicaces en seguida sospecha de alguien que aparece repentinamente en escena, dominando la discusión con el propósito obvio de dar su punto de vista o decir simplemente lo que piensa. Aquí diré de paso que los católicos que en los últimos años han ingresado en las asociaciones obreras, frecuentemente lo han hecho mal. A la persona que simplemente fuerza a los demás en sus creencias utilizando —en este caso— la doctrina social de la Iglesia y no el vocabulario de la rama del sindicato a la que pertenezca no se le hace caso. Si él sólo interviene en la discusión cuando puede forzar algún alegato católico entre los presentes, tal como su oposición a la apertura a una clínica de control de nacimientos, o, en tiempo de elecciones la necesidad de considerar que haya sitio para las escuelas católicas, se le escucha con poca simpatía, lo que por otra parte se merece.

Hay cantidad de personas autodidactas en el movimiento de trabajadores, que conocen la historia del sindicato como si fuera una parte de su vida; las grandes luchas en la industria del pasado, gracias a las cuales se desarrolló la legislación y actitudes presentes, han calado hondo en su conciencia. Pero la persona que sabe referir de modo casual y convincente el enjuiciamiento Taff de 1901 del Acta Sindical de 1927, o hablar de «la Triple Alianza» o el «Viernes Negro» se presupone inmediatamente que además de que sabe de qué se habla es alguien para quien el sindicalismo tiene una profunda significación, y que lo ve como algo muy suyo.

Es esto lo que le dimos a Jim antes de que ocupase uno de los cargos dirigentes en su rama sindical. Fue primero elegido por la Federación local, luego pasó al Comité de su Sindicato y más tarde fue alto dirigente de Sindicatos.

Al cabo de un tiempo se convirtió en líder nacional dentro de su propia industria. Cuando murió hace pocos años el *Daily Worker* le dedicó la primera plana, muchos de sus compañeros de trabajo y sindicalistas como él acompañaron sus restos hasta el crematorio. Jim, quien parecía ser la persona menos a propósito, se había convertido en conductor de hombres.

La historia de Jim creo que es bien significativa de lo que los

comunistas entienden por formación de líderes. Primero se le inspiró un objetivo claro y definido de un mundo mejor y la creencia de que él, junto a los demás podía lograrlo en el supuesto de que se preparasen para cuando surgiese el momento oportuno. Le di un sentido de involucramiento en la batalla, y la convicción que asistiendo a las clases podría conseguir las armas y la munición para la batalla.

Las clases que recibió estaban engarzadas con sus necesidades. Lo que se le enseñó se le hacía comprensible como obrero. Las clases que se le daban eran reducidas. De esto ya hablaremos más tarde, pero encierra un interesante significado. En ellas él se comportaba como un individuo, y en la intimidad de un pequeño grupo podía, a pesar de su reserva, contribuir a la discusión.

Haciendo de él un instructor, le dábamos confianza en sí mismo, le capacitábamos para que descubriera sus potencialidades insospechadas. Haciéndole instructor también conseguíamos que pensase de modo organizado, tamizando lo que era pertinente de lo que no lo era; aprendía el modo de introducir las ideas que tenía en su cabeza en las cabezas de los demás. Se le había organizado. Le dábamos unos conocimientos que otros no habían aprendido y un grupo seleccionado e inteligente a quien transfundirlos. Entrenándole en un principio en un sitio público tal como un mercado o en cualquier esquina, le enseñábamos que él podía influir sobre grandes masas de gente. Le ayudábamos a que se creciera presentándolo a la gente como una figura local líder del Partido. Luego le dábamos una preparación especializada en la esfera de actividad en la que pudiese ser más efectivo, en la que pudiera realizar mayor trabajo y en la que pudiera estar más a mano.

Esto es un ejemplo que otros pueden seguir según creo.

En la práctica el comunismo está envuelto en paradojas. El caso de Jim que es el de muchos otros es paradójico en sí. Los que se oponen al comunismo dicen que el comunismo es el gran enemigo de la persona. Que los comunistas piensan en términos de masas y no de individuos. Que la libertad humana y la personalidad son destruidas por el comunismo. Filosóficamente todo esto es cierto. También se ha demostrado en la práctica en los

países donde gobierna el comunismo.

Por otra parte, es indudablemente cierto que el individuo afiliado al partido comunista, que sigue un curso de formación, frecuentemente desarrolla extraordinariamente su personalidad. Gente con la que se ha fallado en otras organizaciones ha tenido éxito en el partido comunista. Personas que han sido relegados o rechazados por otros, que parecían demasiado ordinarios, demasiado mediocres para ser considerados como líderes han demostrado tener potencialidades de liderazgo.

Conozco muchos ex católicos comunistas que me han dicho que cuando practicaban la Fe, la única responsabilidad que se les daba era la de cambiar las sillas de sitio en la sacristía. Dentro del partido comunista se le hacía sentir que se le tenía algo mejor que ofrecer. Los hechos demostraban que efectivamente así era.

Pienso ahora en una campesina filipina iletrada pero muy inteligente y llena de carácter que había dejado a los católicos para unirse a la Ecclesia Christi, una secta de origen reciente. Cuando le pregunté porque había hecho esto, me dijo que era porque cuando era católica nadie le había dado nada que hacer. Ahora pertenecía a la Ecclesia Christi, que cada noche organizaba unas reuniones en las casas de la gente del barrio en que vivía.

Los comunistas muestran confianza con gente como Jim, mientras otros los ignoran. Demuestran en la práctica tener más fe en el material humano que tienen a su disposición que el que Dios ha puesto en nuestras manos. Ningún cristiano debe sentirse cómodo ante tal pensamiento.

Esto debe ser visto como un reto. El proceso de instrucción de líderes que he descrito no es inherentemente malo, no hay nada en él que vaya fundamentalmente contra la ética. No hay nada de lo que hicimos con Jim que no pueda ser hecho por otros, pertenecientes a una causa más digna.

VI. El proceso de formación

Es en este grupo de estudio en el que se forma a los líderes comunistas. Se descubren sus potencialidades individuales, se desarrollan y canalizan.

Parte del éxito de los comunistas en lo que ellos llaman «educación marxista», radica en los métodos que emplean. No hace falta decir que la instrucción se hace por medio de clases del tipo normal en las que el profesor habla durante unos 45 minutos o una hora, y en la que se responden las preguntas que hace el auditorio. Este método lo utilizan ellos como paso o preparación para estudios más intensivos o cuando se desea educar al mismo tiempo a un número grande de gente.

Cuando desean lanzar sus ideas entre un grupo de sus miembros —para mejorar la calidad de los cuadros existentes— lo hacen a través de pequeños grupos de estudio cuyos propósitos son los siguientes: (1) Enseñar marxismo, (2) preparar a quienes componen estos cuadros para una acción efectiva, (3) en el proceso de enseñanza contribuir a su entrenamiento como líderes.

Si desean lograr estos propósitos es importante que el instructor fije estos puntos en su cabeza. Se espera del instructor que prepare sus notas para la clase, que se pregunte a sí mismo «la educación ¿con qué fin?»

Esta es una pregunta que debieran hacerse regularmente los católicos y otros educadores. Muy a menudo se pierde de vista la finalidad de la misma, y sucede que curas, monjas y hermanos que se dedican a la enseñanza, y que años atrás respondieron a la llamada de su vocación creyendo que ésta les pedía una dedicación total, están tan metidos en el engranaje de la enseñanza, que su vocación radica más bien en el pasado, y comienzan a considerar la medida de sus éxitos en la forma de logros académicos, logros en los que muchas veces es muy relativa la contribución del profesor. Esto no sólo supone un dispendio de sacerdotes y religiosos sino también una pérdida de oportunidades.

El instructor comunista, se espera que recuerde constantemente que su objetivo no es el de comunicar unos conocimientos a la gente, sino el prepararlos para la acción, para lograr hacer de ellos unos líderes.

Las materias a enseñar y el nivel de comprensión de los que van a utilizar estas clases, determinan los métodos que el instructor debe usar. Los más típicos son los siguientes: (1) explicación seguida de preguntas, discusión de ambas, (2) «discusión controlada», (3) método de las preguntas y las respuestas.

De los tres el método (2), ha probado ser de los más útiles cuando las circunstancias acompañan. Es precisamente cuando se utiliza este método cuando se facilita y se realiza más fácilmente el propósito de desarrollar cualidades para el liderazgo. Desde el punto de vista del instructor es el más difícil. Diremos a continuación cuál es la línea que se sigue en el mismo.

Lo ideal es que el número de personas que siguen el curso no sea inferior a tres o cuatro ni superior a 14 o 15. Puesto que el deseo es que todos participen en la discusión es obvio que un número muy pequeño traería un intercambio de ideas muy estrecho. Si fuera este número demasiado grande los silenciosos de por sí permanecerían silenciosos, sería muy difícil hacer que todos participasen en la discusión.

Se debe prestar una atención máxima al detalle, por ejemplo hasta el orden en que se sienten es importante. Lo ideal es que se coloquen en círculo rodeando al instructor de forma que se sientan relajados que se encuentren a gusto y con naturalidad, pero no obstante, la atmósfera debe ser de seriedad.

El instructor aquí no sigue la táctica de dar la charla y luego responder las preguntas. Su éxito radica en la capacidad de hacer hablar a la gente, haciendo de modo que ellos mismos digan lo que él hubiera dicho si hubiera dado la charla.

A modo de preparación se le ha de dar a los miembros de la clase una lista de «lecturas necesarias». Ha de reconocerse que los que asisten a estas clases suelen ser gente muy ocupada, que va a clase después de toda una jornada de trabajo. Muchos de ellos son activistas del partido. Se comprende, pues, que el tiempo de que disponen ellos para leer es muy limitado. Toda lectura que

deban hacer probablemente sea en perjuicio de otra actividad comunista.

Por lo tanto ha de recortarse al mínimo las lecturas. Por ejemplo, el capítulo I del Manifiesto comunista», ocho o nueve páginas del libro «Salario, Trabajo y Capital» unas pocas páginas de un panfleto recién publicado, quizás un capítulo o dos de un libro de Lenin. La selección es hecha con gran cuidado por el Departamento de Educación del Partido.

Esto sirve para un doble propósito: el asistente a clase probablemente hará todo lo que se le pida si no es demasiado; y será consciente del hecho de que aquellos que han preparado el resumen han hecho cantidad de trabajo y han empleado su tiempo para ahorrárselo a él. Sentirá pues así un vínculo con el Departamento de Educación del Partido que es el que preparan el resumen. Es asimismo probable que diga que ellos entienden los problemas de la gente como él. En el curso de las clases se dará perfecta cuenta que la necesidad de leer realmente es auténtica. Sin ella, él no sería capaz de seguir realmente las discusiones que se plantean.

El instructor se prepara como si él fuera a dar la conferencia. En otras palabras, prepara el esquema de la misma, limitándola tal vez a tres puntos que él cree que van a tener aceptación. El después se preocupará de controlar y guiar la discusión y procurar que todos los asistentes tomen parte activa en la misma.

Primero hace una «exposición de apertura», en ella da un esquema breve de lo que se va a discutir en la sesión; la exposición es de pocas palabras y más o menos contiene el esquema que es distribuido previamente en un resumen. Esta exposición dura aproximadamente unos cuatro o cinco minutos y como máximo diez minutos. Esto sitúa a los asistentes en las materias a discutir y hace un desglose inicial de las mismas.

En tal grupo siempre suele haber alguien que no tiene dificultad en comenzar a hablar. Más tarde probablemente calle, y entonces será otro el que dominará la discusión; esto tiene gran importancia en esta fase inicial. El instructor se dirige a este hablador y le dice: «Bien, camarada, ¿cuáles son sus puntos de vista sobre lo expuesto? El hablador entonces empieza a hablar, no

importa que lo que diga sea lo que quiere que diga el instructor o lo contrario. Cuando ya ha hablado lo suficiente, el instructor que está mirando las caras de los alumnos ve que hay alguien que siente comezón por hablar y le invita a que exponga sus propios puntos de vista, que posiblemente sean para contradecir algo que ha dicho «el hablador». Entonces el instructor pone en marcha la segunda fase, pasando la palabra de uno a otro en el orden de desbrozar la conversación en el sentido que él desea que vaya.

De igual modo que en casi cada grupo hay un hablador suele haber también «un silencioso». Suele ser de aquellos que encuentran dificultad en hablar delante de otros. Esto no significa necesariamente que él no piense, o que no sea capaz de profundizar en aquella materia. En la práctica se encuentra que el hablador piensa más fácilmente que el silencioso. Pero la intención del instructor debe ser hacer hablar a todos, incluyendo a los silenciosos.

Sólo es cuestión de cierta habilidad. El propósito es que se sientan todos activos, lo que sólo se consigue haciéndoles hablar. Así más pronto o más tarde ha de conseguir que el silencioso participe en la discusión. Por poco psicólogo que sea éste, sabrá que si se le hace una pregunta directa que repercute en él conseguirá romper su mudez. Así, por ejemplo, si con tranquilidad y casualmente le pregunta que siendo el único que no ha hablado, que quizás tenga algunas dudas o dificultades; que si es así, por favor que las exponga por ver si entre los presentes pudieran solucionarlas, sino es así la materia se da rápidamente por concluida. Pero veamos el caso de que no fuera así.

Esta aproximación a su silencio sirve a un triple propósito. Se le hace sentir que cualquier dificultad que tenga puede ser superada, que el hecho de que las tenga es debido a una falta de perspectiva por su parte que desea rectificar, y que los demás están ansiosos de poder ayudarle en esto.

El resto del grupo habiendo llegado por su parte a una conclusión colectiva, aparentemente con la base de su discusión, y por su propia volición, están deseosos de convertir a alguien a su nuevo punto de vista. Todos los presentes están ansiosos de ayudarle en sus dificultades. Esta es una atmósfera a la que es fácil que él responda. Durante mucho tiempo él ha creído que su

fallo con los demás era debido a algún fallo en él, una inhabilidad por su parte en ver lo que era obvio, de este modo hace una nueva aproximación crítica a su propio punto de vista, el cual probablemente precisa de revisión. Todo el mundo está encantado cuando se ha sobrepasado la dificultad y el grupo pasa a la discusión del siguiente punto.

Excepto en el caso de que haya alguien que se muestre claramente hostil y no quiera cooperar en absoluto, el instructor no pasa a la discusión del siguiente punto hasta que no se haya aceptado individual y colectivamente el primero.

El valor de este método radica en que las ideas parece que no provienen del instructor, sino de los componentes de la clase, así no siente que se le quieren imponer unas ideas. Y ya que por su propio pensamiento y discusión ha llegado a estas conclusiones, marchará convencido que éstas son sus propias opiniones y creencias y que ha llegado a ellas a base de lectura, pensamiento y discusión.

Esto es políticamente importante. Otros hablarán de la «adoctrinamiento» comunista. Los que han aprendido por este método probablemente rechacen agriamente esta descripción de su instrucción. Ellos se sienten aún más fuertes cuando sus oponentes afirman que se les ha hecho un lavado de cerebro. La propaganda anticomunista que los describe como «esbirros de Moscú» les parecerá a ellos maliciosa y falsa. Se les repite constantemente dentro del partido, que no hay ningún sitio en el que se discuta más que en el partido. Esto se dice con orgullo y con la creencia de que es la indisputable refutación de tales cargos que lanzan los oponentes.

Es cierto que por término medio los comunistas que asisten a las clases en las que se sigue el método de «discusión controlada» salen de las mismas con la convicción de que los puntos de vista que ellos han aceptado esa noche son tales que cualquier grupo de gente razonable podría adoptarlos si no estuvieran influidos por los prejuicios y la propaganda. Individualmente sienten que cada punto de los que han aceptado es suyo. Se le ayudaba a pensar, él contribuía a la discusión, y por sus propios esfuerzos y los de los demás llegaban a la conclusión, después de haber esclarecido todas las ideas preconcebidas y falsas. En adelante esto sería suyo

y lo defenderían como si fuera de su propiedad.

El segundo método de instrucción más utilizado por los comunistas es el de «respuestas y preguntas» que guarda un gran parecido con el primero.

En ambos casos es necesario que se hayan efectuado las «lecturas necesarias» indicadas. Si alguien no las ha efectuado salta a la vista inmediatamente en el transcurso de la primera sesión. Cuando el instructor comienza a hacer preguntas y los demás dan las respuestas correctas, él se siente extraviado. Generalmente si nadie le censura nada, se le deja a él que haga su propia autocrítica; contrariado por su inhabilidad que ha salido a relucir claramente, decide emplear este corto espacio de tiempo que tan oportuna e inteligentemente sus camaradas del departamento de educación han reducido a un mínimo.

Cualquiera sea el método que se utilice el instructor y los alumnos que siguen el curso reciben la máxima ayuda de aquellos que dirigen esta rama del Partido. A cada alumno se le entrega su resumen y a cada instructor la «Guía del Instructor» que está redactada especialmente según los esquemas que se han de utilizar.

El Partido explica el método de «preguntas y respuestas» en esta guía del siguiente modo

«Las clases deben estimular a los que asisten a ellas a posteriores estudios, primero del resumen expuesto y luego de los libros que tratan con más detalle las cuestiones suscitadas. Las clases deben mirarse como discusiones que promueven estos deseos.

«Se da, pues, la línea a seguir para aquellos instructores que quieran adoptar el método de «Preguntas y Respuestas». Se sugieren preguntas que pueden hacer los instructores en clase. Los instructores, por supuesto, pueden preparar cualquier otro grupo de preguntas. Deben utilizar las diversas secciones y partes del resumen como material sobre el cual ellos deben confeccionar las respuestas.

Entre líneas sigue diciendo: Es de la mayor importancia que el instructor prepare de antemano las principales líneas de su respuesta y que no se conforme simplemente con ponerles la pregunta.

Se da en la «Guía para Instructores» un modelo para el primer resumen, que es «Principios Fundamentales del Marxismo».

Primero explicará el método del siguiente modo: «Vamos a utilizar el método de «respuestas y preguntas». Este consiste en que le instructor pregunte y desarrolle los problemas más importantes que se tratan en el resumen que se distribuye. Después de la discusión, el instructor hace un breve resumen de lo que se ha concluido. Para que este método tenga éxito requiere la mayor cooperación posible entre los camaradas que asisten a clase. Por tanto se pide a todos los camaradas asistentes que colaboren en el mayor grado posible.»

Luego esbozará las líneas generales del tema a tratar en la sesión. A los asistentes a clase se les dirá que el resumen debe estudiarse antes de asistir a clase y después de ella, y que no será preciso que el instructor trate todos los puntos del esquema. Entonces continúa diciendo: «Esta noche veremos los problemas que se desprenden de la consideración del primer apartado del resumen que es: «Materialismo Histórico». Discutiremos principalmente nuestro punto de vista sobre el desarrollo histórico. Cuál es la base de la Sociedad, qué es lo que hace que la sociedad cambie, como evolucionan las clases y qué es lo que motiva la lucha de clases.

«El punto de vista marxista sobre el desarrollo social es la aplicación a la historia de los hombres del punto de vista marxista sobre el mundo y la naturaleza. A esto le llamamos materialismo dialéctico que es lo que constituye la esencia de la filosofía marxista. Esto es todo. De aquí pasamos directamente a las preguntas.

La primera que se sugiere en la «Guía de Instructores» es: ¿Qué es la Filosofía?, y como subsidiarias: ¿Qué es lo que entendemos por «materialismo» e «idealismo» en Filosofía? y ¿por qué se le llama a la filosofía marxista materialismo dialéctico? y luego ¿cuáles son las características del método dialéctico?

Muy pocos de los que asistan a clase tendrán una experiencia previa en Filosofía. Es obvio, pues, que no serán capaces de responder estas preguntas a no ser que hayan efectuado las lecturas que se les han indicado. Pero si han efectuado su pequeño

deber casero, probablemente se sientan muy orgullosos y superiores cuando contesten correctamente a las preguntas que se les hacen. Después de todo casi ningún mortal sabe a ciencia cierta lo que es el materialismo dialéctico. Además, para poder calificarse de materialista dialéctico, uno debe pertenecer a una elite intelectual.

Y así las preguntas continúan. Todo resulta muy básico, pero de inmensa importancia para la formación del líder comunista. En cada punto se definen los términos. Pero las definiciones que se hacen de los términos ordinarios, son definiciones comunistas, no las que normalmente suelen aceptar otros. En consecuencia, en adelante el comunista tiene su propio lenguaje privado. Cuando hace propaganda utiliza palabras que ya le son familiares a sus oídos. Pero al expresarlas él o al escribirlas tienen una significación totalmente distinta que para el no-comunista que las recibe.

Un buen ejemplo de esto es la serie de preguntas que se recomienda al instructor que haga en la primera sesión de «marxismo fundamental». Son algo así:

¿Qué son las clases?

¿Cuándo se promociona una clase?

¿Qué es la lucha de clases?

¿Cuál es la base de la lucha de clases?

¿Qué es una clase revolucionaria?

¿Cuáles han sido y son las clases más revolucionarias de la historia?

Cuando estas preguntas se hayan respondido satisfactoriamente, los asistentes a la clase habrán aprendido una buena porción de materialismo histórico —no sólo de modo teórico, sino a base de ejemplos que habrán puesto los mismos asistentes a clase, tomados de disputas en la industria en las que se hayan visto envueltos, movimientos de agitación de arrendatarios organizado por el partido comunista, y así otros. De este modo se aceptará una nueva idea de lo que es una clase. Esta aceptación será tal que rechazarán de plano la propaganda a ellos hostil que sugiere que a pesar de todo emergen en Rusia o en los países comunistas clases «de los que tienen» y «de los que no tienen».

Un escrito del Departamento de Educación del Partido dice lo siguiente acerca del susodicho método: El método de «Respuestas y Preguntas» en el fondo consiste en estructurar toda la sesión a base de preguntas. El instructor emplea el tiempo mínimo que requiere el hacer las preguntas y resumir las respuestas, a través de las cuales hace su contribución a la recapitulación. Este método resulta muy efectivo cuando las clases son muy reducidas, como son las de las ramas locales a las cuales asisten cuatro o cinco.

«Este método requiere aún más preparación que el método de la «Discusión Controlada».

Después sigue esto que resulta asombroso: «El instructor debe tener gran cuidado en: (1) dar las respuestas correctas, (2) preparar las respuestas a las preguntas antes de la clase, (3) recapitular la discusión empleando tanto como se pueda la contribución de los estudiantes.

De hecho, el Departamento de Educación del Partido ya se cuida de proporcionarle las preguntas y las respuestas a él. Por lo general el instructor es un hombre ocupado, y ya que la enseñanza del marxismo está rodeada de trampas que hacen que como se descuide un poco, enseñe herejías, prefiere tomarlas al pie de letra tal como están en la «Guía de Instructores». De igual modo probablemente haga con las preguntas. Están éstas indicadas en forma de citas de «clásicos» comunistas y de libros de texto que el instructor ya posee.

Desde luego las preguntas y las respuestas están bien pensadas. Frecuentemente las preguntas se hacen de modo que de entrada minen la posición sostenida incuestionablemente hasta el momento por el recluta, que probablemente procede de otro movimiento social o laborista. Una típica pregunta que se expone en la «Guía de Instructores» es la siguiente:

«El instructor dice: «Vamos a discutir la cuestión del Estado — una de las más importantes, y que ha tenido muy poca comprensión por parte del Movimiento Laborista Británico...» A continuación expone una serie de preguntas que conducen y concurren en la definición marxista de Estado, que es la contraria a la que aceptan los líderes y miembros del Partido laborista británico. Uno sólo debe seguir esto para que se le revele el

concepto marxista puro, que de este modo es implantado en el recluta ardoroso de recibir instrucción. Viene a ser algo así:

Por supuesto es erróneo el suponer que el Estado ha de ser neutral y que ha de estar por encima de las clases. El Estado es y lo será mientras las clases duren, un arma de la clase dirigente. Así el Estado capitalista está organizado en favor de la clase capitalista. Su tarea consiste en mantener y perpetuar la sociedad capitalista. Todo ello incluye también a las «armas de persuasión» tales como son el sistema educativo, la prensa, el púlpito, la radio y la televisión, etc. En reserva, pero siempre presentes están al servicio del Estado las «armas coercitivas» que incluyen los tribunales de Justicia, la policía y, como último resorte, las fuerzas armadas, que de este modo sirven al Estado capitalista a través de la denominación de Estado neutral.

De esto se sigue que es recto y limpio que en los países socialistas en los que gobierna el Partido Comunista, el Estado sirva a la nueva clase rectora. Esta clase está formada por los trabajadores. Como en el Estado capitalista, el Estado proletario es un instrumento de la clase dirigente —la nueva clase dirigente que es el proletariado. Los comunistas no hacen nada distinto de lo que han hecho las clases rectoras en toda la historia cuando han utilizado el sistema educacional, la prensa, la tribuna, la radio y la televisión, los tribunales, la policía y, como último resorte, las fuerzas armadas para perpetuar el orden social existente y aplastar todo lo que pueda hacer que éste acabe.

Pero existe una diferencia: mientras los capitalistas hipócritamente enseñan a los niños en las escuelas que el Estado es neutral y atacan a todos aquellos que contradicen esta proposición, los comunistas de un modo franco y honesto declaran en voz alta que el Estado es un arma de la clase dirigente. Al pobre se le da lo que le pertenece cuando, con cierta rígida justicia, el Estado es usado en su provecho y en contra de los antiguos opresores.

Si se supone el casi total desconocimiento de teoría política por parte de aquellos a quienes se enseña esto, y si recordamos que ellos van más bien de modo receptivo a aprender y no a inquirir, entonces se entiende como estas teorías marxistas son aceptadas como intuiciones reveladoras de lo que el mundo es

realmente. A la mayoría de los que asisten a clase casi nunca se les ha enseñado nada de lo que es un Estado o una clase. Pero después que hayan respondido las preguntas, probablemente ya no alberguen dudas sobre estas dos cosas. Las definiciones que se les han dado, o en todo caso sugerido en el resumen, aparecerán como *evidentes-por-sí-mismas*.

En los países comunistas, sobre todo en los primeros días en los que los comunistas han alcanzado el poder, el adoctrinamiento es claramente coercitivo. Frecuentemente es un proceso de lavado de cerebro hecho abiertamente. En los países no-comunistas no parece que exista este adoctrinamiento. Se pone todo el énfasis en la «guía de instructores» en indicar que se debe crear una atmósfera amistosa de cooperación. No hay ningún tipo de presiones en aquellos que siguen estos cursos del partido.

Una guía de instructores trata esto con el extraño encabezamiento de «Contra el "vapuleo" como método educativo». La explicación que de esto hace es la siguiente:

«Existe la vieja teoría que dice que el mejor método de enseñar a nadar a los niños es tirarlos al agua. Se recuerda debidamente a aquellos que han flotado. Se guarda silencio de los que se han hundido.

»Una teoría semejante prevaleció en ciertos círculos de instructores del partido, decía que el mejor método de enseñar a la gente era "vapulearla". Expone públicamente la debilidad de este método, su formulación equivocada, y las desviaciones que supone. Este método puede ser efectivo en temperamentos rudos. Pero no sirve de nada si a esta gente no se le "vapulea" de nuevo periódicamente».

El pasaje que sigue puede sorprender a aquellos que todo lo que saben del comunismo lo han aprendido de la propaganda anticomunista, y que suponen por tanto que todos los métodos que emplean son rudos y coercitivos.

«Mi opinión es que una de las primeras demandas que hay que hacerle a un instructor es que adopte una actitud bondadosa y honrada. Muchos camaradas encuentran las cosas difíciles; muchos son tímidos y se encuentran nerviosos al comienzo del estudio. Estoy porque se cree una atmósfera de cooperación y

camaradería; hay que hacer un esfuerzo para escuchar pacientemente lo que los camaradas tengan que decir a pesar de que se vea que es equivocado; hay que hacer un esfuerzo para seleccionar de las diferentes contribuciones lo que es bueno tanto como lo que es malo, y explicar los errores del modo más amistoso y útil. En general los instructores deben ser modestos, ya que muchas veces sucede que ellos tienen menos experiencia que sus alumnos.

«La rigidez debe guardarse para aquellos que son arrogantes e intolerantes con los demás en el curso de las clases o discusiones.

En la práctica en los países no-comunistas, el Partido ha aprendido que se suele lograr más con una aproximación astuta y sutil que no con el «vapuleo». En manos comunistas este método de la astucia logra una efectividad siniestra, ya que con este método se pueden inculcar ideas en los que asisten a estas clases, que de otro modo hubieran resultado inaceptables.

Tal instrucción conduce a los que están adoctrinados en ella a abandonar y repudiar prácticamente todo su pensamiento pasado, en realidad a abandonar las mismas cosas que le trajeron al comunismo. Por ejemplo el hombre que se unió porque era un pacifista de corazón, con el tiempo aceptará «natural» y «lógicamente» la violencia; por ejemplo la de la guerra civil o la insurrección —a pesar de que cualquiera que haya experimentado lo que es una guerra civil sabrá que ésta es mucho más nefasta y sangrienta que las guerras «imperialistas» ordinarias— y el estar sentado hasta la medianoche estudiando a Lenin en sus tratados sobre la insurrección como medio de establecer un sistema de sociedad que haga a las guerras imposibles para siempre.

El hombre con un pasado liberal llega a creer que uniéndose al partido comunista se pone al lado de la Libertad y de la Igualdad. Después de asistir a unas cuantas clases de marxismo él se dará cuenta que éstos son conceptos «burgueses» y que no sólo hay que abandonar sino combatir, ya que son parte de los medios por los cuales un sistema social inhumano se hace aceptable, a guisa de hacerse tolerante y democrático para aquellos que sufren en sus manos.

Y la persona que se ha afiliado al Partido porque siempre ha estado del lado de la reforma, y que por esta razón ha apoyado causas caritativas y movimientos que promovían reformas sociales, es llevada a pensar al dictado de Lenin que dice «el marxista se interesa en las reformas, tanto en cuanto éstas constituyen un paso para la revolución».

En el libro «sugerencias a los instructores del partido» leemos: «Y lo que es más importante y en lo que nos debemos fijar más, debemos ayudar a la clase trabajadora a que comprenda de un modo VERDADERO el mundo que les rodea, y ayudarles a ganar un mundo de fisionomía obrera y desterrar los falsos valores e ideas del capitalismo monopolista.

El uso de estos métodos se ha mostrado sumamente provechoso para el partido comunista. Ellos hacen que se ponga en pie lo que constituye la prueba real de todo comunista: su trabajo. Ellos logran su fin. Los no-comunistas tienen aquí muchas lecciones a aprender de ellos. Una de las más importantes para los que se dedican a la formación de líderes es que se dedica una gran cantidad de tiempo, atención y pensamiento por parte de todos los que se relacionan con estas clases comunistas. Profesor y alumnos tienen la sensación que personas que ocupan cargos más altos que ellos en la organización están preocupándose y cuidando de ellos.

Si la Unión Soviética adopta una determinada política nueva, se organizan clases en los partidos comunistas de todo el mundo para demostrar que esta política surge naturalmente de las enseñanzas marxistas-leninistas. Se utilizan los mismos razonamientos y el mismo esquema que se traduce simultáneamente a una gran variedad de lenguas en los términos indicados para cada país. También se utilizan las mismas «notas para el instructor». Y dentro de poco el Departamento de Publicaciones para Países Extranjeros sito en Moscú, publicará una nueva selección de textos de Lenin para refrendarlos. Un ejemplo reciente de esto es el énfasis que se ha puesto en los países en vías de desarrollo a las llamadas Alianzas de Obreros y Campesinos. Estas han sido apoyadas por una cuidadosa selección de textos de Lenin sobre esta materia. Se podrían poner muchos más ejemplos.

Lo mismo encontrarnos a un nivel más bajo a escala nacional.

Podemos sacar un ejemplo más o menos a cuento de la publicación *World News* del día 8 de septiembre de 1962 en la cual firma un artículo Jack Cohen del Departamento de Educación del Partido.

La época de vacaciones de verano había terminado o estaba a punto de hacerlo, y esto significaba nuevas oportunidades de trabajo para los miembros del partido comunista. El partido deseaba hacer una campaña para incrementar el número de sus miembros antes del próximo Congreso del Partido. Preparaba nuevas campañas contra el fascismo, en favor de la paz, en contra de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común. El firmante decía —y esto era obvio para los miembros del Partido— que las campañas tendrían más éxito si constantemente se explicasen los factores políticos y sociales. Y esto sólo se podía hacer efectivamente bajo las líneas del Marxismo-Leninismo. Se requerían más clases a las que asistiese más gente.

«Este próximo otoño e invierno», decía «será una época de una lucha cuantitativa, total; pero para que sea efectiva ha de ser también una época de estudio-estudio de los principios teóricos que orientan el trabajo de cada día en la lucha de clases, en la lucha por la paz, por la democracia y por el socialismo.

El desarrollo de la educación marxista dentro del Partido ha sido discutido en el Comité Ejecutivo, que ha adoptado un detallado plan de Educación para el próximo año, Jack Cohen iba a explicarlo. Muchas y nuevas clases que él refería, iban a desarrollarse. Se deseaba que éstas alcanzasen tanto al recién incorporados que estuviesen más verdes, como a los cuadros más bien instruidos. Se estaba preparando material especial para estas clases. Habría simples conferencias introductorias. La prensa del Partido desarrollaría periódicamente artículos educacionales «de especial interés para los nuevos miembros». Todas las ramas organizarían una amplia variedad de clases que incluirían «clases de cada día y para los fines de semana a escala de ramas locales».

Habría también una campaña nacional de conferencias, que se asignarían «a nuestros mejores conferenciantes e instructores deseosos de difundir nuestras ideas entre el gran público.

Una base para la educación es estimular este estudio personal-práctico que está abandonado por muchos camaradas activos con la excusa de que «no tienen tiempo».

Para superar este equivocado punto de vista estamos lanzando un nuevo plan especialmente entre los nuevos miembros para hacerles asequible una pequeña biblioteca de libros de Marxismo-Leninismo. Al mismo tiempo se está editando conjuntamente una «Guía para el lector de estudios de Marxismo-Leninismo.»

Esta es la típica manera comunista de pensar y de planificar. Una nueva situación política, una nueva campaña, un giro en la política, todo esto requiere automáticamente un estudio más intenso relacionado directamente con el nuevo desarrollo. El comunista es un materialista dialéctico. Cree que a pesar del conflicto que provocan términos contrarios, debe encontrar en su vida la unidad de estos términos contrarios. En el trabajo de la Organización, y en su vida política personal debe unir los términos opuestos de teoría y práctica. Si lo consigue se convierte en un comunista integrado, integrado también totalmente como persona. El Partido resulta auténticamente marxista cuando sus campañas están respaldadas en un estudio, y el estudio está ligado a unas campañas.

En el artículo titulado «El estudio del Marxismo-Leninismo» suscrito en la revista *World Marxist Review* —Revista del Mundo Comunista— en el número de diciembre de 1964, Sebastián Calderón, líder del Partido Comunista ilegal en Guatemala describe la campaña que de educación política organiza entre sus miembros basada en la necesidad de afrontar la «persecución policial». Las clases incluyen aquellas en las que se trata de Economía del país, Historia y estructura de sus clases. Se ha editado un pequeño manual que explica para personas que son semianalfabetos los términos que oirán y utilizarán en sus clases. Se preparan panfletos y resúmenes editados en el lenguaje más simple. A cada clase de ramas rurales le son asignados cierto número de activistas de la capital.

El Departamento Británico de Educación del Partido, hace poco trató el problema de aquel obrero con poca educación que llega cansado al final del día a las clases, y que entonces se le dice

que debe hacer cierto número de lecturas básicas si desea comprenderlas. Se sugirió que si fuera posible, un camarada con un respaldo de una educación marxista mejor debiera asignarse a esta gente. Este debiera, si fuese necesario, estar preparado para sentarse al lado de este obrero cansado e irle explicándole frase por frase casi palabra por palabra lo que iba leyendo. Esto salta a la vista que no es un uso extravagante del personal. Si al cabo de un año se ha conseguido el desarrollo de un nuevo líder bien habrá valido la pena hacerlo.

No será fácil convencerle al obrero si el guía y mentor ha hecho su trabajo cuidadosamente, que ha sido sometido a un siniestro proceso de lavado de cerebro, Muy al contrario su respuesta a tal proposición será: ¿«Quién en este mundo se ha interesado en enseñar tanto a un pobre como yo?».

Para entender lo que este énfasis constante en la educación y en la instrucción supone en la vida del Partido, estableceremos un paralelismo con la Iglesia Católica.

Nuevas políticas, nuevas aproximaciones a viejas cuestiones —algunas de las cuales tienen la apariencia de «saltos mortales» de los que se acusa frecuentemente a los comunistas— han surgido de las deliberaciones de los padres asistentes al Concilio Vaticano Segundo. Casi todos los laicos y en menor proporción los sacerdotes han tenido conocimiento de las cosas en él desarrolladas por la prensa laica. Para algunos muchas ideas y directrices que han surgido del Concilio han resultado desconcertantes. La obediencia para algunos sacerdotes viejos ha sido dolorosamente dura. La nueva atmósfera de mayor libertad ha hecho que surgieran cosas que los elementos conservadores temían que fuesen no sólo anti-clericales en potencia, sino tendencias heréticas entre grupos de seglares educados.

Si los comunistas tuviesen que enfrentarse a una situación similar, y la Iglesia fuese el Partido Comunista, entonces inmediatamente la jerarquía católica de un país en particular designaría una comisión de los mejores cerebros para que determinasen cómo podía explicarse todo esto a los fieles, dándoles una

comprensión lo más amplia y profunda posible para que entendiesen lo que se había hecho y el porqué.

Se montarían clases en todas las organizaciones de la Iglesia; primeramente cursos especiales para instructores en los cuales se pudiese discutir el método de presentación y al mismo tiempo el contenido de lo que iba a explicarse.

Se haría a alguien responsable de seleccionar una lista de «lecturas necesarias» y se reducirían éstas a un mínimo de modo que se limitasen a tratar las materias, objeto de la discusión. Se imprimirían resúmenes y esquemas y se distribuirían.

Se inculcaría la organización de grupos de estudio para todos los niveles existentes dentro de la Iglesia, que alcanzasen tanto al converso más palurdo como al profesor de Teología.

Cuando se tuviesen las clases, los sacerdotes podrían aprender como ha sido afectado su trabajo por los decretos varios del Concilio y lo que hay que hacer para hacerlos llegar al pueblo a través del púlpito, de cursillos de instrucción y de las actividades pastorales normales. Se les enseñaría a las monjas y a los religiosos su propio esquema y se harían clases en las que se revisase a la luz de los nuevos enfoques su actividad práctica diaria y también su vida de devoción. Los directores de coros y los servidores de altar discutirían cómo han sido afectadas sus funciones por los nuevos cambios litúrgicos.

Los sindicalistas católicos y otros relacionados con actividades sociales asistirían a clases en las que se expusiese la nueva necesidad de un diálogo con el mundo y la de mejora de las relaciones con los cristianos no católicos y con otros. Organizaciones de estudiantes, graduados e intelectuales se tomarían el trabajo de dar una nueva visión del pasado, del presente y del futuro, para difundirla en los ambientes en los que se mueven y en sus asociaciones, de modo que de esta manera desempeñasen en toda la extensión su función de «diálogo con el mundo» y también la de diálogo a su propio nivel.

Todo esto puede ser o no practicable. Lo que parece cierto es que si se hiciese con algún éxito conduciría a que los católicos se sintiesen más interesados en su catolicismo, a que estuviesen mejor equipados para aplicar su cristianismo a la vida de cada día,

y puede que esto trajese una tremenda renovación de vida al «pueblo de Dios» que colectivamente forma la Iglesia.

La Iglesia no está organizada de este modo. Este no es el modo de hacer de los católicos. Pero el que haga notar estas diferencias entre la Iglesia y los comunistas es para proporcionar nuevos puntos de vista de porqué los comunistas, a pesar de su reducido número, causan una mayor repercusión en nuestro tiempo, y porqué, para confusión de los cristianos, ellos suelen estar mucho más en su cometido que los mismos católicos.

Por lo que se ha visto de la «educación» comunista se apreciará que hay cosas que los no-comunistas y particularmente los cristianos no pueden copiar. Hay muchas cosas que se oponen directamente a la mentalidad de un demócrata. Pero hay algo que se puede aprender aquí. Es precisamente la «actitud» comunista ante la cuestión del estudio y la formación, y la convicción de que esto puede motivar una mayor unión entre la teoría y la práctica en nuestras propias vidas. Es esto precisamente en lo que los no-comunistas suelen mostrarse más débiles. Estoy seguro también que es en lo que los comunistas tienen mayor fuerza.

VII. “Debes ser el mejor”

Desde el año 1948, cuando dejé a los comunistas para hacerme católico, habré oído media docena de sermones que me han causado una honda impresión, tal vez uno o dos entre ellos que jamás olvidaré. Uno de ellos fue predicado un sábado de Pascua en una Iglesia en medio de la jungla del Sudeste asiático.

Estaba detenido como preso político en una celda del lugar. A uno de los guardianes que era musulmán, se le ordenó llevarme en el camión celular a misa. No dudo que estas circunstancias hayan ayudado a fijar esta situación en mi mente de modo especial. Pero creo que fue más la tremenda y efectiva simplicidad del sermón, que se me grabó indeleblemente.

El sermón acababa de comenzar cuando llegué. Un viejo sacerdote indio predicaba a unos cuantos indios y chinos, la mayoría de los cuales eran muy pobres. El les decía que el sábado de Pascua las mujeres fueron al sepulcro por ver al Señor resucitado. Miraron en la tumba y no le vieron. Miraron por los alrededores del jardín y tampoco lo encontraron. Pero, dijo el predicador «no hay que mirar en el sepulcro, ni en los alrededores del jardín para encontrar al Señor resucitado. El está en tus manos. Cuando mañana vayas a trabajar, cuando lleves tu carrito, cuando estés cavando tu zanja; cualquier cosa que hagas en tu trabajo de cada día estás cooperando con la obra creadora de Dios. Dios está en tus manos».

Sentado enfrente de mí había un viejo coolie indio con sus piernas desnudas y llenas de varices. Los que hayan visitado el Oriente estarán familiarizados con ellos. Cuando el predicador dijo «Dios está en vuestras manos», vi que el viejo se miraba sus manos desgastadas, callosas y retorcidas y a sus uñas rotas casi con terror. Algo tremendo le estaba sucediendo. Se podía ver cómo la verdad penetraba en su conciencia. Esto se traslucía en su cara que revelaba una pura admiración. En lo que restó de sermón se miraba de tanto en tanto sus manos, manos que de repente habían adquirido un significado nuevo y sublime. Su cristianismo de

repente había dado un significado a su trabajo. O para decirlo de otra manera, su trabajo se había engranado con sus creencias, de modo que en adelante Dios y la Religión no significarían más la misa del domingo. Sus creencias se relacionarían ahora con la limpieza de las cloacas atascadas por el monzón, que tenía que hacer al día siguiente, o con su pedaleo desde la madrugada hasta la noche en su pesado *trishaw* —carrito chino a modo de bicicleta para transportar una o dos personas.

Por supuesto éste es el modo como un cristiano debe ver su trabajo. Esto es obvio. Pero no es de hecho como los cristianos lo ven. Si así fuese el llamado «Occidente cristiano» sería algo bien distinto de lo que es.

Los valores de la misa del domingo debieran trasladarse a la fábrica, a la oficina de marketing, que prepara una nueva campaña, a la junta directiva, etc.; pero normalmente no es así. Para los cristianos y la mayoría de los demás, el trabajo está escindido de las creencias. Esto no se puede decir de los comunistas.

La manera como conciben el trabajo los comunistas, se aproxima mucho más a la que predicaba este viejo sacerdote indio. Para ellos su lugar de trabajo es un sitio idóneo para hacer algo por el comunismo. El comunista lo ve así: La naturaleza de la Sociedad capitalista lleva a que cada vez mayor masa de gente entren en contacto diario, debido a que cada día se requiere un mayor número de gente para producir los bienes que solicitan los empleados en esta sociedad capitalista. Esta es una de las formas en las que la sociedad capitalista está cavando su propia tumba, y no hay forma de que ello se evite, se haga lo que se haga. Porque poniendo en contacto números crecientes de gente obrera en fábricas que son cada día mayores, la clase capitalista proporciona a los comunistas una audiencia puesta a punto. Este es el modo desde el punto de vista comunista como los capitalistas le proporcionan una oportunidad preciosa para que entren en contacto con la clase trabajadora.

Se puede organizar y anunciar un mitin público, y si se trabaja en ello lo suficiente y se dispone de un buen orador o de alguien que sea bastante conocido, es fácil congregarse a unas 5.000 personas. Si así sucede quizá se crea que se ha tenido un éxito fuera de lo corriente. Pero la sociedad capitalista presenta a los co-

munistas millares de personas como una audiencia preparada ya; y no presenta esta audiencia de vez en cuando, sino cada día. Son los capitalistas los que proporcionan el local y la gente gratis y les dan la oportunidad de que estén con ellos siete u ocho horas al día. Están con ellos al lado de la máquina, a la hora de comer en la cantina, charlan con ellos a la hora del almuerzo y en la del té.

La parte más importante del día para un comunista es aquella que pasa en su trabajo. El ve su trabajo como algo que le proporciona una excelente oportunidad para hacer un trabajo en favor de su causa. En contraste, el católico de acción encuentra tiempo para ella cuando ha finalizado su trabajo, ha comido y se ha cambiado, entonces dispone de dos horas, cuando ya casi está cansado, para entregarse a su causa.

Los comunistas, ya que las clases rectoras les han dado esta oportunidad tan providencialmente, se han preparado para explotarla de un modo racional.

Ellos razonan que la primera condición para ser efectivos es que se deben hacer respetar. En una industria de nuestros artesanos y en cualquier profesión, uno será respetado si es bueno en su trabajo —no porque uno sea bueno hablando de sus creencias. Quizá sea irracional pero de hecho, si uno sobresale en determinado aspecto, es escuchado y no importa de qué materias trate, aunque no estén relacionadas de ninguna manera.

Esto es particularmente cierto con el obrero que trabaja en un industria en la que suele haber hombres tranquilos, orgullosos de su trabajo. Los artesanos respetan a un buen artesano, del mismo modo que los hombres de negocios lo hacen —quizá con menos justificación— con aquellos negociantes que han tenido éxito. En las fábricas de aviones, en los astilleros y en una amplia escala de profesiones en las que se requiere bastante destreza, un hombre que sea bastante flojo en su trabajo es visto con menosprecio por obreros más diestros que él. Como consecuencia es poco probable que le escuchen con atención cuando hable de otras materias. Esta es una barrera que puede superarse, como de hecho algunos han hecho, pero desde luego es un obstáculo real.

Y así los comunistas dicen que si se quiere ser efectivo en el trabajo, debes ser el mejor en tu trabajo. En muchos partidos

comunistas esto ha llegado a ser una regla no-escrita. En los círculos comunistas esto se repite constantemente— cada miembro debe procurar ser el mejor en su trabajo. No es una mala regla.

Conocí a un hombre que condujo un movimiento de desempleados justo después de la primera guerra mundial hasta el comienzo de la segunda. Cuando había agitación de desempleados en el sur del país de Gales él estaba allá para animarla. Se construían barricadas e incluso se llegaba a la lucha abierta. Si había una marcha de hambrientos sobre Londres, él estaba allí. Él era a todas horas agitador y dedicaba todos sus esfuerzos a esparcir el comunismo entre los desempleados capitaneando su causa. A consecuencia de los disturbios que provocaba, periódicamente iba de la celda al hospital.

Cuando estalló la segunda guerra mundial, la industria de guerra absorbió a casi todos los desempleados. Cada vez había menos de ellos que organizar. Entonces existía la certeza de que todo hombre capaz era enviado a la industria o a las fuerzas armadas. Los dirigentes del Partido decidieron que él debía de volver a la industria. antes que lo enviaran directamente allí.

Durante la primera guerra mundial había trabajado en una sección de ingeniería que precisaba de mucha destreza. Decidió volver al mismo tipo de trabajo. A modo de preparación desempolvó sus manuales de ingeniería y los estudió de nuevo. Entonces se aplicó a buscar trabajo, y lo encontró en una industria de guerra que precisaba de artesanos altamente cualificados. Los empleados de esta fábrica nunca se habían caracterizado por su simpatía hacia los comunistas. Cuando les dijeron que había de estar entre ellos un famoso agitador, adoptaron una actitud cínica. «El será bueno hablando, levantando barricadas y luchando con la policía, pero seguro que no es nada bueno en su trabajo.»

Llegó a su trabajo, y contrariamente a lo que se esperaba de él no habló, no agitó. Se dedicó simplemente a su trabajo. Durante un periodo de varios meses fue lo único que hizo. Durante este tiempo se aplicó a recuperar toda su destreza y maestría en el oficio. Era un hombre inteligente, su antigua destreza volvió y más

aún, se formó la reputación de artesano de la más alta cualificación. Sus compañeros de trabajo empezaron a mirarle de otra forma. En todo este tiempo no desempeñó ninguna función de líder en su fábrica ni en la rama de su sindicato, Asistía a los mítines de la fábrica, participaba en la elección de los representantes sindicales, pero simplemente como uno de tantos.

Sólo cuando, ante la sorpresa de todos, se había establecido como artesano entre los artesanos pasó a la acción. Por esta época ya era respetado por todos los trabajadores de la fábrica y por todos los miembros del sindicato. Fue entonces cuando se produjo una vacante de representante; fue elegido. Al poco tiempo era el miembro más influyente en la unión de representantes. Al cabo de poco pasó a formar parte del Alto Mando del Comité Sindical. Aún no hacía dos años que había vuelto a un trabajo del que estaba ausente durante veinte años y ya ocupaba una de las posiciones más influyentes en su Unión de Trabajadores; desde donde él podía influir en la política relacionada con los trabajadores y en las condiciones de trabajo de millares de obreros británicos de la industria de guerra.

La manera como los comunistas seleccionan sus métodos de trabajo no es por su aproximación a los principios marxistas, sino que es totalmente pragmática. Ellos sólo se preguntan: ¿Este método marcha? Ellos han demostrado que el hacer de los suyos los hombres mejores en su trabajo es algo que marcha estupendamente. Esto lo han probado veces y más veces.

Ellos saben que por lo que se ha escrito contra ellos y por determinadas facetas del comunismo mismo, lo que tratan de ofrecer y «vender» al público, no es inmediatamente aceptable. Ellos tienen que superar todos los prejuicios. El individuo miembro del partido que trabaja en una fábrica sabe que podrá superar más rápidamente esta dificultad creándose una buena reputación de buen artesano y de buen sindicalista. Este es un buen punto de partida para quien quiera difundir ideas impopulares, o para quien, siendo miembro de una minoría impopular, pretende poner en movimiento una mayoría apática.

Lo mismo se puede decir de la forma de proceder de los comunistas entre los estudiantes. Como es bien conocido, hay comunistas entre los estudiantes de todo el mundo, hoy en día

esto es particularmente verdad en Asia, África y Latinoamérica. Es cierto que se encuentra al estudiante comunista que ha sido llevado tan lejos por el Comunismo y emplea tanto tiempo en su actividad política, que a la hora de los exámenes lo suspenden. Esto no está visto con aprobación por el Partido. En realidad se le pide cuenta de ello. Probablemente el líder de su grupo se dirija a él diciéndole: «Trabajas mucho por la causa, y estamos muy agradecidos por el trabajo que has hecho. Pero aún lo harías hecho mejor si hubieras aprobado en los exámenes; de este modo lograrías convencer mejor a tus compañeros; más aún, serías más efectivo más tarde; no siempre serás estudiante; la vida de estudiante es una preparación para lo que viene después. Deseamos que utilices este período de tu vida estudiantil para que te prepares, y para que cuando salgas puedas crearte una reputación dentro del marco de tu profesión, de modo que en ella puedas hacer un trabajo útil para el Comunismo. Cuanto mejor vayan tus exámenes tanto mejor para la causa.

Una vez que el estudiante ha captado el significado de esto, sus estudios cobran más significación. Deja de fastidiar a los demás y se emplea en esta nueva actividad para la causa. Tal acercamiento a los estudios hace que estos tengan más éxito.

Esta misma regla de que deben ser los mejores la aplican también los comunistas a sus actividades y organizaciones.

Recuerdo que una vez estaba oyendo a William Gallacher, dos días después de su elección como miembro del parlamento en 1931; y nos recordaba en un mitin celebrado en Manchester que los comunistas «deben ser siempre los mejores en cualquier organización a la que pertenezcan... yo voy a intentar ser el mejor en la Casa de los Comunes», dijo «deseo que los componentes de mi distrito crean que tienen el mejor miembro del parlamento y alguien que mira por sus intereses como ningún otro sabrá hacerlo».

William Gallacher no era de los mejores oradores del Parlamento, su terrible acento escocés hacía casi incomprensible lo que decía a los miembros de la Cámara que le escuchaban. Pero llegó a ser un miembro del Parlamento de primera fila, como reconocerán todos los que estuvieron vinculados con él durante este periodo.

Los puntos de vista que expresaba en la Cámara, cuando se le podía entender, resultaban horribles para la mayoría de los que le escuchaban. Había poca probabilidad de que pudiese convertir a nadie, y aún de que pudiese rodearse de un grupo de simpatizantes significativos. Pero en su época de miembro del Parlamento, entre la población minera que lo había llevado a Westminster, fue un rey sin corona, trabajando día y noche por ellos. Y he aquí lo que hizo.

Cada fin de semana parlamentario viajaba centenares de millas para ir a su lejano distrito. Durante todo el fin de semana estaba disponible y al alcance de cualquiera que precisase de su ayuda, no importaba que fuesen comunistas o anticomunistas, laboristas liberales o conservadores, ateos como él, escoceses presbiterianos o —como los había en gran proporción— católicos. El llevaba sus problemas a los departamentos gubernamentales, y no dejaba a los ministros y a los funcionarios en paz hasta que había logrado las correspondientes respuestas. No eran sus actuaciones en los debates de la cámara lo que le llevaban año tras año al Parlamento, sino el apoyo popular de una mayoría que eran anticomunistas. Esto era porque vio que el único medio de ser el «mejor miembro del Parlamento» era poniéndose completamente a su disposición y trabajando por ellos detrás de todo el tinglado del parlamento.

Por supuesto, esto no sólo lo hacen los comunistas; los mejores misioneros que he conocido hacían lo mismo.

Recuerdo cuando estaba en Calcuta, en 1962, con un grupo de jesuitas. Dos de ellos eran belgas, y adelantándose a las enseñanzas de Juan XXIII y Pablo VI sobre el diálogo con los no-cristianos, ellos hacía tiempo que desarrollaban este tipo de diálogo. Uno era erudito en estudios bengalíes y muy apreciado en los círculos académicos hindúes. El otro era profesor de sánscrito y maestro de música clásica india. Esto explica el que muy a menudo fuese invitado a casamientos hindúes, funerales, para que cantase himnos en sánscrito de su propia inspiración, que los dirigía al Espíritu Santo y a la Santísima Trinidad. De este modo, este hombre tenía entrada en círculos que de otro modo le hubiesen estado cerrados; no hubiese podido participar de toda esta cultura sino hubiese sido por el hecho de que él también era de los que

mejor hacen su trabajo.

No habían pretendido el hacer proselitismo «a lo crudo», no pretendían tampoco hacerles «tragar» sus creencias. Habían contribuido al pensamiento de un pueblo interesado en las ideas. No iban cazando conversos como pieles rojas en busca de cabelleras.

Personas tales, como los jesuitas belgas, atraen a los mejores. En otras palabras ellos tienden a atraer hacia sí, personas como ellos. Esta regla de los comunistas aplicada al trabajo o a cualquier otra actividad nos confirma que el Partido pone calidad en su material humano. Esto nos ayuda a explicarnos el porqué son los mejores y no los peores los que se hacen comunistas.

VIII. “Campañas, crítica y personas”

«El Partido vive por sus campañas». Este es un slogan que, a diferencia de los demás, suele ser bastante cierto. La mayoría de la gente que recluta el Partido vienen a raíz de sus campañas. Estas campañas mantienen constantemente activos a los miembros de Partido. Ya se hace esto a propósito; una campaña se sucede a otra sin pausa. Los comunistas están en actividad permanente. La actividad tiene un propósito y es que el mayor número posible se enrolen en el Partido. Por eso estas campañas están cargadas de intención.

Para la mayoría de gente que no es comunista la actividad casi es un fin por sí misma. Hace años conocí a una persona que dedicaba todo el tiempo libre que disponía, los 365 días del año a la cría de palomas deportivas. Todos nosotros conocemos a quienes dedican su tiempo libre a cultivar orquídeas, a jugar al bridge; dándoles a estas cosas la misma seriedad con que se aplicaría una persona que quisiese cambiar el mundo.

Urgiendo a sus miembros a ser activos, los comunistas utilizan algo que tiene su propio atractivo. La gente, una vez ha sido puesta en acción, siente satisfacción en ser activa. Si esta actividad se logra que tenga un sentido, aún proporciona mayor satisfacción, ya que la gente se ve envuelta en algo que siente que es virtuoso. Los comunistas reconocen esto. Logran mantener a su gente activa permanentemente, y hacen que la actividad de sus miembros sea significativa para las necesidades y deseos de la gente que pretenden poner en acción e influenciar.

Este es su punto de vista de cómo deben enfocarse las campañas. Colectivamente los líderes a todos los niveles deben encontrar posibles campañas que respondan a necesidades reales de la gente. Lo ideal es que los objetos de las campañas respondan a los deseos más hondos de la gente. Aparentemente sucede muchas veces que parece que las campañas de los comunistas no respondan a los deseos que tienen formulados a largo plazo, pero sirven para mantener activos a los miembros del

Partido, para atraer a otros y para crear una imagen del Partido como algo que se identifica con los deseos y la vida de gente de la calle.

Mucho del éxito de Mao Tsé-Tung, sobre todo en la fase de guerrillas, se debió a su habilidad para conocer las necesidades de la gente y saberlas capitanear. En uno de sus ensayos describe esto con la siguiente frase: «desde el pueblo al pueblo». Con esto pretende significar que el Partido debe enviar a sus miembros entre la gente para que descubran qué es lo que desean con mayor fuerza, cuáles son las cuestiones que les preocupan más y lo que más les mueve el sentimiento. Entonces los miembros deben comunicar a su célula o grupo lo que han descubierto; entonces debe discutirse y hallar los medios para incorporarlo a la causa comunista. O sea, se toma la materia prima de la campaña del pueblo, entonces se le da un contenido comunista y se le devuelve de nuevo al pueblo. Entonces, como hace notar Mao, es lógico que respondan a lo que ellos han originado.

Los comunistas dicen que su deseo es un mundo comunista. Esto, como he hecho notar anteriormente, quiere decir que quieren que todos los países se hagan comunistas. Este deseo preside continuamente el pensamiento del comunista. Se le inculca que todo lo que hace es conducente a este fin, que nunca lo ha de perder de vista, ya que entonces sucedería que las campañas serían un fin en sí mismas; o también que se hallase metido tan de lleno en estas campañas que pensase que esta sociedad es susceptible de ser cambiada, mientras que como marxista no le es dado pensar esto, ya que la sociedad existente debe ser barrida.

No obstante no se pueden estar haciendo campañas exclusivamente en favor de un mundo comunista, ya que éste es un objetivo a largo plazo y por su misma naturaleza no es de logro inmediato; la gente se cansaría pronto si las campañas sólo fuesen de este tipo, habiendo como hay otros objetivos por los que trabajar.

Los libros de Lenin y Stalin están escritos con terminología militar. Los comunistas piensan en términos de estrategia y táctica. Y como los militares, saben que el éxito de las campañas estriba en saber mantener la moral de las tropas venga lo que venga.

Saben que una gran derrota puede desmoralizar a sus hombres, pero que hay medios para evitar esto. A pesar de que se tenga una gran derrota, se puede conservar la moral si se lanzan rápidamente las tropas a otro sector del frente donde puedan conseguir una rápida victoria por pequeña que sea. Si se les deja inactivos rápidamente se desmoralizarán; es de este modo como se necesitan objetivos a largo plazo pero simultáneamente objetivos intermedios a corto plazo. El objetivo del logro de una sociedad comunista quizá no se logre en seguida —a pesar que los comunistas creen que se conseguirá en el tiempo en que dure su vida—; pero de todos modos a los miembros del Partido se les dan metas a corto plazo capaces de realización inmediata. Los justos en el cielo pueden tener su sitio, pero los hombres necesitan hacer algo mientras tanto.

La meta intermedia para los comunistas es ganar su propio país para el comunismo. Es tarea del Partido el ingeniarse métodos y maneras de lograr esto, y hacer que todos sus miembros participen en este cometido. Cada comunista trabaja, pues, para la consecución de un mundo comunista y al mismo tiempo contribuye a que su país se haga comunista como contribución al fin global.

Creo que será innecesario mencionar que al cristiano le sucede otro tanto. El cristiano desea ganar el mundo para Cristo como último fin, y como fin próximo cristianizar la sociedad en la que vive.

Pero debe haber también objetivos a corto plazo. Esta clase de campañas son como aquellas que dirige el oficial inteligente que envía a sus soldados sabiendo de antemano que tienen una buena oportunidad para lograr una pequeña victoria. Es de una gran importancia psicológica mantener lo más alto posible la moral. Estas campañas a corto plazo, con objetivos bien escogidos, aseguran que los miembros no perderán el aliento y los mantiene trabajando continuamente en favor de la causa y, por tanto, ligados a ella. Un cese súbito en la actividad, debido a enfermedad u otra contingencia, ha sido la causa de la caída de muchos comunistas, ya que se han ido enfriando e incluso han cesado en el Partido.

Los objetivos a corto plazo sirven para vincular al partido con el pueblo, para debilitar a la «clase rectora» y a los oponentes del Comunismo y preparar el terreno para la causa comunista. Si los

miembros del Partido ven que de tanto en tanto se consiguen cosas, sienten entonces que esta lucha y estas campañas valen la pena hacerlas, y sienten la satisfacción muy humana de ver que han logrado algo.

El objetivo inmediato es conseguir adeptos. Esto es algo que preside continuamente la conciencia del comunista; debe «convertir» a la gente en todo tiempo y en cualquier circunstancia. Cualquier comunista que se precie de serlo y que se halle asociado a cualquier grupo verá inmediatamente a quiénes tiene posibilidad de convencer, para que se unan al Partido. Una vez seleccionado este grupo ha de ingeniarse los modos, cómo podrá conseguir esta conversión. Yo hice lo propio en mis años comunistas. Algunos de los que convencí han dejado el Partido, otros son anticomunistas activos, pero son muchos los que continúan completamente dedicados a la causa.

Cada comunista individualmente trabaja en esta búsqueda de conversos entre sus compañeros de trabajo, entre sus amigos y familiares, pero es el Partido que mediante su propaganda tiene la responsabilidad de convertir la opinión pública; de crear un clima que facilite estas conversiones.

Lo que nos interesa considerar a nosotros es que el Partido sabe crear cierta actitud mental. Esto es algo que les lleva a creer que poseen la mejor causa que pueda haber; esto les confiere la responsabilidad de difundirla entre los demás. Llevando nuevos miembros al Partido consiguen apresurar el objetivo intermedio y también el deseo final de un mundo comunista.

Indudablemente las campañas de objetivos a corto plazo son de interés para la gente con tal de que no se olvide el objetivo final de los comunistas. Un comunista se alegra cuando descubre una penalidad inútil que padece la gente y alrededor de la cual el Partido pueda montar una agitación. Un éxito rápido y fácil mejorará la imagen del Partido, supondrá más lectores de la prensa comunista y posiblemente, en definitiva, un mayor número de

conversos para el Partido.

Un comunista ha de estar junto al pueblo si quiere hacer una buena contribución al Partido. «Nosotros somos los peces, el pueblo la corriente», dice Mao TséTung. Con esto quiere significar que los comunistas están tan cerca del pueblo, que sienten cualquier corriente, y actúan en consecuencia.

Puede ser por ejemplo que los padres de una determinada vecindad estén preocupados porque el cruce de carretera que hasta entonces era seguro, sea ahora peligroso para los niños. Puede ser un servicio defectuoso de transporte que dificulta en cierto modo que las amas de casa puedan efectuar sus compras, o que los trabajadores puedan llegar a tiempo al enlace que deben tomar para ir al trabajo. Puede ser cualquier cosa, mientras no esté en conflicto con los fines últimos del Partido. Se espera, pues, que la rama local del Partido entre en acción inmediatamente.

Recuerdo que en una ocasión, cuando era comunista, descubrí que la gente que vivía en unos alojamientos en las afueras de la ciudad en los que yo trabajaba, tenía que andar unos tres cuartos de hora para ir a la ciudad. Esto era debido a que el camino estaba bloqueado por el ferrocarril principal que atravesaba el barrio. Entonces yo promoví una campaña para la construcción de una pasarela sobre el ferrocarril. Era una demanda perfectamente legítima. Esta pasarela debió construirse cuando se edificó el barrio. Yo recuerdo que se llamó a cada residente a que respaldase la petición. El Partido montó sobre esto una gran agitación con peticiones, mítines y marchas y una buena publicidad en la Prensa.

No conseguimos la pasarela, pero conseguimos que una unidad comunista se estableciese en el barrio, en el que hasta entonces yo había sido el único comunista que había. Así, desde nuestro punto de vista, nuestra campaña tuvo un éxito completo.

No importa cuáles sean los motivos que puedan tener los comunistas; en realidad los hechos sobre los que montan las campañas, en las que consiguen determinado número de conversos, conciernen, debieran concernir, a otros. Si los cristianos, los demócratas y otros no tienen contacto con el pueblo, si no ven la responsabilidad que les concierne con las necesidades

de cada día de la gente sencilla, entonces no tienen por qué quejarse porque los comunistas van allá y se llevan un determinado número de conversos, y el crédito de la gente.

Frecuentemente los miembros de organizaciones católicas se ven frustrados por el hecho de que en los grupos de estudio y en los cursillos de «formación» puedan discutir tranquilamente los primeros principios y «los derechos inalienables de las personas», todo lo que haga falta, y los que detentan la autoridad están bien contentos de que así sea; pero una vez hay que trasladar todo ello a la práctica, entonces empiezan los problemas. El sacerdote está nervioso por lo que debe hacer, y mira con aprensión cómo los jóvenes intentan aplicar su Cristianismo en la sociedad pagana en la que viven. Al laico se le deja hablar cuanto quiere, pero una vez éste quiere pasar a la acción, se le encienden luces rojas por todas partes.

Algunas veces organizan ambiciosos y útiles proyectos en potencia. Van de casa en casa para descubrir cuáles son los problemas de los trabajadores jóvenes. Todo parece muy intencionado y a propósito. Mientras tanto ellos han reunido una información. A esto sigue una discusión de toda la información recogida. Sobre el papel ellos conocen mucho mejor cuál es la situación real, pongamos por caso, sobre la explotación de aprendices como mano de obra barata en las fábricas, sobre la «iniciación» de las mujeres que trabajan en los grandes almacenes con gran cantidad de personal femenino empleado, sobre el gran número de jóvenes que nunca han pisado una iglesia y cuya vida carece de todo significado o dirección.

Se ha preparado el terreno para la campaña; pero sucede que después no hay campaña. Alguien que tiene, que responder delante de los superiores, está nervioso de las consecuencias a que podría dar lugar. Esto una y otra vez ha sido la causa del fallo de organizaciones tan excelentes como, por ejemplo, la JOC — Juventud Obrera Católica.

Esto no es un problema para los comunistas. Una vez más, nos encontramos con la paradoja que aquellos que se supone que

son los campeones del humanismo muestran menos fe en la gente que los mismos comunistas, que se supone que son los enemigos de la persona humana. Se envía a la acción a los miembros del Partido a sabiendas que sus superiores confían en ellos. Los líderes envían a las campañas a los que constituyen las filas del Partido, sabiendo de antemano que habrá equivocaciones; pero ellos también esperan que aprendan de estas equivocaciones.

El Concilio Vaticano Segundo ha reconocido la importancia del laico, la necesidad de consultarle y de crear lazos con los sacerdotes y con la jerarquía. Sucede con frecuencia que los laicos que desarrollan una determinada acción, no se sienten respaldados por la jerarquía. No sienten sobre sí la confianza del párroco o del obispo cuando se lanzan a alguna campaña. Hay razones para ello. El problema no es simple. Pero hay muchos que se sienten descorazonados por la total falta de confianza. Los laicos ven cómo los sacerdotes se equivocan continuamente y esperan fervientemente que ellos aprendan de sus equivocaciones. Ellos, del mismo modo, también quieren arriesgarse a equivocarse y que se les dé la oportunidad de aprender con ello.

Recuerdo una ocasión en la que pronuncié un discurso a un grupo muy numeroso de sindicalistas católicos. El mitin desde todos los puntos de vista había constituido un éxito. Pero después de una comida muy apacible el consiliario me dijo: «Usted ha conseguido que mi gente arda en deseos de entrar en acción, pero francamente me hallo muy preocupado; no sé lo que ellos van a decir en la fábrica, no sé de qué tipo de herejías van a ser culpables».

Si no se dice ni una palabra para sostener las propias creencias, si no se hace nada, es seguro que nunca se será culpable de herejía, excepto que el fallo de no hacer nada por las propias creencias me parece a mí que constituye una herejía todavía más grave.

Por supuesto, hay un riesgo calculado al enviar a un hombre a la acción. Puede haber pérdidas y fallos. He viajado mucho para poder desconocer que los curas de misión se ven envueltos

frecuentemente en crisis emocionales en los primeros meses de vida en el extranjero, y que algunos son devueltos a su país de procedencia. Nadie sugiere que por esta razón los sacerdotes y religiosos deban ser apartados de las misiones. Cuando sucede lo mismo con el laico que es enviado a lugares extranjeros, siempre hay alguna autoridad que concluye que el moderno misionero laico es una amenaza, y posiblemente anatémizará en adelante a todos los misioneros laicos de su diócesis. Todos los seres humanos cometen equivocaciones y cualquiera que tenga a su cargo a otros, ha de estar preparado para ver cometer equivocaciones.

Los comunistas dirán que no importa que se cometan equivocaciones, sino lo que se puede aprender de ellas. Han demostrado que muchas veces aprenden más directamente de sus fallos que de sus éxitos. Esta es la razón de porqué los comunistas, desde los más altos líderes hacia abajo, cometen equivocaciones, pero raramente las suelen cometer dos veces, y no quiero con ello significar que son retirados de la circulación como el Sr. Kruschev o el Sr. Molotov. Esto se reserva hoy en día para los altos jefes. Nuestros estadistas occidentales también cometen fallos, pero tememos que los continúen haciendo sin fin.

No es casual que esto suceda. Nosotros damos «el carpetazo» a nuestras propias equivocaciones. Esto es una forma de hipocresía, una falta de honradez, y más aún, esto se hace con el pretexto de ser cortés. Por otra parte los comunistas hacen una crítica despiadada de ellos mismos, de unos a los otros. Ellos no tienen por qué preocuparse de practicar la caridad cristiana.

No obstante debemos decir algo de su auto-crítica. Es un excelente antídoto para el conformismo. Ellos le llaman a esto «auto-criticismo bolchevique», lo cual suena a jerga comunista pero que corresponde a una realidad muy significativa para ellos. Ellos reclaman que es una de las instituciones más sanas de la vida del Partido.

Hacen una campaña, se envuelven en cualquier tipo de actividad, y a ésta sigue la llamada encuesta. En esta encuesta no se pide que unos sean corteses con los otros. Sólo tratan de descubrir cuáles han sido los puntos débiles de la campaña, qué errores se han cometido. No se dicen unos a otros lo buenos que han sido y lo bien que ha ido todo. Más bien lo contrario.

Cuando se hace una contribución a la discusión, se empieza por criticarse a uno mismo, especificando en qué puntos se ha fallado concretamente. No se hacen referencia a los éxitos. No. Se dice: «Me descuidé en esto o en aquello». Después de haberse criticado a uno mismo honradamente se ve con derecho a hacer lo propio con los demás.

Se señala cuáles han sido las equivocaciones de los otros y se buscan los puntos de vista de los demás en el asunto. Se saca a relucir todas las equivocaciones. Aún más, esta crítica persistente revela porqué se cometieron los errores, cómo pueden evitarse y qué lecciones pueden aplicarse a las formas de actividad que están planificadas.

Este lenguaje es quizás más severo y agudo que el que a los cristianos es dado utilizar. Pero este enfoque crítico es bueno para cualquier organización que se tome su trabajo en serio, como lo hace el Partido comunista, el cual se considera a sí mismo una elite que está ansiosa de ser tan efectiva como le sea posible.

Ciertamente, los comunistas han demostrado que esto es bueno para sus propósitos. Una de las consecuencias más importantes es que los líderes envían a su gente a cualquier tipo de actividad, libremente, sin estar inhibidos por la idea de que pudiesen cometer equivocaciones. Ya que ellos saben que las equivocaciones no son desastrosas de necesidad, con tal que vengan seguidas de su debido estudio para asegurarse que no serán cometidas de nuevo. Este auto-criticismo bolchevique tiene una considerable importancia psicológica porque ayuda a crear un enfoque serio hacia las actividades de los miembros. Para el que se une al Partido y asiste a este auto-criticismo, ve claramente que se trata de una gente que se toma las cosas en serio, y que está ansiosa de cortar por lo sano todos los disparates y equivocaciones.

Voy ahora a poner un ejemplo de mi propia experiencia. Al comienzo de la pasada guerra yo vivía en un suburbio de Londres. La población del mismo se había doblado en los seis años precedentes. El suburbio estaba rodeado de edificaciones, y no había solares sin construir dentro del mismo, por lo que no tenía posibilidad de expansión. Vivían pues casi dos familias en cada casa. La construcción se había concebido para dotar de un

suministro de combustible doméstico para una sola familia; así pues, existía un problema.

Este problema se hallaba agravado por el hecho de que Inglaterra había pasado de una economía de paz a una economía de guerra. Todo estaba montado de modo que se pudiesen abastecer al máximo las fábricas que construían material de guerra. Estos abastecimientos incluían el carbón. En muchos sitios de Inglaterra había, pues, escasez de carbón. El carbón no iba a parar a los consumidores domésticos sino a las fábricas; el resto se destinaba a los ferrocarriles, que tenían que abastecer de materias primas a las mismas.

En aquellos días yo trabajaba en la plantilla del *Daily Worker* (órgano oficial del P. C.), así pues, la mayoría de mis actividades tenía que efectuarse en el centro de Londres. Yo iba poco por mi barrio, en el que sólo disponía de una pequeña habitación, pero a pesar de ello me apercibí de la angustia que pasaba la gente por la crisis de combustible. No había habido abastecimiento de combustible durante varias semanas. Por otra parte, la gente que allí habitaba no era de aquella que le resultase fácil almacenar combustible por adelantado; así pues, habían acabado su combustible. Aquel invierno fue muy frío. La gente vivía en sus casas completamente frías; esto implicaba una falta de comodidad total para los que no podían disponer de combustible.

Me di cuenta de ello cuando yo mismo me quedé sin carbón. Llamé a los líderes del Partido comunista local y les dije: «Hay una fuerte crisis de combustible que afecta a la gente trabajadora de este barrio. La mayoría de ustedes viven y trabajan aquí, deben tener noticia de ella y, sin embargo, ustedes no han hecho nada. La cuestión es saber lo que debernos hacer. Esto reclama una acción inmediata por parte del Partido.

Me senté y escribí una octavilla en la que declaraba que la gente del barrio debía «rehusar el tiritar en silencio». Describí la situación en términos de que los viejos se sentaban alrededor de las estufas vacías y que los enfermos morían en las casas frías. Es necesario, escribí, que inmediatamente se traiga combustible para las casas del pueblo.

En la situación de guerra existente, nosotros los comunistas

nos estábamos oponiendo al esfuerzo que requiere la misma. Nosotros decíamos que era una guerra injusta y nuestra línea política era de procurar minarla; nosotros pensamos que esta campaña de necesidad de combustible para el pueblo repercutiría, aunque sólo fuese un poco, en el esfuerzo de la guerra. Pero al mismo tiempo era algo que interesaba también al pueblo. Se trataba pues de una situación ideal.

La octavilla convocaba a las amas de casa para que fuesen a manifestar su descontento delante del ayuntamiento a las tres en punto del jueves. No habían prácticamente amas de casa en la rama local del Partido y, así pues, no teníamos idea de cuál pudiese ser la respuesta. Pero les dijimos a los dirigentes locales que distribuyesen 10.000 copias de la octavilla y esperaríamos a ver lo que pasaba.

Lo que más nos atrevíamos a esperar es que viniese la suficiente gente para que nosotros pudiésemos montar la correspondiente comisión —cinco amas de casa de familia trabajadora y Douglas Hyde como portavoz del Partido que deberían entrevistarse con el alcalde. Cuando fue la hora señalada fuimos a ver qué resultados había traído la octavilla.

No había problema para poder elegir una comisión; millares de amas de casa se habían congregado para demostrar ante el mundo que ellas no estaban dispuestas a sufrir en silencio. Había estado en guerras civiles; había presenciado revoluciones, pero nunca había visto nada tan aterrador como millares de amas de casa pidiendo combustible para sus hijos que titiritaban de frío. Entraron en torbellino en la oficina del alcalde, lo sacaron de allá; hicieron lo propio con el concejal encargado de abastecimientos, rompieron unas cuantas ventanas, y luego se fueron.

El domingo siguiente por la mañana fui despertado por el ruido de pesados carruajes que iban calle arriba, calle abajo de donde yo vivía, y también en las adyacentes. Descorrí las cortinas, me asomé por la ventana y vi que hasta los basureros habían sido cogidos por la autoridad municipal para distribuir carbón por las casas. El consejo municipal había movilizad todos los camiones disponibles en el barrio.

Esta manifestación de amas de casa vino relatada en primera

página en el *Daily Worker*, que comentó que se trataba de una gran campaña comunista. No hace falta decir que la edición del lunes del *Daily Worker* expresó los acontecimientos corregidos y aumentados, indicando esta gran victoria de la que eran promotores los comunistas de la rama local. A esto se le acompañó de la consiguiente moraleja, que decía que la gente que vivía en los suburbios industriales de Londres ya no tendría que tiritar más en silencio. Después de esto la rama local realizó la correspondiente encuesta de porqué la campaña había tenido tanto éxito. La propaganda había manifestado que se trataba de un gran éxito; pero ¿cuál era nuestro veredicto para la encuesta?

El veredicto fue que esta campaña había sido un fallo. ¿Por qué? Habíamos demostrado a las autoridades que las amas de casa estaban enfadadas con la situación presente que había desencadenado la guerra. Nosotros disponíamos de millares de amas de casa aprestadas para la lucha. Entonces resulta que habíamos conseguido una victoria, pero esta victoria se nos había dado demasiado fácilmente. En consecuencia, ahora estos millares de amas de casa estaban sentadas cómodamente alrededor de sus estufas satisfechas de ellas mismas, por el resultado que les había proporcionado su esfuerzo. Nosotros habíamos conseguido que estas amas de casa se enfadasen, le habíamos dado un contenido revolucionario a la campaña, nosotros deberíamos haber convencido a algunas para que se uniesen al Partido, deberíamos haber conseguido nuevos lectores para el *Daily Worker*; pero no había sido así. Desde nuestro punto de vista, los resultados habían sido más bien contrarios que favorables a la causa revolucionaria. Nosotros concluimos que se había tratado de un gran fallo. He aquí lo que es el auto-criticismo bolchevique.

Si hay algo que los otros deben adoptar de esto es precisamente esta actitud mental. La determinación de ser completamente honrados con nosotros mismos y con los demás de lo que hayamos hecho. Es este cortar con los cumplidos de modo que se haga posible el ver hasta qué punto han sido útiles nuestras actividades para la causa. Es el poder decir abiertamente: todo esto ¿para qué ha servido? Y, ¿con qué fin se ha hecho?

Los comunistas dicen que lo que pretenden es cambiar la sociedad, no cambiar los individuos. Esto es cierto en el sentido de que ellos cambiarán a los hombres si logran cambiar la sociedad. Mejorando la circunstancia vital que rodea a los hombres lograrán un cambio más rápido de toda la civilización. También resulta cierto el decir que los comunistas pretenden cambiarse a ellos mismos, y que sólo pueden ser unos buenos comunistas si así lo hacen. Diciéndolo con otras palabras, la persona que desee ser mejor encuentra en el Partido comunista un medio para serlo. Esta es sin duda una de las muchas razones por las cuales personas que han sido seminaristas y han fracasado en ello, hombres que en su juventud soñaban con ser monjes budistas o sacerdotes hindúes y que han crecido en un ambiente muy religioso, se han revelado en contra de la religión y han encontrado muy natural el ir a formar parte del Partido comunista ateo.

Esta necesidad que tiene el comunista de ser mejor viene expresada de un modo muy elocuente y atractivo en el libro de Liu Shao-Chi «Cómo ser un buen comunista». Este libro se basa en una serie de conferencias celebradas en el instituto de marxismo-leninismo de Yenán en 1939 —cuando los comunistas luchaban desesperadamente por conseguir la victoria—; en él se estudia el mundo entero, no importando si se trataba de facciones pro-Pekín o pro-Moscú. Liu Shao-Chi explica lo que son los deseos del comunista en términos heroicos, como lo haría un buen instructor comunista.

« ¿Cuál es el deber más fundamental de los miembros del Partido? Como todo el mundo sabe, es establecer el comunismo; es transformar el mundo presente en un mundo comunista. El mundo comunista, ¿es o no bueno? Todos sabemos que es bueno; en este mundo no hay explotadores, opresores, patrones, capitalistas, imperialistas o fascistas. No habrá un pueblo explotado y oprimido, no habrá lóbreguez, ignorancia, torpeza, etc. En esta sociedad todos los seres humanos serán inteligentes comunistas, desprovistos de egoísmo, con un alto nivel de cultura y técnica. Un espíritu de asistencia y amor mutuos prevalecerá en la humanidad.

No habrá cosas tan irracionales como la decepción mutua, el antagonismo entre los hombres, la carnicería y la guerra, etc. Por supuesto que esta sociedad será la mejor, la más bella y la más avanzada en la historia de la humanidad. ¿Quién dirá, pues, que esta sociedad no es buena? Aquí se abre, pues, un interrogante: ¿podemos conseguir esta sociedad comunista? Nuestra respuesta es 'sí'. Acerca de esto el marxismo-leninismo ofrece una explicación científica que no deja lugar a dudas ».

Se advierte una certeza casi religiosa en este último párrafo, que recuerda los propósitos de los primeros cristianos.

Hace 100 años Marx dijo a sus seguidores: «Tendrán que franquear veinte, treinta, cincuenta guerras civiles y conflictos internacionales, no sólo para cambiar las condiciones existentes, sino también para cambiarnos a nosotros mismos y hacernos capaces de detentar el poder político.»

Dice Liu Shao-chi: «Así los hombres deben mirarse a ellos mismos como con necesidad y capacidad de ser cambiados. No deben verse como algo perfecto, santo e incambiable. Esto no debe verse como un insulto; la ley inevitable de la evolución natural y social es la evolución; los hombres de otro modo no progresarían...»

«Para pasar de un novicio a un revolucionario maduro y bien experimentado, capaz de enfrentarse a cualquier situación, hace falta un largo proceso de temple y educación revolucionarias, esto es, un largo proceso de reforma.»

Los marxistas se ven a sí mismos como los instrumentos voluntarios y conscientes, en acción de este proceso de cambio que experimenta el mundo y la sociedad humana. Ellos creen que pueden acelerar y dirigir este proceso. De esta manera conciben ellos a la sociedad y a los hombres, particularmente a sus propios miembros.

Si ellos desean transformar la materia prima humana que a ellos llega para convertirla «en unos cuadros de hombres templados y duros como el acero», deben prestar gran atención al desarrollo personal de cada miembro del Partido, esto es atención a las aptitudes, preferencias, talentos y potencialidades del mismo. Y efectivamente así es.

Observa Liu Shao-chi que el estudio puede facilitar este proceso de desarrollo. Pero añade: «se estudia con el único propósito de poner en práctica lo que se aprende. Es por el Partido y por la victoria de la revolución que nosotros estudiamos.» Los hombres y mujeres que el Partido desea formar deben ser una élite.

Muchas veces se han comparado los comunistas a los miembros de una orden religiosa. Los que así piensen sentirán apoyo en Liu Shao-Chi que dice: «El principio marxista, es que los intereses personales se deben subordinar a los intereses del Partido, los intereses parciales a los intereses totales, los intereses del momento a los intereses a largo plazo, y los intereses de una nación a los del mundo como un todo.»

Y también: «Son importantes el temple y la educación en un miembro del Partido, bien si se trata de un miembro de origen no-proletario o un veterano de origen proletario. Es por esto por lo que nuestro Partido Comunista no se lamenta por haber salido de esta sociedad china y de que sus miembros provengan de esta escuálida y vieja sociedad... o sea, que todos los miembros del Partido tienen en mayor o menor proporción que dejar los prejuicios, ideologías y hábitos de la vieja sociedad a la que pertenecen y a la que están permanentemente asociados. Nosotros precisamos aumentar este temple y esta educación, con el propósito de aumentar y preservar nuestra pureza de vanguardia proletaria y con el objeto de desarrollar nuestras cualidades sociales y nuestra técnica revolucionaria.»

Esta es la razón por la que los miembros del Partido Comunista deben procurar auto-cultivarse.

Los cristianos tienen que luchar contra el viejo Adán, los comunistas contra el burgués que hay debajo de su piel.

Pero el comunista no tiene que lograr todo esto que se espera de él en una lucha en solitario contra su base burguesa. Ni tampoco se le deja sólo a la hora de auto-cultivarse. El Partido está a su lado para ayudarlo.

En un famoso discurso pronunciado por José Stalin a los graduados de la Academia de la Armada roja en mayo de 1935, lanzó el siguiente slogan: «Los cuadros lo deciden todo». Las

técnicas, dijo, son muy importantes pero en un análisis final, vemos que su éxito depende de la gente. De nada sirve desarrollar técnicas sino se desarrolla también a la gente.

Este slogan fue adoptado y llevado a la práctica por todos los partidos comunistas del mundo. En cada uno de ellos se ha establecido un departamento especial destinado al personal. Este existe a cada nivel del Partido. Su tarea consiste en asegurarse que cada miembro del Partido será desarrollado al máximo, que se le hará todo lo efectivo que sea posible para la lucha por el comunismo. A cada nivel de la organización, desde las más altas esferas a las últimas filas hay gente encargada de supervisar este trabajo.

En cualquier rama local bien organizada, existe un Secretariado de personal que debe conocer a cada miembro individualmente y debe saber todo lo que le sea posible de cada uno de ellos. Un buen Secretario de personal dispone de un fichero en el que están anotados los tipos de actividad que desarrolla cada miembro, las clases a las que asiste, cómo responde a ellas, en qué tipos de estudios o actividad ha destacado, también aquellos para los que no ha mostrado aptitud o inclinación.

Dentro de una determinada unidad del Partido el Secretario de personal tiene carta blanca, con esto quiero decir que está capacitado para dirigirse al líder de la rama local y decirle que considera que el Camarada X está dedicando demasiada actividad a las campañas y corre el peligro de convertirse en activista que conozca poco lo que se lleva entre manos, o contrariamente, que asiste a muchas clases y desenvuelve poca actividad, corriendo así el peligro de convertirse en un filósofo de sillón. Le dirá al jefe del grupo de discutir la situación juntos y se verá cómo puede hacerse para que recupere el equilibrio entre la teoría y la práctica. Será tarea del Secretario el ver si luego se ha cumplido con este encargo.

Visitará al miembro que cree que precisa de dirección, que está desarrollándose en una línea no indicada por el Partido, o que aún muestra cierta inclinación hacia viejos prejuicios y actitudes burguesas. Seriamente discutirán juntos cómo este camarada puede mejorarse a él mismo y la clase de persona que desea ser.

No cabe duda que cuando este trabajo sobre el personal funciona bien, lleva a un rápido desarrollo de los cuadros del Partido; además, esto lleva a cada comunista a confiar en el Partido y dejarse someter a la dirección de la Secretaria de personal, que se encarga de hacer de él una persona que se esté mejorando continuamente, como hombre y como comunista. Este trabajo eficaz de formación de personal ha contribuido a la formación de «hombres de molde especial», como decía Stalin, que todo comunista debiera ser. Es un hecho que de esta pequeña minoría surgen un número inusitado de líderes. Estos, los encontraremos en los cargos dirigentes de los sindicatos, asociaciones de labradores, grupos profesionales y grupos culturales. Esta no es que lo consigan con malas artes. Cuando vayamos buscando explicaciones, deberemos considerar la clase de entrenamiento e instrucción que se les ha dado, cómo han sido formados en sus clases de estudio, y la manera como el Partido ha ido desarrollándolos día a día, utilizando sus aptitudes, sacando a relucir sus cualidades para la auto-educación y el liderazgo. Hemos de admitir que todo esto lo hace el Partido francamente bien.

Cuando Stalin se propuso promocionar al pueblo, cuando quiso inculcar a los líderes del Partido la necesidad de desarrollar a la gente, contaba sólo con unos cuantos, los que pertenecían al Partido o los que estaban estrechamente relacionados con él, la extensión de su propósito fue pues selectiva; pero su slogan «El personal lo decide todo» no es malo ni mucho menos. Esta es la razón por la que este slogan debiera adoptarse por otros, que no sólo quieren educar a unos cuantos sino a toda la humanidad, para conseguir sus propósitos.

IX. El valor de las técnicas

Los comunistas tienen merecida reputación de ser buenos propagandistas. Esto no es fruto de la casualidad, sino que se debe al enfoque de sus técnicas. Es el reflejo de la actitud mental de un grupo de hombres que creen que han aprendido lo que el mundo precisa, y que se ven con la responsabilidad de traspasarlo a los demás. Esto último tratan de hacerlo del modo más eficiente y efectivo posible.

Al tratar de ganar aceptación de sus ideas se encuentran con una reacción del público que también les será familiar a muchos otros. La gente dice: «De acuerdo, hablan muy bien, pero ¿hacen algo? » Ellos, pues, demuestran que no sólo hablan sino que actúan otro tanto. Naturalmente esto hace que su propaganda resulte más aceptable para quienes aperciben esto.

Según me dice mi experiencia, los cristianos dan la impresión de que ellos hablan y quizá dan las respuestas acertadas, pero muy frecuentemente se da, que a esto no sigue una puesta en práctica de lo que dicen. Los cristianos creerán que los comunistas están equivocados, pero en cambio saben que ellos ponen en acción lo que dicen. El Partido sabe por experiencia que la gente tiende a ser influida por el mero hecho de que los comunistas no se limitan también a hablar, sino que hacen algo, luego quizás piensen que probablemente estén logrando algo.

Los comunistas tratan de demostrar al público que tienen cuidado de él como pueblo. La propaganda anticomunista ha difundido la idea de que los comunistas sólo se cuidan del poder. En las áreas de nuevo desarrollo, concretamente, ellos han combatido esta idea con tal éxito que han conseguido que la gente que vive en estas áreas, vitales hoy en día, a pesar de que no acepten las creencias comunistas o conozcan poco acerca de las mismas, crea que «sólo los comunistas se preocupan». Esto debe ser motivo de reflexión para los cristianos y otros. Constituye un gran tributo para la propaganda comunista. América ha contribuido mucho más al desarrollo de pueblos subdesarrollados que la Unión

Soviética. Los cristianos han hecho mucho más por aquellos que sufren la pobreza y la enfermedad que los comunistas; no obstante la gente se repite a sí misma que «solamente se preocupan los comunistas».

Esto no se logra simplemente difundiendo un torrente mayor de palabras que el resto del mundo. Donde el trabajo comunista ha sido más efectivo es allá donde han sabido cargar de intención todos los medios disponibles para hacer creer que la propaganda anti-comunista los quería presentar como unos «traga-niños».

En varias partes de Asia en los últimos años, siempre que se han reunido en congreso todos los partidos comunistas nacionales, se ha insistido en la necesidad de montar la propaganda de modo que se demostrase al pueblo que el Partido Comunista enfocaba toda su actividad en su beneficio.

Siempre que se reúnen los congresos comunistas, no lo suelen hacer en grandes ciudades en las que se puedan encontrar cómodos hoteles, propios para congresistas americanos o sindicalistas británicos, sino que los suelen hacer en sitios apartados. Una de las mayores necesidades de las zonas que están intentando desarrollarse, es la necesidad de unir los pueblos aislados con el resto del mundo por medio de carreteras. Únicamente cuando una comunidad local está unida de este modo con el exterior tiene posibilidad de desarrollarse y abandonar el tipo de vida que ha seguido durante siglos.

Deliberadamente los comunistas escogen sitios así para llevar a cabo sus congresos. Se llama a los delegados para que se presenten una semana antes en el sitio donde ha de celebrarse el congreso. Durante estos siete días los delegados —la mayoría altos líderes—construyen una carretera que una al pueblo con la autopista más cercana. Esto les permite asegurarse de que el pueblo creerá que cuando llegan los comunistas empiezan las posibilidades de poder alcanzar un nivel de vida mejor. Si la propaganda anti-comunista va entonces y les dice que los comunistas «sólo hablan», de seguro que no se la creerá». Todos los partidos políticos de hoy en día se preocupan en crear una imagen de ellos mismos que esperan que sea aceptable para la gente. Para ello se requieren los servicios de agentes de relaciones públicas y de agencias de publicidad. Es más bien artificial el

intentar crear mediante una publicidad aduladora una imagen que quizás no tiene demasiada relación con la actuación del partido en el pasado, en el presente o de su potencialidad cara al futuro. Más tarde o más pronto la gente se apercebirá de esto. Pero cuando los comunistas se aprestan a crear una imagen del modo que he referido, esta parece auténtica y convincente. Es más probable que ellos consigan mucho más entre la gente sencilla y no sofisticada que sus oponentes con sus costosos métodos de propaganda.

Esto no quiere decir que los comunistas rehúsen los métodos modernos de propaganda. Ellos procuran adaptarlos del modo que juzgan ellos más efectivo.

Propaganda Impresa

Cuando trabajaba en el *Daily Worker* éste fue proscrito y además bombardeado por lo que se dispersó toda su plantilla. Como estábamos en tiempo de guerra, muchos de ellos fueron a parar a la industria y la mayoría a las fuerzas armadas, en las cuales muchos de ellos salieron oficiales. Cuando Rusia entró en el conflicto se alzó la sanción. Los dos que quedábamos tuvimos que reconstruir rápidamente la plantilla; había poca oportunidad para escoger; una cosa era esencial, que fueran inteligentes y con resonancia política; que fuesen buenos comunistas.

Formé una nueva plantilla constituida por un peletero, varios ingenieros, amas de casa, en fin, todo menos periodistas experimentados que de momento era imposible encontrar. Teníamos que enseñarles periodismo a esta plantilla heterogénea, tan rápidamente como pudiésemos. Nuestra tarea era editar un periódico que pudiese competir con el de la prensa millonaria, por tanto debíamos hacer de ellos periodistas de primera fila. Además debíamos conseguir que fuesen unos buenos periodistas «comunistas». Personas que utilizasen el periódico para ayudar a la causa comunista. Cuando resumí de qué plantilla disponía antes de lanzar el primer ejemplar del periódico, recordé lo que decía Lenin, de que todo el arte del periodismo comunista radicaba en expresar profundas ideas con palabras sencillas. Es algo en lo que nunca he dejado de insistir, lo más fácil para alguien que escribe

para una causa es convertirse en ampuloso, doctrinario e inleíble.

Esta es precisamente la manera como se le aparece a la gente que no es del Partido lo que los comunistas escriben para su propio consumo. En este caso los que escriben lo hacen para un sector especializado que dispone de un vocabulario propio, de su jerga. Pero cuando se trata de hacer propaganda entre los no comunistas, el éxito de los periodistas y escritores comunistas estriba en lanzar sus ideas con un lenguaje sencillo y simple. Se puede decir que ellos conocen su marxismo tanto como puedan convencer a los otros con términos simples.

Estos eran los principios que habíamos aprendido de Lenin y que nos guiaron cuando tuvimos que reestructurar el *Daily Worker*. Debo mencionar que al cabo de poco tiempo fue juzgado nuestro periódico como la mejor publicación del año, y se le reconoció en abierta competencia con la prensa capitalista millonaria.

Se instó a cada miembro de la nueva plantilla a que antes de empezar su jornada diese una rápida leída al resto de la prensa. En particular los artículos de la prensa directamente opuesta, y a que los comparase con los propios; entonces que se juzgase si se había hecho un trabajo mejor que el adversario o si hacía falta intentarlo de nuevo. Primero, su artículo debía estar bien escrito, debía poderse entender fácilmente y debía estar tan bien informado como lo mejor que apareciese en la prensa capitalista. Segundo, si fuera posible, había de proveer al lector del *Daily Worker* de una interpretación marxista de la situación. Un periódico comunista, decía Lenin, ha de ser un educador, un agitador y un organizador para el Comunismo. En tomo a su periódico «Iskra» —la chispa— él edificó el Partido Bolchevique, preparó el camino de la revolución y prendió fuego a una sexta parte del mundo. Nosotros intentamos hacer de nuestro periódico un educador, agitador y también organizador para el Comunismo. Vale la pena hacer notar de pasada que los nuevos partidos comunistas que se han organizado en el África negra lo han hecho alrededor de una minúscula publicación trimestral en la mejor línea leninista: «El comunista africano».

En todas las áreas subdesarrolladas los comunistas han logrado con éxito esparcir sus ideas utilizando el lenguaje común de la gente. Muchas veces estas ideas se han difundido tan

espontáneamente que es imposible encontrar la huella de los comunistas; ellos han lanzado estas ideas al mundo y otros las han adoptado. Por ejemplo cuando estuve en Rodesia del Norte y del Sur hace algún tiempo, hablaba con un auditorio exclusivamente africano en mítines, colegios, universidades y seminarios y me di cuenta que los africanos de siempre habían aceptado dos proposiciones erróneas: que Rusia era el hermano mayor que ayudaba a los pueblos colonizados en su lucha por la libertad; y que cuando habían conseguido su libertad Rusia y otros países comunistas proporcionaban ayuda sin pedir recompensa.

No existía ningún Partido Comunista en la Federación cuando estuve allá. Un grupo de estudios marxistas comenzaba en Rodesia del Norte, pero era demasiado pequeño para que se pudiese atribuir el que estas ideas hubiesen alcanzado tan amplia difusión. No obstante, antes de que los comunistas se hubiesen movido, estas ideas, tan importantes en el proceso de suavización, habían ganado el crédito entre la mayoría de la población africana. Les habían llegado a través de diversos canales; en algunos casos provenían de la gente que había visitado las oficinas de la Solidaridad Afro-Asiática en El Cairo; es probable también que las hubiesen difundido los líderes nacionalistas de las conferencias Pan-Africanas. Algunas habían sido puestas en circulación por radio Moscú o radio Pekín. Podríamos encontrar esta misma situación en Asia o Latino-América. Esto constituye un tributo para la propaganda comunista.

Cualquiera que quiera contrarrestar la propaganda comunista o que quiera difundir sus propias ideas debe estudiar detenidamente y con cierta humildad los métodos que emplean los comunistas. Hay mucho que aprender de ellos. Algunos de ellos parecerán absurdamente simples y elementales, pero con todo son importantes. Por ejemplo, nunca debe usarse una palabra larga allá donde haya posibilidad de utilizar una corta; nunca escribir una idea con objeto de probar la erudición que se tiene, sino para que se le pueda hacer más comprensible al que la tiene que leer.

Cualquiera que haya estudiado la propaganda comunista se habrá dado cuenta que ellos utilizan las palabras más simples, especialmente cuando han de dirigirse a la gente más sencilla. Adaptan lo que quieren decir al auditorio al que va dirigido. Esto es

algo que deben aprender los países occidentales. Las respuestas que se dan al comunismo pueden parecer convincentes a un grupo de gente con alto nivel educativo, con una ascendencia sofisticada, pero quizás no lo son en absoluto para la persona que vive en una tribu en África o la que vive en un sampán en Asia.

Lenin llevaba razón cuando decía que ideas simples podían mover a la acción a gente sencilla y auténtica. Ellos quizá puedan parecer elementales y sean motivo de risa para otros, pero esta gente sencilla estará dispuesta a morir por ello.

Uno recuerda lo que contaba un periodista que estuvo en Petrogrado cuando se produjo la revolución bolchevique. Había empezado la contrarrevolución. A las afueras de la ciudad podía oírse el tiroteo. El periodista considerando que debía ir allá para captar la noticia pidió a unos cuantos que le indicasen el camino para ir al frente. Tardó mucho hasta que encontró alguien que supiese algo de lo que pasaba. Encontró un carromato de paisanos que se bamboleaba a través de los helados campos y le dijeron los que iban en él que iban a tratar de encontrar el frente para unirse a la lucha en favor de la revolución. Le invitaron a acompañarlos. Se encaramó al carro y cuando estuvo arriba se dio cuenta que estaba sentado sobre un lecho de granadas de mano.

El periodista empezó a entrevistarlos. Les recordó —aunque no hacía falta— que probablemente iban a morir. Ellos aceptaron esto como cosa obvia. A todos hizo la misma pregunta. Uno tras otro respondieron en forma chapuza con palabras casi iletradas e inarticuladas, fruto de muchos años de servilismo, intentando poner en ellas lo que ellos sentían.

Por fin encontró uno que le dijo, vacilante: «Vea usted, camarada, a través de toda la historia ha habido dos clases, los ricos y los pobres, los ricos han hecho lo que han querido con los pobres. Nosotros somos pobres y pertenecemos a la clase que siempre ha sido explotada. Ahora, por fin, se va a dar a los pobres lo que es suyo y vamos a construir una sociedad en la que ya no haya más pobreza. Esto es por lo que estamos dispuestos a morir.»

Es por estas ideas sencillas por las que la gente muere. Ninguno de los paisanos explicó siquiera los rudimentos del

materialismo dialéctico. Es muy probable que nunca hubiesen oído nada de él. Pero Lenin y sus compañeros bolcheviques habían logrado con éxito reducir su mensaje a una sencilla proposición para una gente también sencilla. Con ello hicieron una contribución decisiva a la victoria de la revolución. Las revoluciones, no importa si las hacen sangrientos comunistas o pacíficos cristianos, están hechas por el pueblo, aunque esté guiado por intelectuales.

Un buen comunista que se encarga de la propaganda está en contacto directo con la gente. Debe identificarse a sí mismo con aquellos a quienes va dirigida la propaganda. De este modo se conoce su lenguaje, cómo piensan y el modo como les pueden llegar las ideas; sabrá de esta manera lo que les puede ser digerible y lo que no. Los propagandistas del mundo no-comunista frecuentemente están demasiado alejados de las vidas y del modo de pensar de la gente a quienes dirigen sus ideas.

Los comunistas dicen que si se quiere tener éxito en la propaganda no se puede vivir alejado del mundo. Como ya se ha dicho, uno debe identificarse con quienes van a recibir esta propaganda. Es tarea del que se encarga de esto encontrar la manera como puede hacer llegar sus ideas. Si ellos no las aceptan no conviene culparlos de ello. Sólo se puede hacer que llegue a ellos haciendo que lo que resulta significativo para ellos lo sea muchísimo más aún para nosotros.

Stalin escribió en una ocasión: «Creo que los bolcheviques se parecen al héroe de la mitología griega Antacus; al igual que él son fuertes porque mantienen conexión con su madre, las masas, que es quien los amamanta y que les pega al trasero cuando hace falta. Mientras ellos mantienen conexión con su madre, el pueblo, son invencibles.»

«Esta es la clave de la invencibilidad del liderazgo bolchevique.»

O como indica el libro «La Historia del Partido Comunista en la Unión Soviética»: «Un partido pelagra si se encierra a sí mismo en su estrecho caparazón; si se separa de las masas...»

Recuerdo la conversación que tuve en una ocasión con un sacerdote en Corea, el cual se lamentaba de que aunque por fin la gente educada empezaba a ir a su Iglesia que hasta entonces

había sido exclusivamente de gente pobre, no había literatura para ofrecerles en su propio lenguaje. Lo que había a mano eran unas dulzonas vidas de santos mal traducidas. No había nada que valiese la pena para ofrecérselo a los intelectuales en su propia lengua. El cura explicó que los escritores coreanos salpicaban sus citas de los clásicos chinos, para demostrar su erudición, al igual que un europeo pudiese hacer con los clásicos griegos y latinos, de este modo la autoridad eclesiástica tuvo que renunciar a pedir la colaboración de los escritores coreanos porque decía que: «No saben escribir en el lenguaje sencillo que habla el pueblo.»

Yo le pregunté si esto era característico de todos los coreanos. Me contestó: «Yo lo había creído así hasta que los comunistas norcoreanos inundaron Corea del Norte con octavillas y pasquines que estaban escritos en el lenguaje del pueblo. En ellos no ponían citas de los clásicos chinos. Ellos consiguieron de este modo que sus ideas llegasen a la gente. Mientras tanto los demás aún se preocupaban de las apariencias y de hacer notar su erudición. A los comunistas no les importaba causar una gran impresión sino difundir sus ideas.

El principio de que «el comunista debe ser el mejor en su trabajo» rinde buenos dividendos por lo que se refiere a la propaganda impresa. No es pura casualidad que la mejor imprenta en color provenga de China comunista y de Alemania del Este. Cuando los comunistas desean lanzar su propaganda entre zonas hambrientas de literatura, en las que hay un pueblo indiscriminado, se preocupan de encontrar ideas simples que lanzar con un lenguaje simple, más que de la calidad del papel del que disponen o si los impresos resultan muy artísticos. Pero cuando dirigen su propaganda a gente que aprecia lo bueno, lo hacen tan bien como pueden.

Es éste el enfoque que le han dado a la propaganda los comunistas italianos en sus tremendas campañas de poner carteles por las calles, las cuales han tenido una gran influencia en las elecciones que se han celebrado en Italia en los primeros años de la postguerra. Algunos de estos carteles, ha sido reconocido, han sido de lo mejor en la materia. Había algo para cada cual. Ellos deseaban estar en todos los niveles.

Los católicos vieron esto como un reto. Los comités cívicos de

la Acción Católica difundieron inmediatamente unos carteles también muy buenos. Para ellos las elecciones de 1948 eran de decisiva importancia, y así dejaron de lado la posibilidad de mantener una posición apolítica ante ellas. Dieron el mismo enfoque que los comunistas. Solicitaron el concurso de los más señalados católicos empleados en la prensa y la publicidad, artistas confeccionadores de carteles, periodistas, publicistas y agencias de anuncios. Los comunistas llegaban a una ciudad y cubrían todas sus paredes de carteles extraordinariamente ingeniosos y agudamente satíricos. Al cabo de unas horas pasaban los del Comité Cívico y plantaban otros que desbancaban a los comunistas o que les respondían. Tenían cuidado de que fueran tan buenos en diseño, imaginación, gracia y garra como los del adversario. Tan buenos eran unos carteles como los otros. Esto llamó la atención de la opinión pública italiana y de la prensa mundial, que la designó como «la batalla de los carteles». Esto fue decisivo en la victoria que se consiguió en las elecciones con la consiguiente derrota de los comunistas. Pero esto que hemos contado constituye la excepción. Con demasiada frecuencia la respuesta a la propaganda comunista de los no comunistas es inferior a aquélla.

Cine y Discos

Los comunistas dan este mismo enfoque a la producción de películas. Cada pequeña congregación misionera, cada orden religiosa quiere tener su film hoy en día. Se toma como logro excepcional el que se consiga producir una película aunque los resultados suelen ser visiblemente penosos. Los más fieles a la orden van a ver la película a pesar de su notoria poca calidad. Así pues, esta clase de películas con muy poca probabilidad lograrán convertir a nadie. En resumen fallan en aquello que es su propósito.

Recuerdo que a primeros de 1930 después de una marcha del hambre fui a ver una película que distribuía el Partido Comunista. La película era de Einsenstein y se llamaba «el acorazado Potemkin», era de 16 milímetros, pero aún así era soberbia. De ella

emanaba una poderosa propaganda revolucionaria. El motín del Ivergordon que afectó una parte de la flota británica y que fue promovido por los comunistas le daba actualidad a la película. El motín de los marineros rusos de la dotación del acorazado Potemkin encerraba un mensaje para el auditorio. El mensaje resultaba aún más poderoso y vívido por la técnica que había empleado Einsenstein —que era la mejor técnica que se podía lograr en aquel entonces.

La propaganda no precisa ser directa para ser efectiva. Una de los mejores ejemplos de la propaganda atea comunista fue un film que vi sobre la naturaleza. No era en absoluto un film político. Los que lo hicieron se resistieron a incluir una sola palabra de propaganda política. El trabajo de los cámaras era excelente. El color estupendo.

La película se había rodado en Hungría, en un ambiente rural. Comenzaba con unas imágenes de cómo cazaban los hurones. Se les seguía cuando entraban en las madrigueras de los conejos; y se veía a la madre espantada intentar defender a sus conejillos. A esto seguía un ave de presa que iba de nido en nido espantando a los padres y succionando luego los huevos o matando a sus criaturas.

Luego se seguía a un águila volando en las alturas, atisbábamos con ella la presa y nos lanzábamos en un vuelo en picado a apresarla. La escena era magnífica.

Luego mediante una cámara submarina íbamos de caza con los peces. Veíamos a peces grandes cómo se tragaban a infinidad de pequeños, o cómo se comían los huevos que ponían las hembras.

Repito que es el mejor film de propaganda atea que he visto. Es como si estuviésemos en este pueblecito húngaro y fuésemos a dar un paseo. Todo esto es algo que está muy próximo a la vida de la gente del campo, de la gente que trabaja la tierra, para los cuales los animales, los pájaros y los peces eran parte de sus vidas. Este es su lenguaje y su mundo.

Los paisanos que vieran esta película, seguro que quedaban maravillados de lo que se les enseñaba. Al día siguiente en la granja colectiva o en la cooperativa, los comunistas que hubiese

entre ellos, les preguntarían si habían visto el film sobre la naturaleza que hicieron en el cine del pueblo la noche anterior y qué pensaban del mismo. Cuando él dé su asentimiento por su perfección e interés se le dirá: Mira a mí me preocupó, pues cuando llegué a casa me puse a pensar sobre él. ¿Te has dado cuenta que el águila, el hurón y el pez viven a costa de matar a los otros? No hay otro modo de sobrevivir ya que así ha sido establecido. Por supuesto, el mundo también es así. Decidme vosotros que sois católicos cómo podéis explicar que Dios haya hecho un mundo así.

A los paisanos, por término medio, les costará bastante encontrar la respuesta a esto. Y así les sucederá a muchos otros. Y así es como se ha conseguido sembrar la semilla de la duda. Esto como he dicho es una muestra soberbia de lo que es propaganda. Buena técnicamente, cerca de la vida de la gente. Propaganda que hablaba su mismo lenguaje. De este modo era previsible lo que podía venir detrás de ella, su efecto podía ser mortal.

Hace unos cuantos años cuando estuve en el Vietnam del Sur intenté comprar unos cuantos discos de música folklórica vietnamita para mi colección. Como trabajaba en las afueras de Saigón y siempre iba con prisas no tuve tiempo para ello. Más tarde en París me reuní con varios amigos vietnamitas que eran mis huéspedes y les conté mi decepción por no haber podido hacerme con estos discos. Me dijeron que era posible conseguir esos discos en París. Muchos soldados franceses habían luchado en Indochina y esto proporcionaba un buen mercado, además millares de estudiantes vietnamitas vivían en París. Me dijeron que me llevarían a una tienda de discos donde podría encontrarlos. Les recordé que el tipo de disco que me interesaba era el auténtico, no un arreglo de jazz para el público francés. Quisiera que los músicos y las voces fueran genuinos del país.

Fuimos juntos a una tienda de discos donde un empleado nos sacó una docena de discos. Mi amigo los rechazó uno tras otro, por fin encontró uno: «Ese es el único auténtico». Lo compramos y cuando salimos de la tienda le pregunté por qué era el único que valía la pena comprar. Mi huésped me confirmó mi desconocimiento de la lengua vietnamita. Me explicó que el resto de los discos estaban americanizados u occidentalizados. De todo el

montón éste era el único que reunía todas las condiciones. Había una cosa en lo que no era auténtico, pero como yo no entendía el vietnamita no importaba. Técnicamente era perfecto, pero así como los demás provenían del Vietnam del Sur, éste estaba editado en el Vietnam del Norte; las palabras eran propaganda comunista.

Me explicó que cuando los estudiantes vietnamitas se reunían el sábado por la noche y se tumbaban por el suelo intentando recordar con nostalgia su casa, éste era el único disco que ponían una y otra vez. Así pues era probable que a la semana siguiente fueran canturreando estas canciones revolucionarias. El mensaje comunista repercutiría de este modo sobre ellos. Esto es lo que se llama buena propaganda. ¿Por qué acusar entonces a los comunistas por su astucia, si nosotros hemos degradado su cultura popular, su sentimiento nacional y les hemos ofrecido algo ya acondicionado para que lo aceptase nuestra propia gente?

Mucha gente de los países subdesarrollados se lamenta de que sus culturas propias se degraden con la americanización y la europeización. Deploran que sus hijos estén sometidos al mismo proceso y que esto se haga manifiesto en sus vestidos, en su modo de hablar, en su gusto por la música «beat»; que es lo único que saben del modo de vivir occidental.

Una de las primeras determinaciones del ala izquierda del Gobierno cuando Singapur alcanzó el autogobierno, fue el condenar y atacar la «cultura amarilla» —es así como llaman a la cultura occidental degradada—. Los carteles casi pornográficos fueron arrancados de las vallas; fueron prohibidas las películas que anunciaban estos carteles, asimismo la literatura barata proveniente de Occidente; se cerraron los burdeles y se impuso una estricta regulación en los hoteles. Un chino, pagano, que vivía en Singapur, expresó esto con esta frase que resulta bastante cáustica: «Tenemos que limpiar la suciedad que dejan a su paso los cristianos».

Hollywood y la literatura pornográfica parece que son el precio de una sociedad libre. Constituyen una mala propaganda y es algo a lo que se han asido los comunistas.

La palabra hablada

Cuando se entrena a los comunistas a hablar en público, se les dice que han de buscar anécdotas y ejemplos que estén estrechamente ligados con la gente. Cada vez que desarrolla un punto, lo debe salpicar con una historia de la vida del trabajo o de lo que sucede por la calle, que sea de interés de las masas. En los primeros tiempos de la existencia del Partido, su propaganda era lo que ahora ellos llaman sectaria. Con otras palabras, no se cuidaban si ofendían a alguien. No hacían ningún esfuerzo para que sus ideas resultasen aceptables a los otros. De hecho el marxismo está en conflicto con las demás filosofías, así pues cada vez que se subían al estrado los comunistas se disponían a librar una batalla. Atacaban las creencias del auditorio, ridiculizaban su religión, les decían que eran burros y cortos. Entonces lo que lograban era hacer enemigos y no amigos.

Si los comunistas hubiesen continuado de este modo se hubieran limitado a ser un grupo de conspiradores. A medida que fue pasando el tiempo, se dieron cuenta que debían dirigirse al público de otro modo. De esto se dieron cuenta a raíz de la tremenda derrota que sufrió el Partido Comunista alemán con el consiguiente triunfo de su archienemigo Hitler. A partir de este momento los comunistas del bloque no comunista se dieron cuenta que no valía la pena crearse enemigos innecesariamente. Lo que necesitaban eran aliados, e incrementar también el número de afiliados. A partir de entonces siguieron una técnica diametralmente opuesta. En vez de preocuparse de que los demás estaban equivocados, se preocuparon de buscar un punto de contacto en sus mentes, y entonces extender el área de sus simpatías cuanto les fuese posible.

No cabe aquí preguntarse si los no comunistas son capaces de utilizar los engaños de los comunistas. Pero, no obstante, esta técnica es muy buena y perfectamente aceptable. No hay nada que resulte inmoral en ella, nada que otros no puedan copiar.

Es la mayoría de veces el elemento verdadero, por pequeño que sea, hace que se acepte el punto de vista de los comunistas. Habrá un grano de verdad en una fanega de falsedades, pero éste lo utilizan para conseguir lanzar sus ideas. Considérese las

consecuencias que esto tiene. Es el pequeño elemento de verdad lo que hace aceptable su doctrina, entonces aquellos que consideran que tienen «la verdad» tienen una inmensa ventaja sobre los comunistas. Ellos sólo precisan mejorar sus métodos de presentación, sus propias técnicas, su intento de llevar la teoría a la práctica en sus propias vidas para conseguir aceptación.

Hay cristianos que desdeñan a los comunistas por haber explotado la pequeña porción de verdad que tienen, mientras que ellos la tienen toda. Harían mejor en preguntarse a ellos mismos sinceramente cómo es que entonces los comunistas han tenido éxito allá adonde ellos han fallado, y sobre todo en zonas que han sido siempre cristianas.

Organización.

El comunista cree que toda esta actividad debe estar respaldada por una buena organización. Como ya se sabrá, la organización del Partido se basa fundamentalmente en la existencia de células. Esta es la unidad básica. Es de gran importancia dentro del Partido.

Se ha escrito mucho sobre las células comunistas por gente que parece que tiene poca idea de lo que se lleva entre manos. Por ejemplo, se ha dicho que cada comunista pertenece a una célula; esto sólo resulta cierto en parte. Lo que sí es cierto es que un comunista puede —y de hecho así lo hace— pertenecer a varias células ya que la variedad de sus intereses le puede llevar a varias organizaciones dentro de las que estará alineado.

Consideremos el caso hipotético de que el comunista al que nos hemos referido trabaja en una fábrica por la cultura de un determinado país comunista, y también por la música cuando puede encontrar tiempo para ello.

En primer lugar, él pertenecerá a la rama del Partido local de su vecindad. Si esta rama local es grande se le asignará a una célula de una determinada calle o zona. Es un principio de comunista que allá donde haya tres o más comunistas ha de haber una célula. Se espera que desarrollen un trabajo organizado en favor del Comunismo.

Si en la fábrica en la que trabaja hay tres o más comunistas habrá consiguientemente una célula. Si el Partido es fuerte dentro de la fábrica y hay tres miembros que trabajen en el mismo departamento, ellos pasan a formar una célula. Si un comunista pasa a un departamento de la fábrica en la que sólo hay otro comunista, ambos desearán rápidamente convencer a alguien más para de este modo formar una nueva célula y tener así una unidad organizada del Partido Comunista dentro de su departamento. Cada día antes de ir a casa se tiene una breve reunión con los componentes de la célula para saber cómo han marchado las cosas durante el día.

Si pertenece a un determinado sindicato y en su rama local hay dos o más comunistas además de los que pertenecen al mismo sindicato, formará con ellos una célula dentro de su rama local. Juntos prepararán el trabajo que piensan realizar dentro de él. Antes de las reuniones de la rama del sindicato planifican las resoluciones que piensan apoyar conjuntamente y el miembro de la célula que se encargará de exponerlas, o mejor aún, convencerán a un no comunista para que lo haga por ellos. Cuando se hagan elecciones para cargos responsables decidirán de antemano quién ha de presentarse a las elecciones. Esto les reporta a ellos recompensas como afirman muchos sindicalistas.

Si este miembro del Partido del que hemos hablado acepta una responsabilidad como miembro de la rama local de su sindicato, tratará de desempeñar su función lo más hábilmente posible, y como consecuencia de ello es fácil y probable que sea promocionado a niveles superiores del sindicato por no comunistas bien intencionados o por su misma célula del sindicato local. De este modo es promovido dentro de su Distrito, de su Comité, etc.; y donde quiera que se encuentren tres miembros del Partido allá se formará la célula correspondiente.

Su interés por la cultura de un determinado país comunista, le lleva a formar parte de una organización que desee fomentar la amistad entre ambos países. Probablemente la mayoría de los miembros de tal asociación no sean comunistas, y en el caso que haya algunos entre ellos pasará a formar parte como miembro activo de la célula que haya organizado dentro de la asociación.

Su interés por la música le llevará a formar parte de alguna

asociación de tipo musical, incluso de una orquesta. En este caso se aplican los mismos principios que hemos expuesto; o sea trata de ser un comunista organizado dentro de tal asociación y de efectuar un trabajo en favor de la causa. Esto no hace que no sea auténtico su interés por la música, sino que le proporciona un enfoque adicional a sus propósitos. Si es un lerdo hará un tipo de propaganda que revelará sus propósitos y así, por ejemplo, pedirá a voces que se interprete más música soviética. Sin embargo es más probable que se cuente entre los más astutos, entre aquellos que proporcionan buenas ideas y que se distinguen e impresionan a los demás por la amplitud de su interés musical. Pero en sus relaciones personales aprovechará todas las ocasiones que tenga para difundir el comunismo y si le es posible de conseguir la afiliación de algún miembro al Partido. Si se diera que el partido comunista fuese prohibido en el país, esta célula a la que pertenece probablemente pasase a ser la más importante de todas.

Esta es una forma de organización que sólo unos pocos no comunistas pueden admitir y aun desear imitar. Es la organización de una élite, hecha a medida para activistas con muy determinados propósitos y con una mentalidad unidireccional.

Pero al igual que en otros aspectos de la vida comunista, lo que a nosotros nos interesa examinar es su enfoque, su modo de concebir y planificar, que probablemente resultará de interés para nosotros y que es probable que sea susceptible de imitación. El comunista lo es en todo tiempo. Con su vida y ejemplo desafía al cristiano a serlo en una forma integrada y a ser cristiano a cualquier hora.

Se cuenta que el general Booth, fundador del Ejército de Salvación, al ser preguntado por qué el Ejército cantaba sus himnos con las tonadas de las canciones populares respondió: «No hay razón para que el diablo tenga siempre las mejores canciones».

No hay razón tampoco, pues, para que el Mal tenga las mejores técnicas.

X. ¿Para qué queremos dirigentes?

Lenin decía que quería un Partido de «revolucionarios profesionales». Con ello no quería significar que éstos debían de estar pagados; eran profesionales en el sentido de que no eran aficionados, de que sus métodos tampoco eran aficionados. Estarían dispuestos a luchar por el comunismo del mismo modo que si estuviesen en una guerra. Debían de ser como un ejército disciplinado que barra la sociedad existente como condición «sine qua non» para construir una sociedad nueva.

De este modo, el Partido comunista modelado por Lenin según el ejemplo ruso se prepara para ser una organización de revolucionarios profesionales. Gente que vive para la revolución desde el momento en que se levantan hasta que se acuestan. Gente entrenada y disciplinada.

La revista internacional del Partido «The World Marxist Review» —Revista del Mundo Marxista— se refiere frecuentemente a los comunistas bajo el término «soldados de la revolución». Esta es la forma de verse a ellos mismos. Su lucha prosigue y no importa si se trata de períodos de cambios que ellos ven como pasos graduales hacia la revolución o de revolución abierta. En estas situaciones ellos desean asentarse como líderes. Todos ellos no pueden ser líderes del Partido comunista ya que entonces todos serían jefes y no tendrían a nadie que mandar. Este no es su propósito. Se espera de cada miembro del Partido que sea un líder en el campo de actividad que le lleve la vida. Está entrenado para que, allá en donde se encuentre, asuma el papel de líder. Después de todo, la gente no va a seguir a los comunistas cuando se alcen las barricadas por las calles a no ser que sean líderes. Stalin ante la tumba de Lenin dijo: «Nosotros somos hombres de un molde especial». Todos los partidos comunistas del mundo tratan de formar estos hombres de molde especial. Esto es lo que ha justificado nuestro presente estudio.

El hombre moldeado por el comunismo, el nuevo marxista, es temible. Aunque haya sido generoso en su motivación original,

aunque retenga una gran proporción de su primitivo idealismo y de su sentido de unión con la humanidad que sufre, a pesar de todo esto, ya que ha aceptado un credo erróneo, su vida tiende a ser como su credo. El molde al que se le ajusta, lo rebaja como hombre. Esto es particularmente cierto allá a donde los comunistas han alcanzado el poder.

Parte de la tragedia del comunismo consiste en que utiliza buenas personas con buenas intenciones y las utiliza con fines malos. Ya que la forma como ellos ven a Dios, a la naturaleza humana y al mundo, es errónea; así pues su punto de partida es falso. La consecuencia es que los idealistas y los rebeldes por naturaleza que se unen al partido comunista, son los que figuran como salvadores de la humanidad y son los que quieren derrocar a los que figuran como carceleros. El comunismo está condenado, no sólo por las consecuencias que puede traer a las masas, sino por las que trae a los comunistas mismos.

No obstante es cierto el decir, como he tratado de explicar, que los comunistas causan una tremenda impresión en los que componen el movimiento comunista. Su sentido de dedicación total, su idealismo, es constantemente alimentado por el Partido mismo. Esto es el resultado en parte de una cuidadosa planificación y una buena organización, también puede atribuirse al trabajo que se toma en la formación, a la actuación del secretariado de personal a los que el Partido ha dedicado tanto esfuerzo y estudio.

La conversión de un hombre en «un cuadro templado como el acero» no destruye necesariamente su idealismo. Por el contrario, paralelamente al proceso de formación, el proceso de endurecimiento conserva el calor de su idealismo, ya que esto es algo a lo que los comunistas no cesan jamás de apelar. Yo creo, a su vez, que esto es algo muy peculiar de los comunistas que viven en los países occidentales. Lo que es fácil de comprobar.

Recuerdo que hace unos cuantos años hablaba con un indochino que luchó con los comunistas en Dien Bie-Phu. Me lo había encontrado en Hong Kong. Era un católico que vivía en el Vietnam del Norte que había sido reclutado por el ejército de Ho Chi Mihn.

La prensa occidental había elogiado la bravura y gloria de los soldados franceses que habían opuesto una tremenda resistencia en lo que iba a ser su fosa en el último ataque conducido por los comunistas. Los franceses habían aguantado en la fortaleza durante semanas sin fin soportando las enormes penalidades y sufrimientos que implica el estar sitiado.

Sin embargo, oímos muy pocas cosas de lo que sucedió del otro lado. ¿Qué hay que decir de los que luchaban en contra de los franceses? Acosar una fortaleza es también una tarea muy sangrienta. Le pregunté a mi amigo católico del Vietnam del Norte: « ¿Qué clase de arenga os hacían antes de enviaros a la batalla? ».

La arenga era algo así: «Casi seguro que moriréis; cuando os pongáis a tiro deberéis arrastraros entre cadáveres putrefactos, los cadáveres de vuestros propios camaradas. Lo más probable es que tú mueras como ya lo hicieron ellos. Si mueres no morirás luchando contra el colonialismo francés. No morirás por el Vietnam. Morirás por toda la gente que sufre, por la humanidad oprimida de todo el mundo. Tu muerte hará que este mundo sea algo mejor.»

Esta era la arenga que los líderes ateos daban a sus seguidores antes de enviarlos a la lucha. Ellos no dudaban de citar a la muerte y de apelar el idealismo que hay subyacente en el corazón de cada hombre. Demostraron que esto era algo poderoso. Sus seguidores eran enviados ola tras ola a morir para que otros pudiesen vivir. Eran enviados a la batalla moralmente preparados para ello.

Los partidos comunistas de Latinoamérica creen que se les presentan una serie de oportunidades excepcionales, oportunidades como no se habían presentado hasta el momento. Los líderes creen que antes de que puedan alcanzar su fin, es cierto que para casi cada uno de ellos y para la mayoría de sus seguidores habrá otro período de ilegalidad, de sufrimientos, de encarcelamientos, de tortura y posiblemente de martirio. Ellos no dejan de tener esto en mente y de aprestarse para ello. De nuevo no temen decirles a sus seguidores qué es lo que les espera.

La mayoría de los partidos comunistas de Latinoamérica han atravesado ya períodos de ilegalidad, y en muchos casos varios

períodos. Saben la tremenda experiencia de todo esto y lo duro que resulta. Son muchos los líderes comunistas que han pasado 18 de los últimos 25 años en prisión. Muchos entre ellos llevan en sus carnes los signos de la tortura a las que han sido sometidos en prisión por sus oponentes. El partido comunista venezolano es uno de aquellos que ha pasado muchos años fuera de la ley y que sólo recientemente se le ha permitido operar más o menos discretamente a la luz pública.

Aun así se prepara para otro período de ilegalidad. Más aún, lo espera, pues así le dará la oportunidad para una demostración.

Hace algún tiempo, como preparación para esto, editaron un documento que hicieron circular primeramente entre sus miembros y más tarde entre los de los otros partidos comunistas de Latinoamérica. Su intención era prepararlos para el período de ilegalidad que se aproximaba.

Está escrito relatando la historia del Partido. Ya que mucha de esta historia ha sido vivida en la clandestinidad, es natural que venga a ser así un manual para personas que viven en la clandestinidad. Está escrito de modo que se recuerde lo que se hizo en el pasado y también para preparar y armar a sus miembros para lo que pueda traer el futuro. Permítaseme que me sirva de un ejemplo.

«Los miembros del Partido deben guardar los secretos del Partido y salvaguardar la organización y a sus líderes. La vanidad, la falta de cuidado, los errores que den lugar a la inseguridad del Partido no pueden ser tolerados. Un gran daño puede ser causado por los traidores que caen con facilidad en las trampas que prepara la policía. Los informadores y aquellos que sucumban ante la tortura de la policía, merecen la condenación del partido. No puede haber aquí excusa. Todo el que se una al Partido comunista, cada revolucionario, debe apercibirse de que puede ser arrestado y convertirse en víctima del ataque del enemigo. Es muy importante pues, para él, el estar preparado política y moralmente para sobrellevar todas estas pruebas con honor...»

«Habiendo caído en las manos del enemigo, el comunista debe darse cuenta que está en un nuevo campo de batalla. Su prisión no concierne a su vida personal, sino que es parte de la

lucha de clases, es un hecho político, un atentado contra el Partido. Debe luchar y permanecer en este nuevo frente, de modo que pueda ser efectivo al Partido y a la causa de la revolución. En la celda debe aglutinar a su alrededor a los otros revolucionarios arrestados, debe mantener su moral y su vigilancia revolucionaria, corregir a aquellos que cometan errores y a los que actúen imprudentemente. Un momento de desfallecimiento puede suponer la derrota del revolucionario para siempre. Un momento de cobardía puede cancelar todos los años de servicio consagrado a la clase trabajadora. Ni la tortura, ni la falta de experiencia, ni el estado de salud o cualquier otra razón puede justificar la traición a la causa del Partido.»

Estas son las consignas que están recibiendo en este momento los comunistas latinoamericanos. Esta es su preparación para el periodo de ilegalidad, de prisión, de tortura si es necesario. Esto es lo que quise significar cuando dije que los comunistas eran los soldados de la revolución. Un miembro del Partido puede llegar a sentir que es un honor el poderse enfrentar con tal desafío, con tal oportunidad.

Ellos, por supuesto, creen que verán la realización de este mundo comunista o por lo menos a un mundo lanzado a la realización de este fin. Lenin dijo que esta era la época «de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado». Esto dirán muchos nos ilumina respecto a una de las muchas diferencias existentes entre el Comunismo y el Cristianismo. El comunismo es nuevo, el cristianismo viejo. Más aún, viejo y cansado. Parece que hay algo que parece que se ha perdido por el camino en estos 2.000 años. Los comunistas, como los primeros cristianos, son en su mayoría conversos. La mayoría de los miembros de la comunidad católica y otras comunidades cristianas por el contrario han nacido ya cristianos.

Sin embargo, esto no es del todo verdad; cada generación precisa evangelizarse de nuevo. Esto ha sido verdad en todos los siglos.

Esto resulta aún más cierto en el sentido que hoy en día todos asistimos al comienzo de un proceso de renovación. Esta es una de las razones por las que el Concilio Vaticano II ha vuelto la mirada a los primeros siglos. Es comprensible esta mirada al

período en el que la barca de San Pedro no llevaba adheridas tantas lapas a su fondo. Cuando el pueblo de Dios estaba menos estratificado entre jerarquía, clérigos y laicos como lo está ahora. Cuando la comunión entre ellos era más espontánea y real. Pero de igual modo la Iglesia mira también al siglo XX y al XXI.

Lo que se puede asegurar sin duda del período que nos espera, es que será un periodo de grandes cambios, El proceso ya ha empezado y bien puede suceder que no se pare. El proceso, más bien, cabe esperar que se acelere aún más.

La sociedad en la que el cristiano deba actuar será bien distinta a la de ahora. No hay nada que respalde aquello que se decía del «Occidente cristiano» y del «Este ateo». Los líderes comunistas quizás quisiesen significar con ello que los países en que rige el comunismo quizás fuesen ateos en contraste posiblemente a lo que había sido su religión histórica antes del advenimiento de los comunistas al poder. La sociedad que intentan construir está basada en unos presupuestos ateos. Practican lo que predicán, y de este modo intentan configurar una sociedad en la que se haya eliminado a Dios.

Creo que pocas veces se habrá puesto una etiqueta como la de «Occidente cristiano» con más desacierto. La sociedad de «libre comercio» no es que sirva precisamente la causa de la religión. Esta sociedad quizá se haya mostrado efectiva en algún caso para elevar el nivel de vida; pero esto no significa que sea más cristiana. En realidad la experiencia demuestra que más bien sucede lo contrario. No hay nada en las enseñanzas sociales del cristianismo que diga que los hombres tienen un derecho humano inalienable a elevar constantemente su nivel de vida a pesar de lo que les pueda estar sucediendo a los hombres que viven en el arrabal más próximo, al otro lado del camino, o en otra parte del mundo.

Está claro que a los cristianos aún les queda mucho por hacer, que tienen que desempeñar una gran batalla con la ayuda de la gente que practica otras religiones, de los humanistas de siempre, y de los demás hombres de buena voluntad; para con ello poner fin al actual escándalo de que una parte del mundo se va enriqueciendo y la otra se va empobreciendo. Esto puede extender dentro de una nación al próspero Norte y al escuálido Sur.

Según dice la FAO —Asociación de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación— hoy existe en el mundo más hambre que en 1945. Esto a pesar que nuestra generación es la primera que se ha encontrado con unos medios y una tecnología para poner fin al hambre. Nosotros estamos moralmente comprometidos en este problema como nadie lo estuvo hasta ahora. A pesar de ello los cristianos duermen plácidamente en sus casas con las conciencias bien tranquilas.

No cabe duda que hay un gran trabajo por realizar, un gran desafío como el que tuvieron que enfrentarse los primeros cristianos. Asiste mucha más razón para que los cristianos deseen entrar en batalla contra estos males, que para que el soldado de la revolución comunista desarrolle su batalla particular. La sociedad capitalista ha demostrado un gran poder de adaptación. Se podrán decir muchas cosas en contra del capitalismo menos una, que diremos en su favor: es una sociedad capaz de admitir cambios fundamentales. Las bases del capitalismo hoy en día son bien distintas a las que tuviera Marx cuando escribió su libro. Entonces estaba basado en pequeñas empresas en fiera competencia. Hoy está basado en grandes monopolios que reducen la competencia a un mínimo. Al igual que ha cambiado ya una vez, igual puede suceder otra vez. Si los cristianos creen que esto valdría la pena para lograr una sociedad más cristiana, ellos tienen el derecho y el deber de intentarlo. Si el cristiano cree que debe ser transformada, le asiste el deber de cristianizarse así mismo, y de intentar que la sociedad en la que vive sea tal, que en ella pueda desarrollarse la personalidad humana, en una sociedad que no degrade por más tiempo al hombre en la que prácticamente es imposible llevar una vida decente.

Si los comunistas tienen razón cuando tratan de esparcir su comunismo, así también sucede a los cristianos. Los cristianos harían bien en aprender de los comunistas que no se gana nada desmenuzando el material humano del que se dispone y desperdiciándolo como sucede hoy en día. Se ganaría mucho más utilizándolo bien. Es de sentido común que si uno quiere realizar una empresa lo debe hacer del modo más efectivo posible. Si, por ejemplo, se cree que la opinión pública debe cambiarse de sus presentes derrotos, le asiste la razón cuando quiere realizar

sobre ella un impacto cristiano lo más grande posible.

Para esta tarea se precisan líderes cristianos plenamente dedicados. Hay técnicas que deben ser aprendidas, hay muchas razones por las que deben estudiarse y ser enseñadas a otros.

Hemos dado un vistazo rápido a lo que es un comunista en acción, como hice notar en el principio que trataríamos de hacer. No hemos mirado lo que hay de malo en él, no hemos hurgado a ver lo que era falso y deshonesto en su puesta en práctica. La intención ha sido contemplar a esta minoría que ha logrado tanto éxito, para ver lo que podemos aprender de ellos. Hemos visto que no son tan tramposos como suponíamos. Al contrario, constituyen un buen material humano. Hemos visto los métodos que utilizan que han resultado efectivos. Algunos de ellos quizá sean capaces de adaptación, algunos capaces de imitar, en muchos casos tendremos que rechazar ya otros que son justo lo contrario de lo que nosotros pretendemos. Pero cualquier examen que se haga sobre ellos puede constituir un reto para nosotros.

Supongo que la lucha por el bien ha tomado siempre dos formas, la lucha por la verdad y la lucha contra la falsedad. En el presente estudio nos hemos detenido en el primer aspecto y hemos eludido el otro. Yo creo que hoy precisamos de un número mayor de líderes cristianos como respuesta a los bien entrenados líderes comunistas. Debemos dar una respuesta más eficaz al comunismo, no aumentando el número de militantes que sean puros anticomunistas negativos, que sean meros detectives amateurs, sino educando a adultos maduros con un profundo espíritu democrático, haciendo que sean más instruidos, dedicados y religiosos completamente abocados a sus creencias.

No obstante, es cierto que no hay sitio del mundo donde los comunistas no desarrollen una actividad; y es más o menos inevitable que todos los que creen que el comunismo es una doctrina desastrosamente falsa, y más aún, los que viven bajo un régimen de este tipo, se opongan a su difusión. Puede parecer una lucha sin recompensa, pero ciertamente que es muy necesaria.

La tarea de formar líderes, es la de conseguir crear una cierta actitud mental. Cuando se produce una nueva situación la pregunta inmediata que se hace la gente es: ¿Va a hacer alguien algo? La

reacción espontánea del líder es: ¿Qué puedo hacer yo en esta situación?

Entonces se dirige a sus compañeros y les dice: debemos hacer esto, lo otro y lo de más allá. Entonces ellos le secundan. En parte porque habla con autoridad; lo respetan porque la experiencia les ha enseñado que él tiene algo que ofrecerles.

Se le enseña al comunista a que constantemente se pregunte a sí mismo: ¿Qué hago yo como comunista? La respuesta que se da a él mismo proviene de sus creencias. La acción se ve estrechamente relacionada con lo que piensa.

Los cristianos del mismo modo debieran preguntarse: ¿Qué hago yo como cristiano? Entonces hay que actuar en conformidad con ello. Podríamos lograr bastante en la pretendida revolución y regeneración moral de Occidente si cada cristiano adoptase esta actitud mental y actuase de acuerdo con ella.

En la práctica uno aprende a ser líder actuando como tal, siempre que uno esté dispuesto a aprender de sus propios errores.

Los comunistas no es que estén interesados en formar líderes tal cual, sino lo que ellos desean son líderes comunistas. Líderes que actúen en favor de la causa y no en favor propio. Quizá suceda lo mismo con los cristianos. El propósito de los líderes cristianos no debe ser ayudar a hombres ambiciosos a escalar altos puestos, o que hombres que son poca cosa se sientan envalentonados por haber seguido un cursillo de formación de líderes. Menos aún en producir «führers», ya sean grandes o pequeños.

Lo que se pretende es lograr unas personas integradas. Que entiendan lo que creen y que estén profundamente dedicadas a ello, y que incesantemente relacionen sus creencias con todas las facetas de su propia vida y de la sociedad en la que ellos viven.

Hay algo que para los cristianos encierra un profundo sentido en el dicho comunista: «No hay nada lo suficientemente bueno para el Partido». Los comunistas que dicen esto se lanzan a una acción que ratifica lo que dicen. No es preciso que subrayemos aquí cuál ha de ser la respuesta positiva del cristiano.

